

# PRESENTACION

Hace diez años asesinaron a Mons. Romero. El 24 de marzo de 1980. Había asistido a la reunión de Puebla en febrero del 79. Otro obispo salvadoreño que asistía a la reunión, vinculado al ejército, había dicho irresponsable y calumniosamente a la prensa que la culpa de todo lo que sucedía en su país era culpa de los jesuitas y de Mons. Romero, y que el gobierno tenía derecho a defenderse. Al año era asesinado.

A diez años de aquel asesinato, aún no aclarado, aunque su autoría es un secreto a voces, la sangre sigue tiñendo el suelo salvadoreño. Son ya más de 70,000 los muertos en estos diez años; 61 mártires, entre agentes de pastoral, animadores de comunidades, religiosas y sacerdotes. Todavía no se borra de nuestro corazón el horror y el repudio al asesinato brutal de los jesuitas y las dos colaboradoras suyas, asesinato todavía no aclarado a pesar de los esfuerzos de Estados Unidos y del gobierno por lavar su imagen represora.

Les entregamos un segundo cuaderno de CHRISTUS que, junto con el anterior, nos ayudará a mantener viva la memoria comprometidora de esas vidas y de esas muertes.

BIBL. IUNIORATO  
DOM. PROB. S. IOSEPH

## EDITORIAL

### DIALOGO

#### CUADERNO: MARTIRIO: TESTAMENTO Y TAREA

Introducción al Cuaderno

Hace diez años los lobos destrozaron al pastor Fernando Azuela

### BIBLIOGRAFIAS

Joaquín López y López, SJ

Ignacio Ellacuría, SJ.

Segundo Montes, SJ.

Juan Ramón Moreno Pardo, SJ.

Amando López, SJ.

Ignacio Martín-Baro, SJ.

Elba Ramos y Celina Ramos

Compañeros de Jesús

Martirio y Pasión

Homenaje de Radio Venceremos

Jon Sobrino

Carlos Bravo

### COLABORACIONES

Década de los 90: Una esperanza para el Tercer Mundo

Pablo Richard

### DOCUMENTOS

Primer Encuentro Nacional CEM-CIRM

### LIBROS

---

Primero se llevaron a los comunistas, pero a mí no me importó porque yo no lo era. Enseguida se llevaron a unos obreros, pero a mí no me importó porque yo tampoco lo era.

Después detuvieron a los sindicalistas, pero a mí no me importó porque yo no soy sindicalista.

Luego apresaron a unos curas, pero como yo no soy religioso tampoco me importó.

Ahora me llevan a mí, pero ya es tarde.

---

res.  
mplares de

de 1990

y, Javier

il Duarte,  
D. José  
ez.

gano de  
Vicariato  
e en la  
gistro de  
nido No.  
vistas de  
220136.  
eo aéreo

D.F. Tel:

ico, D.F.

## Reconocimiento de la Iglesia. Reconocimiento del pueblo.

Parece algo trasnochado que en un país de América Latina, continente oprimido y creyente, el reconocimiento de la Iglesia esté puesto en cuestión. A hermanos de otros países debe parecerles una más de las singularidades de la política mexicana.

Pero en esas andamos. Apenas el presidente acaba de nombrar un representante suyo personal ante el Vaticano, cuando se alzan voces escandalizadas por el desacato a la Constitución, y se oye el rasgar fariseo de las vestiduras políticas. ¿No volverá Juárez de su tumba a vencer a la bestia apocalíptica que amenaza a la democracia? En un momento en el que en el mundo entero se está dando una concertación universal que pone en diálogo a los que parecían irreconciliables enemigos. Estamos en México.

### Reconocimiento de la Iglesia

La Iglesia es una realidad en México, de la que nadie que haga política (la ciencia de lo posible) puede prescindir en su análisis y en sus programas. So pena de estar dando la espalda a la historia. Y de caminar a ciegas. Y de justificar la conseja popular de que la Constitución se hizo para violarla.

Pero fuertes sectores oficiales se empeñan en negar la existencia de todo lo que pueda representar un cuestionamiento al poder. Se amparan bajo el manto intocable de *La Revolución*. Aun mediante la violencia. Son síntomas del aferramiento al poder y del miedo a perderlo. De ahí se origina la intolerancia, que fue norma real de la historia pasada, tanto en la Iglesia como en el Estado mexicanos. ¿No es ya el momento de exigirnos madurez como nación para superarla?

Por temor a esa intolerancia, y tal vez para pulsar su fuerza, o quizá para ir la ablandando, el presidente comenzó con una medida 'a medias': nombrar un repre-

sentante personal suyo ante el Vaticano, y el papa también uno suyo ante el presidente.


Sin embargo, quien lea las declaraciones oficiales con claves mexicanas, sabrá entender: cuando se dice que no subirá el precio de las gasolinas, hay que prepararse para el aumento.

### Reconocimiento del pueblo

Sería sano para la vida nacional reconocer lo evidente: la Iglesia existe como conjunto humano, como hecho social. Sería sano para la política oficial dejar de ver esta realidad con ojos maniqueos, como si en la Iglesia no hubiera nada bueno, sino que estuviera toda ella puesta en el mal. Sería sano dejar de ver en ella el origen de todos los males de la República.

Pero ¿con qué Iglesia hay que entablar relaciones? Existe la Iglesia católica, como hecho mayoritario; hay otras Iglesias con fuerte tradición en México, aunque sean minoritarias y que no tienen una estructura internacional como la católica con la que hubiera que establecer relaciones diplomáticas; hay también muchas sectas, con las que el Gobierno, *de facto*, no tiene empacho en pactar, aunque algunas de ellas prohíban a sus miembros el reconocimiento de los símbolos patrios y minen el sentido de pertenencia nacional; aunque atenten contra la cultura y la idiosincracia de nuestras etnias indígenas.

Dentro de la Iglesia católica está, por un lado, el Estado Vaticano, con el que la gran mayoría de las naciones tienen relaciones diplomáticas; está la Jerarquía nacional, y está el pueblo católico, que es la base de la Iglesia.

Todo planteamiento de cualquier tipo de reconocimiento oficial de la Iglesia debería estar referido en último término al pueblo-Iglesia. Para su beneficio. Teniéndolo como interlocutor, conociendo su opinión. Pero todas las negociaciones que hasta ahora se han llevado a cabo se han hecho sin tomarlo en cuenta, como asunto de cúpulas. Y lo que llegue a ser simplemente será conocido a posteriori por el pueblo. Sin preparación. Sin que se pueda hacer de este asunto cuestión de participación política, cuestión de formación, cuestión, en último término, de evangelización. Ojalá este itinerario pudiera rectificarse ahora que aún es tiempo. 

Son  
diá  
ción  
frag  
la Re  
cio a  
aquí  
que s  
da ne

Busc  
seria  
Reda  
texto  
cogia  
Pero  
podr  
ción.

Tene  
acog  
ción  
gua e  
de la  
firme  
la Co  
meric

Las religio  
a la misa  
Courtney  
emboscad  
1990 en la  
na-Rosita,  
Courtney  
nuestro ob  
cisca Colo

Nos unime  
comunicac  
tan «tales  
te y siembr

# DIALOGO

*Somos conscientes de la falta que hacen espacios de diálogo teológico. Teníamos anteriormente una sección en la que publicábamos en algunas ocasiones fragmentos de cartas de lectores con opiniones sobre la Revista. Ahora queremos algo más: abrir ese espacio de diálogo de los lectores con los lectores. Que aquí se vayan tratando o planteando los problemas que sentimos más vivos, tanto en lo referente a la vida nacional como a la vida eclesial.*

*Buscamos un diálogo de altura. La única condición sería la de no hablar de personas particulares. La Redacción se reserva el derecho de selección de los textos, incluso el de publicar sólo algunas partes escogidas, dada la limitación de espacio que tenemos. Pero si la respuesta es abundante, como esperamos, podríamos ampliar las páginas reservadas a esta sección.*

*Tenemos confianza en que esta iniciativa será bien acogida por todos ustedes. Iniciamos con la publicación de un comunicado de las religiosas de Nicaragua en torno al asesinato de dos religiosas por parte de la Contra, el primero de enero de este año. Es una firme denuncia de los procedimientos terroristas de la Contra y de la complicidad del gobierno norteamericano. (La Dirección).*

---

## COMUNICADO

---

Las religiosas de la Costa Atlántica acabamos de asistir a la misa de cuerpo presente de la hermana. Maureen Courtney y nos hemos reunido para reflexionar sobre la emboscada contrarrevolucionaria del 1 de Enero de 1990 en la localidad de ojo de agua, en la carretera Siuna-Rosita, donde cayeron las hermanas. Maureen Courtney y Teresa Rosales, y donde fueron heridos nuestro obispo Mons. Pablo Schmitz y la hermana Francisca Colomer.

Nos unimos a las hermanas de Santa Inés, quienes en su comunicado del 2 de enero de 1990, denuncian y lamentan «tales actos terroristas que derraman sangre inocente y siembran miedo entre este pueblo que esta buscan-

do la paz», y donde demandan que «los autores de este horrendo crimen se arrepientan y dejen de causar mas derramamiento de sangre en este bello suelo nicaragüense». Es incuestionable para nosotras que vivimos y trabajamos en el Vicariato Apostólico de Bluefields (Costa Atlántica), que hemos sido víctimas de secuestros, interrogatorios y guerra psicológica, al igual que el pueblo con el que trabajamos, que tales acciones responden a los procedimientos de la contrarrevolución y del gobierno norteamericano que la apoya.

Para nosotras la muerte de Maureen y Teresa es:


- Un llamado a un mayor compromiso de fidelidad con Dios y con el pueblo.

- Una constatación de que la sangre de las dos religiosas de la Costa Atlántica se une a la sangre derramada de tantos hombres y mujeres que, a lo largo de estos años de agresión, ha regado el suelo nicaragüense.

Pedimos a todas las personas de buena voluntad que sigamos uniendo esfuerzos para que el progreso de paz iniciado en Centro América sea pronto una realidad.

Managua, Nicaragua, 3 de enero de 1990.

Congregaciones firmantes:

Hermanas de Maryknoll  
Hermanas Franciscanas  
Hermanitas de la Inmaculada Concepción  
Hermanas Altagracianas  
Hermanas de Notre Dame de Namur  
Hermanas Misioneras de Cristo  
Hermanas Franciscanas Misioneras de María  
Hermanas Franciscanas de la Santa Cruz. 



# CUADERNO

## MARTIRIO: TESTAMENTO Y TAREA

HACE DIEZ AÑOS LOS LOBOS DESTROZARON AL PASTOR.  
Fernando Azuela

BIOGRAFÍAS

COMPAÑEROS DE JESUS.  
Jon Sobrino

MARTIRIO Y PASIÓN.  
Carlos Bravo

# INTRODUCCION AL CUADERNO

La primera reacción ante las muertes de los jesuitas y sus dos colaboradoras fue de espanto, de pasmo, de incredulidad. Una sensación de estar ante algo ciertamente absurdo. Una sensación de que las mejores posibilidades de paz, de vida, parecían resultar imposibles. Una convicción de estar amenazador por un proyecto de muerte, insensible al clamor del pueblo, insensible a su hambre, a sus necesidades básicas, y con oídos sólo para sus propios intereses imperialistas.

Fue difícil pasar de la experiencia brutal de la muerte a la experiencia de la resurrección. Sólo poco a poco fuimos asumiendo esa muerte dentro de la convicción de que finalmente la vida triunfará. El aturdimiento fue cediendo a la luz. Sólo entonces se fue dibujando la pregunta: ¿Y ahora qué? ¿Y qué nosotros? Tomamos conciencia de que los mártires de la UCA nos habían dejado un testamento y una tarea.

Ese testamento y esa tarea se remonta a la muerte de Mons. Romero. Su conversión a la Iglesia de los pobres fue una gracia de Dios para toda la Iglesia de Latinoamérica. Como toda gracia, fue algo no sólo imprevisto sino algo que rompió con lo que de él se esperaba y lo que él mismo esperaba al ser nombrado arzobispo de San Salvador.

La gracia le llegó a través de la muerte de un sacerdote jesuita, que había sido su condiscípulo en el Seminario Diocesano: el P. Rutilio Grande. Esa muerte le rompió sus esquemas de comprensión de lo que sucedía en su patria. A partir de ese momento fue siendo llevado a una toma de posición crecientemente profética en favor de la vida, amenazada por el proyecto oficial de muerte. Le llevó a enfrentarse arriesgadamente contra el gobierno de su país, y a tomar distancia dolorosamente de otros de los obispos de su Iglesia.

Pero así se ganó al pueblo, así ganó para su pueblo la esperanza, y así se ganó también la condena a muerte. Creyó en Dios. Y "Oscar Arnulfo Romero, el incondicional de Dios, se hizo incondicional de ese pueblo sufriente. Por eso fue ejecutado junto al altar." El artículo de Fernando Azuela nos sitúa de ma-

nera sencilla y confrontadora ante ese testigo de la fe, a diez años de su martirio, el 24 de marzo de 1980.

El siguiente artículo del Cuaderno nos pone delante las biografías de los mártires de la UCA. Vidas distintas, hermanadas por la fe en Jesús, por el amor al pueblo y, finalmente, por la muerte.

Lo fuerte del cuaderno es el largo y conmovedor artículo de Jon Sobrino, **Compañeros de Jesús**. Publicamos la primera parte en el número anterior; ahora lo publicamos íntegro.

Un artículo de Carlos Bravo, **Martirio y Pasión** habla de la "necesidad" del martirio desde la perspectiva bíblica del martirio de Jesús. No necesidad impuesta arbitrariamente por un Dios que buscara desde un cielo impenetrable que la sangre de los hombres satisfaga su cólera por el pecado, sino necesidad que el pecado de los hombres impone a quienes obstaculizan sus proyectos de muerte. Pero esto plantea serios retos a la vida cristiana.

Termina el cuaderno con un homenaje de Radio Venceremos. Si esto no convence aún a quienes, desde la comodidad de un cristianismo hecho a su medida y no a la de Jesús el asesinado, aún piensan que los mataron porque eran subversivos, ya no tendríamos otra palabra que decirles más que esperar (¿esperar?) que Dios los convenza... si se dejan. ☛

VIOL

Era m  
munc  
puebl  
pront  
los as  
fugio,  
vador

Los a  
anter  
naror  
lio, y

Entor  
Oscar  
dor y  
en ob  
de «s  
misa

La vi  
aterra

IHAN  
PRES

En 1  
San S  
Vatic  
téntic  
Latin  
llín (C  
Salva  
trabaj  
tas...  
San S  
Dama  
para  
riaba  
no (br

---

## HACE DIEZ AÑOS LOS LOBOS DESTROZARON AL PASTOR

---

Fernando Azuela

### VIOLENCIA SIN LIMITE

Era marzo de 1980. Millones de personas en todo el mundo contemplaban por televisión la aflicción de un pueblo pobre que lloraba en el sepelio de su obispo. De pronto, lo increíble: estallido de disparos, el pánico en los asistentes al funeral, la estampida para alcanzar refugio, los caídos, la sangre en la plaza mayor de San Salvador.

Los agentes de la muerte que habían asesinado el lunes anterior a Monseñor Oscar Arnulfo Romero, no perdonaron al pueblo que él defendía, ni siquiera en su sepelio, y desde las azoteas acribillaban a los más posibles.

Entonces todos tuvimos la clave para entender por qué Oscar Arnulfo Romero, el sacerdote tímido, conservador y desconfiado de innovaciones, llegó a convertirse en obispo defensor tenaz de los pobres hasta ser tildado de «subversivo», hasta ser sacrificado cuando celebraba misa en la capilla del humilde hospital donde vivía.

La violencia contra el pueblo, *comprendida como arma aterradora de una explotación sin límite*, lo hizo cambiar.

### ¡HAN DESIGNADO ARZOBISPO AL AMIGO DEL PRESIDENTE MOLINA!

En 1977 Roma debía designar nuevo Arzobispo para San Salvador. Elección difícil. La semilla del Concilio Vaticano II que impulsaba a la Iglesia para hacerse auténtica Iglesia de los pobres, y su aplicación a América Latina redactada por los obispos en la ciudad de Medellín (Colombia), habían encontrado en los campos de El Salvador una tierra hartamente abonada con la miseria de los trabajadores. Muchos sacerdotes, religiosas, catequistas... y también obispos -empezando por el arzobispo de San Salvador, monseñor Chávez, y su auxiliar, Rivera y Damas-, buscaban condiciones de dignidad y justicia para el pueblo empobrecido. Obviamente esto contrariaba a los terratenientes, a los empresarios y al Gobierno (brazo armado de aquéllos).

¿Quién podría meter en «orden» a los curas? El nuncio apostólico tenía al sujeto indicado: un obispo que, al dirigir *Orientación* -el órgano oficial de la arquidiócesis- lo había hecho retornar a la «doctrina segura», y había denunciado «ciertas teologías de moda que recurren a planteamientos marxistas peligrosos»; un obispo muy aceptado por la alta sociedad. Su nombre: *Oscar Arnulfo Romero*.

El 22 de febrero de 1977 se celebró su nombramiento. Y de boca en boca se decía «han designado Arzobispo al amigo del presidente Molina, al amigo de los cafetaleros...»

### MAS AMIGO DE DIOS

Otros antecedentes poseía el nuncio para ver en monseñor Romero a un garante del «orden». Su ataque sistemático contra las posturas teológicas de algunos jesuitas había influido para que el 3 de agosto de 1972 se le retirara a la Compañía de Jesús la dirección del Seminario y se le confiara a él.

Además había «metido en cintura» a la experiencia más comprometida con la promoción popular en la Iglesia de El Salvador: el proyecto pastoral de Los Naranjos. Lo suspendió temporalmente, cambió su directiva, los amonestó: «Más atención a la doctrina social de la Iglesia, menos ideología política; más importancia a la Eucaristía, menos adoctrinamiento liberacionista; más oración, menos cantos de protesta...»

Y, cuando en junio del 75 la Guardia Nacional ametralló, en Tres Calles, a varios campesinos de su diócesis -campesinos que volvían de una celebración de fe con la biblia bajo el brazo-, él no quiso protestar públicamente, como le pedían sus sacerdotes; pues simpatizaba con las esferas gubernamentales y era amigo personal del coronel Arturo Armando Molina, presidente de la República y comandante supremo de la Fuerza Armada.

¿Por qué, entonces, Monseñor frustró las expectativas del nuncio apostólico y de la clase dominante que esperaba encontrar en él el aliado perfecto para purgar al país del «peligro comunista»? Es que Oscar Arnulfo Romero -eso nadie lo duda- era más amigo de Dios que del presidente Molina o de cualquier otro semejante; y tuvo «ojos para ver y oídos para oír» las voces cada vez más fuertes, los gemidos de ese Dios en el dolor de sus hijos indefensos y desprotegidos.

### Y, ENTONCES, FUE OTRO OSCAR ARNULFO

Una muerte más vino a quitarle todas las escamas de sus ojos: el asesinato de Rutilio Grande, el 12 de marzo

del 77, veinte días después de haber sido investido monseñor Romero como arzobispo de San Salvador. Rutilio Grande era un jesuita consagrado al auxilio de los humildes, sacerdote que Romero apreciaba de verdad.

Apenas iniciando Monseñor su servicio de arzobispo, el Gobierno amenazó a los sacerdotes «medellinistas» (quienes seguían la opción por los pobres decretada por todos los obispos latinoamericanos en Medellín). Por



eso, estando apenas a 15 días de su gestión, Oscar A. Romero instó a sus sacerdotes a permanecer en sus puestos, pese a las amenazas, prometiéndoles continuidad con esa línea «medellinista» y prometiendo defender a todo sacerdote que fuera atacado por este motivo.

Cuando a los 5 días mataron a Rutilio Grande con dos campesinos que le acompañaban, definitivamente surgió otro monseñor Oscar Arnulfo Romero. Escribió al presidente pidiéndole una explicación que «salvara su prestigio de toda sombra de complicidad»... Contra el parecer del nuncio apostólico, pero en común acuerdo con sus sacerdotes, suspendió todas las misas del domingo siguiente excepto la de Catedral, a la cual invitó a todos los fieles. Era un alerta a las conciencias sobre la situación y una condena al crimen sacrilego que cegó la vida del P. Grande. Cien mil creyentes le escucharon su decisión de no presentarse en ningún acto oficial del gobierno hasta que fuera aclarado ese asesinato.

El pueblo aplaudió, su clero aplaudió; estaban con él, como nunca antes. Pero dejaban de estar con él el nuncio y el presidente Molina... «¿Por qué tan intransigente con el Gobierno?», preguntó a Monseñor un médico. «Me están matando a mis sacerdotes -respondió. ¿Cómo voy a estar contento con esa gente, si, además, tienen tal cinismo que ellos son los primeros en darme el pésame» (el presidente le había dado el pésame por la muerte de Rutilio Grande).

## IGLESIA DE PARTE DEL PUEBLO

El conflicto Iglesia-Estado arreció. El Gobierno culpaba a los católicos por el secuestro del Ministro del Interior, Borgonovo Pohl. En respuesta, el semanario de la arquidiócesis expuso el estado de la persecución contra la Iglesia y el pueblo, sin comparación alguna con la desaparición de un ministro. Y la radio católica YSAX apoyó esta reflexión subrayando que la raíz de los males era la *injusticia estructural* mantenida por el Frente de Agricultores de la Región Oriental (FARO) y la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP). Entonces le llegó al Arzobispo un parte oficial con la amenaza de cierre para la radiodifusora católica.

Al respecto, el 8 de mayo, al hablar en Catedral, Monseñor recaló que el problema de fondo no se planteaba entre la Iglesia y el Gobierno, sino entre éste y el pueblo. *La Iglesia sólo cumplía su misión esencial de tomar partido por los oprimidos.*

El ministro Pohl fue muerto por sus secuestradores, al no ser liberados los presos políticos. En represalia, apareció asesinado un sacerdote diocesano, el P. Alfonso Navarro. Monseñor Romero advirtió que la excomunión por matar a un sacerdote no sólo conlleva la privación de los sacramentos, sino también el repudio del pueblo.

Y siguieron tomas de templos por el ejército, tortura y expulsión de sacerdotes; y firmeza en Monseñor que reconsagraba los templos profanados, y apoyaba a su clero perseguido, particularmente a los jesuitas, de quienes otrora desconfiara. En medio de éstos y de sus feligreses pobres, había releído con nuevos ojos el compromiso categórico asumido por la Iglesia con la causa integral de los desposeídos. Ahora entendía con nitidez que la Iglesia no puede ser el eterno Buen Samaritano que asiste al herido sólo cuando ya ha sido despojado y maltratado al borde del camino; sino el Buen Samaritano que camina *en todo al lado de los débiles luchando a tiempo para que no sean despojados ni, mucho menos, masacrados.*

Su tomar partido en favor del pueblo, no tenía vuelta atrás. Por eso, no asistió el 1 de julio del 78 a la toma de posesión del nuevo presidente Carlos Humberto Romero, ministro de Defensa en la época del asesinato de Rutilio Grande.

## LA PRUEBA MAXIMA

Monseñor Romero no asistió a la investidura del nuevo presidente, pero sí se presentaron los obispos Barrera, de Santa Ana, y Alvarez, que atendía a la fuerza arma-

da. Las  
copal a

Pero la  
Arnulfo  
«Roma  
total. D  
ces al  
to Padr  
compre  
en sus j  
en la S  
una fue

Esto pa  
angusti  
lor (exp  
y la per  
dos cor  
ban «g  
ese cier  
mente f

Había l  
calidad  
gruentes  
y el pue  
en conf  
antes le  
guir ad  
mismos  
mayor q

Cuando  
za, al da  
de octul  
cerdotes  
te. El le  
volucior  
Más no  
denunci  
trarieda  
nuevo C  
los grup  
«vendid

Pero él r  
go de q  
ciencia r  
jada.

COMO :  
JUNTO

Desgraci

da. Las discrepancias en el seno de la conferencia episcopal afligían profundamente a Monseñor Romero.

Pero la mayor angustia en el corazón eclesial de Oscar Arnulfo la producía la diversidad de signos en su amada «Roma», a la que instintivamente profesaba adhesión total. Dada la ruptura con el nuncio papal, viajó dos veces al Vaticano durante el reinado de Paulo VI. El Santo Padre estrechó sus manos y le dijo: «Animo, no todos comprenden; pero no desfallezca y acompañe al pueblo en sus justas reivindicaciones, y predique el amor». Pero en la Sagrada Congregación para los Obispos recibió una fuerte reprimenda.

Esto partía su alma. Porque ya era arduo sobrellevar la angustia de un pueblo que acudía a manifestarle su dolor (expulsados del trabajo, desaparecidos, muertos...), y la persecución contra la Iglesia comprometida, incluidos constantes ataques que, contra su persona, publicaban «grupos-fantasma». Muy amargo resultaba, pues, ese cierto desapoyo de la Roma a que quería ser plenamente fiel.

Había llegado Monseñor al escalón donde se prueba la calidad humana, el heroísmo, la santidad! Por ser congruente con lo que, en su conciencia demandaban Dios y el pueblo, superando su temperamento aceptó entrar en conflicto con instancias de la Iglesia jerárquica que antes le aportaban seguridad y paz. Más aún; supo seguir adelante sintiéndose, a veces, abandonado por los mismos que él quería ayudar. *Esta es la prueba máxima, mayor que la muerte.*

Cuando Oscar Arnulfo emitió expresiones de esperanza, al dar un golpe de Estado los militares jóvenes, el 15 de octubre del 79, las organizaciones populares y los sacerdotes cercanos a ellas le reclamaron vehementemente. El les pidió que dieran tiempo a la nueva Junta Revolucionaria para actuar, y se mantuvo en la esperanza. Más no en una esperanza ingenua y entreguista: siguió denunciando las desapariciones, muertes y demás arbitrariedades que el ejército ejecutaba. Con lo cual, ni el nuevo Gobierno estaba satisfecho con el Arzobispo, ni los grupos populares que llegaron a llamarle «traidor» y «vendido a los militares».

Pero él no se paralizó. «Estoy dispuesto a correr el riesgo de quedarme solo, con tal de no traicionar mi conciencia ni apagar la esperanza», afirmó en esta encrucijada.

### COMO SANTO TOMAS BECKET, ASESINADO JUNTO AL ALTAR

Desgraciadamente los hechos sí apagaban la esperanza.

Al día siguiente mismo del golpe de Estado fueron aprehendidos en Soyapango varios hombres y hasta el párroco. El sacristán «desapareció». Poco después, un líder campesino extraordinario -»Polín»- fue sumado a las víctimas. Obviamente había «caballos de Troya» en el nuevo régimen: proseguían la derechización represora. A tal grado que el ministro de Educación dimitió y se enroló oficialmente en la guerrilla clandestina.

Vino una recomposición del régimen, recomposición inútil. En consecuencia, desde las primeras semanas de enero del 80 sucedió en todo El Salvador una verdadera psicosis de guerra civil. El 22 de enero una inmensa y pacífica marcha popular fue rociada con insecticida por una avioneta, y disuelta criminalmente a tiros.

Monseñor constató, entonces, que estaba en acción el proyecto infernal de los militares más duros, quienes prometían hacer una purga de 200 mil personas infectadas de comunismo. Así entendemos su llamado ardiente a los soldados, en la homilía del 23 de marzo, para que no obedecieran órdenes de ir a matar a sus hermanos: «... les ordeno en el nombre de Dios: cese la represión!» Fue su último alarido, como el de un Cristo antes de fallecer, su último suspiro clavado en la misma cruz de su pueblo mártir.

Al otro día, lunes 24 de marzo de 1980, al presentar Monseñor las ofrendas de pan y vino en la misa que celebraba en el pequeño hospital donde vivía, un emisario de la muerte, acribillándolo, lo unió a esas ofrendas. Moría junto al altar como Santo Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, aquel gran cansiller incondicional de Enrique II que, promovido por éste a la consagración episcopal, cambió su lealtad a sólo la Iglesia que se le confiaba, entró en conflicto con el rey y fue asesinado por sus caballeros al pie del altar.

Oscar Arnulfo Romero, promovido como seguro «garante del orden», comprendió que el único orden auténtico es el de una sociedad que imagina y crea todo tipo de oportunidades para instaurar una verdadera fraternidad, fraternidad inexistente mientras haya pueblo sumido en la miseria, mientras se viole su derecho a vivir dignamente, a organizarse, a ser...

Oscar Arnulfo Romero, el incondicional de Dios, se hizo incondicional de ese pueblo sufriente. Por eso fue ejecutado junto al altar. «La muerte es el momento más sacerdotal de la vida», había dicho. «Perdono a quienes han de matarme. Si me matan, resucitaré en mi pueblo salvadoreño». ■

# BIOGRAFÍAS

Esbozo biográfico de los mártires de la UCA (16 de noviembre, de 1989), 361 años después del día en el que, en 1628, fueron martirizados en El Paraguay los Santos Roque González de Santa Cruz -criollo paraguayo-, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo -españoles-, misioneros entre los guaraníes.

## JOAQUIN LOPEZ Y LOPEZ, S.J.

Lolo (López y López) es el único de los seis mártires jesuitas que pertenecía a una generación distinta. Era el mayor del grupo. No se había formado durante el período de humanidades y filosofía en Centro América, sino con los mexicanos en El Paso, Texas. Llevaba 15 años trabajando ya como sacerdote en El Salvador, cuando se iniciaron los grandes cambios dentro de la Compañía de Jesús de CA en 1969. Lolo también era el único salvadoreño de nacimiento de los seis. Los asesinos parece que quisieron distinguirlo de los demás. No sólo lo apartaron del grupo y lo metieron en un cuarto, sino que no le hicieron estallar los sesos, como a los otros.

Su familia era de Santa Ana, gente rica, dueña de fincas de café y de una lechería muy famosa en la zona. pero él se apartó de los suyos a muy temprana edad, terminando su secundaria en la apostólica de Santa Tecla, que era una especie de preseminario. Durante toda su vida fue ejemplar por la austeridad consigo mismo y por la afición a las cosas usadas. Nunca hubo en él sombra de lujo. Aunque manejó mucho dinero, no se le pegó nada. Las amistades de su clase social le ayudaron para empezar obras tan importantes como la misma Universidad Simeón Cañas, pero él mantuvo ante ellas independencia. A diferen-

cia de muchos otros jesuitas centroamericanos, realizó toda su vida apostólica en El Salvador, profundizando así entre la gente de este país sus primeras raíces.

Era hombre de pocas palabras, y estas salían de su boca no siempre audibles o bien pronunciadas. Parecía a veces como que se arrepentía de lo que iba diciendo. Era tímido, no tuvo el carisma de la cátedra. Pero fue un gran empresario para organizar la educación a nivel popular. Prenuncio de lo que sería Fe y Alegría fueron los catecismos intercolegiales en barrios pobres, dirigidos desde el Colegio Externado por él. Sabía estimular a los jóvenes de ambos sexos y de distintos colegios católicos a gastar parte del fin de semana entre los necesitados. Entre dichos jóvenes se cuenta gente que hoy es importante, como el antiguo rector de la UCA, Román Mayorga, para sólo nombrar uno. En los catecismos le nació el otro sobrenombre cariñoso: Tío Quin. Así lo llamaban dos sobrinos.

La capacidad de empresario y la red de relaciones le sirvieron para iniciar en 1964 la campaña para fundar la UCA. El recordaba con gusto esos años. Era de los pocos temas en que se explayaba. Desde una Federación Nacional de Padres de Familia organizó desde el Colegio la recolección de fondos y el apoyo social para la aprobación legal de la Universidad privada, vista en estos años como alternativa no marxista para los hijos de aquellos. Durante pocos años siguió trabajando en la UCA. Sus cualidades no eran universitarias. Sin embargo, durante muchos años siguió dando su firma como secretario

de la Facultad de Ciencias del Hombre y la Naturaleza. El P. Ellacuría tuvo interés especial de que Lolo formara parte de la comunidad universitaria, cuando esta se reorganizó en 1988, precisamente por la parte que había tenido en sus inicios y el nexo afectivo que lo unían a ella. De modo que no fue por acaso que el golpe contra los jesuitas de la UCA cayera también sobre él.

Fe y Alegría, con sus 13 escuelas, 12 talleres y 8 mil niños; con sus 2 clínicas y más de 50 mil personas atendidas fue vista por él como solución inmediata a uno de los problemas más agudos de El Salvador, la falta de educación. No negaba la importancia de cambios estructurales, pero veía que las necesidades de la gente son de hoy y no esperan. Podía sonar inmediatista, endeudándose durante el año con la confianza puesta en Dios y en la rifa de fin de curso. Antes que cerrar escuelas, cuando los ingresos disminuyeron, se empeñó en probar una y otra vez con las rifas, las cuales, a pesar de la crisis económica, le daban más de medio millón de colones.

Lolo estaba condenado a muerte. No por los escuadrones, sino por un cáncer en la próstata. No sabía cuántos años pasarían hasta que llegara su hora. Entretanto siguió trabajando sin descanso, hasta que, tal vez sin sospecharlo, los enemigos de los pobres le segaron la vida.

## IGNACIO ELLACURIA, S.J.

Con temor y temblor escribimos estas líneas sobre Ellacu. Harán falta muchas tesis doctorales para desentrañar su pensamiento filosófico, teo-

lógico y político, para referirlo a su acción y contextualarlo en el desarrollo de su rica personalidad. Se puede hablar de Ellacu el vasco y el salvadoreño, de Ellacu el jesuita y el formador. Se puede hablar del filósofo y el teólogo. Del universitario, del político, del humanista y sobre todo del hombre. Por fin, se puede hablar de Ellacu el sacerdote que entregó conscientemente su sangre por la justicia y la paz en El Salvador.

Tal vez podemos dividir su vida en tres grandes períodos. El primero, los años de formación (1930-1966), especialmente desde que entra en la Compañía (1947) hasta que obtiene su doctorado de Filosofía en Madrid. Una constante durante estos años fue el método de formación que él siguió para sí mismo, pegándose a los grandes hombres, que según él eran pocos. El hombre grande no era el que tenía gran capacidad intelectual, sino el que conocía y enseñaba las cosas de una forma integrada, convencida, no abstracta, innovadora, no atada a reglas. Recordamos conversaciones largas, casi indoctrinadoras, de hermano mayor a los recién llegados a estudiar humanidades en Quito. Quería hacernos ver la calidad formadora del P. Aurelio Espinoza, de quien él después escribiría (ECA 1963: 21-24). Nos decía que había que entregarse a él, con confianza. Por ósmosis iríamos siendo formados.

Entre los grandes formadores él citaba también al P. Miguel Elizondo, quien dejó su huella como maestro de novicios o instructor de Tercera Probación en cinco de los jesuitas martirizados. Citaba a Karl Rahner, de quien decía que Innsbruck no valía la pena más que por él. Por fin, entre sus formadores se contó Don Xavier Zubiri, a quien Ellacu por muchos años ayudó a publicar sus obras (ECA 1983: 965-982).

El aplicó luego este método de for-

mación en la Universidad. Con frecuencia decía, al buscar profesores: «que venga, no importa lo que dé». No despreciaba los contenidos, pero le daba más importancia al hombre. «El elemento esencial en la formación radica en las personas, no en las ideas» (ECA 1963: 23).

Durante estos años de formación tuvo tiempos tranquilos, en que destacó como estudiante muy apreciado por superiores y profesores, pero al fin y al cabo era uno de tantos. Cuando llega a El Salvador al magisterio en el Seminario (1955-58), su personalidad se desarrolla mucho. Comienza a escribir en ECA, comienza a ser admirado por gente no jesuita que lo escuchaba en alguna conferencia. Convive con los Padres ya mayores del Seminario, quienes le oían y callaban, como los maestros de la ley al niño Jesús en el templo. En magisterio él rompió, sin tensiones, la barrera entre escolares y sacerdotes.

Cuando pasó a Innsbruck (1958-62), de nuevo tuvo que hacerse escolar. El teologado se encontraba agitado por los vientos preconciarios. Entonces fue cuando Ellacu tuvo su primer choque fuerte con las estructuras. En su cuarto del teologado se reunían los hispanoparlantes. Era el líder de la contestación, hasta tanto que los superiores de Austria estuvieron a punto de devolverlo a Centro América. El descontento era contra la estructura de disciplina autoritaria.

Prolongó luego la contestación a Madrid, donde apoyó la huelga de los estudiantes de Comillas ofreciéndoles clases alternativas, mientras él hacía sus estudios de doctorado.

Un segundo período (1967-1975) es el de innovación con ruptura al interior de la Compañía de Jesús en CA y al interior de la UCA en El Salvador, desde que él vuelve de Europa a comenzar su trabajo apostólico en 1967 hasta más o menos 1975.

Dentro de la Compañía participa en la evaluación y reprogramación de entonces ViceProvincia (Survey), según lo había pedido el P. Arrupe toda la orden. Ellacu fue el principal ideólogo, por así decirlo, de ese examen de conciencia que tuvo como momento más denso los famosos Ejercicios a nivel de Vice Provincia de diciembre de 1969 en San Salvador. Esos Ejercicios marcaron un antes y un después en la historia de la Compañía en CA. Ellacu estructuró los Ejercicios y tuvo las charlas principales aplicando con una fuerza muy grande los principios de la teología de la liberación a nuestra situación. En los archivos del Survey quedaron transcritas sus palabras textuales llenas de frescura y brillantez.

Esa reunión dejó a muchos jesuitas heridos, que probablemente no aceptarían todo lo que dijo Ellacu, más, pero como estaban al frente de las obras y llevaban un ritmo muy lento, fueron golpeados por el cambio abrupto que se quiso marcar en ese momento.

Ellacu fue el líder de esa nueva corriente entre los jesuitas de su generación que aún estaban en estudios especiales fuera de CA y entre los estudiantes jóvenes. Su liderazgo fue institucionalizado al ser nombrado Delegado de Formación (1971-74). Desde este cargo, siempre con la ayuda de un equipo, estructuró la formación básica de filosofía y teología. Para la filosofía aprovechó las posibilidades de la UCA en la Facultad de Ciencias del Hombre y la Naturaleza iniciada por él en 1968, y del departamento de Filosofía, a partir de 1972. El llevaba dos ojos, uno puesto en la formación de los jesuitas y otro en la Universidad. Pretendía que esos dos cauces se potenciara entre sí.

Para la teología, lo mismo. Desde 1967 comenzó en la UCA cursos para agentes de pastoral que luego se ins-

titucionalizarían en el Profesorado de CC. Religiosas. Pero su idea siempre iba más allá. Así nació el Centro de Reflexión Teológica (CRT), dependiente de la Compañía pero adosado a la Universidad, que daría la formación teológica a los jesuitas y no jesuitas. Ellacu sería el director del CRT desde 1974 a 1979.

El año de 1974, el P. Dezza, que era asistente general, un poco en nombre del P. Arrupe, le pidió al P. Provincial que quitara a Ellacu de Delegado de formación. Ese mismo año dejó también de ser consultor de Provincia. Decía él que «bajaba a la llanura» y que se dedicaría únicamente a la Universidad. El año siguiente (1975) el P. General puso en cuestión la idoneidad del CRT para la formación de los teólogos jesuitas. A Ellacu todo esto le dolió un poco y ya no quiso participar en el «ping-pong» con Roma, dejando las peleas dentro de la orden a otros. Ya otros podían seguir mejor que él lo que él había comenzado. A él le parecía más importante influir estructuralmente en la sociedad desde la Universidad.

En la UCA también fue un innovador. Cuando volvió de Europa fue inmediatamente nombrado miembro de la Junta de Directores. La UCA llevaba ya casi 3 años de existencia. Había nacido desde una corriente social que pretendía hacerle un contrapeso antimarxista a la Universidad Nacional. Su orientación era la de fomentar el desarrollo económico y social de CA y El Salvador. Con Ellacu, sin embargo, entró la orientación de la teología de la liberación en la dirección de la Universidad. Desde entonces se concibió a esta como conciencia crítica del país. Ya no una institución que sólo fomentara el desarrollo, sino que propugnara desde su naturaleza universitaria y desde su inspiración cristiana por la liberación. En un famoso discurso pronunciado con ocasión de la firma del préstamo del BID (1970) quedaron

plasmadas estas ideas y principios. La UCA sintetizaba en su nombre «José Simeón Cañas» lo que debería ser su misión: «José Simeón Cañas fue un sacerdote salvadoreño que tanto desde su verdad cristiana como desde su verdad secular entendió que su misión última era la libertad» (ECA 1975: 686).

Muchas veces decía él que la estructura física de la Universidad debía estar acorde con su misión. Así como un simio no puede pensar porque no tiene el cuerpo, el cráneo, el cerebro apropiado para pensar, así, decía, los edificios de la Universidad son como su cuerpo. Por eso luchó dentro de la Junta de Directores para que no se hicieran construcciones lujosas, como si la Universidad estuviera en EE.UU. Quiso que fuera una Universidad con apariencia hermosa y bonitos jardines, pero del Tercer Mundo.

La investigación de la verdad y la denuncia de las estructuras injustas desde la UCA llevó a Ellacu a buscar un órgano de difusión. Allí estaba Estudios Centro Americanos (ECA), que era una revista de la Compañía, en la que él había escrito desde 1956. La revista estaba dirigida por un Padre benemérito, el P. Mantilla. Ellacu con su equipo hizo una verdadera irrupción en ella en 1969 con un número especial sobre la guerra El Salvador-Honduras, donde se mostraba que la raíz del conflicto estaba en la injusta tenencia de la tierra en El Salvador, como lo acababan de denunciar ese mismo año Ellacu y otros en el Congreso de Reforma Agraria. Ese fue el primer número de ECA con sangre nueva. Ya de 1970 en adelante, la revista sería de la UCA. ECA sería el principal y más constante órgano de difusión del pensamiento crítico de la Universidad y la cátedra principal de Ellacuría.

En 1974 en la UCA hubo cambio de

rector. Fue nombrado el Ing. Román Mayorga, que tenía mucha afinidad con Ellacu. Al tiempo que en las estructuras de la Compañía se le ponían obstáculos, en las de la UCA se le facilitaba el influjo. Su creatividad era como un río. Se ponía un dique por un lado y se le abría la compuerta por otro.

Corresponde con estos años y con estos cambios su nacionalización como salvadoreño en 1975. Para ser rector de la UCA hacía falta ser salvadoreño. Probablemente en estos años él ya visualizó que después de Román a él le tocaría el cargo y que la situación política entraba en una gran crisis, de modo que más tarde se dificultaría mucho el cambio de nacionalidad.

Para terminar de caracterizar el fin de este período de Ellacu, recordamos que en 1975 se marca una diferencia en la postura política de él con referencia a la de algunos estudiantes jesuitas que luego dejarían la Compañía. La ocasión fue la pugna por la transformación agraria que desató la ley del ISTA (Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria) en junio de 1975. Públicamente Ellacu y la UCA sostendrían una postura distinta de la de las organizaciones populares, como el Bloque Popular Revolucionario. Al distanciarse de estas se distanciaba también de algunos jóvenes jesuitas, muy queridos, por cuya formación había luchado.

Así es como vemos que se fue dando un cambio en Ellacu: se fue dedicando más exclusivamente a los asuntos de la Universidad y se fue distanciando de las cosas intrajesuíticas. Si había bajado a la llanura en la Compañía, se estaba en preparación su ascenso en la Universidad y en la vida pública del país. Este ascenso, como una verdadera subida a Jerusalén, lo llevaría a la muerte.

Un tercer período en su vida podría llamarse el del hombre público

(1976-1989). Una serie de hitos marcan este ascenso continuo que hacen de su denuncia universitaria una voz cada vez más fuerte y más luminosa. Un primer hito es el de la transformación agraria, ya mencionada. La UCA apoyó el decreto del gobierno, porque lo consideraba de beneficio popular, y atacó a la oligarquía terrateniente. Pero cuando el gobierno dio el paso atrás, dominado por la presión de los finqueros, entonces Ellacu escribió un famoso editorial dedicado al Presidente Molina. El Editorial de ECA se intitulaba «A sus órdenes mi capital» (ECA 1976: 637-643). Le decía: «el Gobierno ha cedido, el Gobierno se ha sometido, el Gobierno ha obedecido. Después de tantos aspavientos de previsión, de fuerza, de decisión, ha acabado diciendo: *a sus órdenes, mi capital*». Ese editorial le costó a la UCA la eliminación del subsidio del presupuesto nacional. Y durante estos meses la así llamada Unión Guerrera Blanca le puso como 5 bombas a la UCA.

Ellacu salió del país en diciembre de 1976, no por amenazas, sino por su compromiso de todos los años con el anciano filósofo Zubiri. Estando fuera se inició la persecución religiosa con el asesinato del P. Grande en marzo del 77. Estando fuera la UGB lanzó a todos los jesuitas la amenaza de que si no salían de El Salvador serían eliminados uno por uno. Ninguno salió, pero se vio más prudente que Ellacu, el mero mero, no volviera en esas circunstancias. No regresó sino hasta agosto de 1978.

Durante su ausencia no dejó de pertenecer a la Junta de Directores y a fines de 1979 es nombrado rector de la UCA, cargo que ocupó hasta su muerte. El golpe de estado de ese año llevó al Ing. Román Mayorga a la Junta de Gobierno. Para sustituirlo como rector fue entonces nombrado Ellacu. En estos momentos Ellacu y la UCA apoyaron otra vez una fór-

mula de solución, a través de los militares jóvenes, distinta de las organizaciones populares y de las vanguardias revolucionarias, que veían una maniobra de la embajada yanqui en el golpe. Lo que parecía más realista era utópico y resultó impracticable.

Tras el fracaso de la Junta se desató la violencia que segó la vida a Mons. Romero, en marzo de 1980. También en esos meses hubo ataques a la residencia de la UCA II, donde vivía Ellacu, y a la Universidad. A medianoche del 16 de febrero fue ametrallada con unos 100 impactos la residencia. Prenuncio de lo que sucedería 9 años después. Y el 29 de junio dos bombas destruyeron casi en su totalidad la imprenta de la Universidad.

A fines de ese año, se ausentó de nuevo Ellacu del país para seguir en la misma tarea con Zubiri, y estando en el extranjero se desencadenó la ofensiva de enero de 1981. Sin dejar de ser rector de la UCA se mantuvo fuera hasta abril de 1982, teniendo cierta holgura para reflexionar en todos los campos. A raíz de la ofensiva fracasada comenzó a madurar su intuición de la tercera fuerza que según él no fue nunca bien comprendida, quizás por la nomenclatura. Esa intuición aparece en un editorial de ECA de agosto (ECA 1981: 741-752). La idea no está defendida en el editorial como idea completamente propia. Ellacu, estando fuera, no lo escribirá él mismo, pero seguramente la había sembrado en una de las reuniones que la Junta de Directores tuvo con él fuera de El Salvador. Según él, la tercera fuerza, una fuerza social, sería la única que podría sacar del empate a los dos contendientes, el FMLN-FDR y el gobierno con el apoyo norteamericano.

En octubre de 1985 su carrera ascendente da otro paso para arriba cuando funge como mediador, junto con el Arzobispo Rivera Damas, en el

canje de la hija de Duarte por 22 presos políticos y 101 lisiados o heridos de guerra. Esta actuación le da un conocimiento muy cercano de los contendientes, le legitima la voz que muestra el camino del diálogo y lo coloca a un nuevo nivel de denuncia e influjo.

Este año funda en la UCA la Cátedra de la Realidad Nacional, que era una especie de forum abierto al que se invitaba a personalidades políticas, religiosas, sindicales, universitarias, etc. a opinar sobre temas candentes. Esta cátedra multiplica el radio de alcance de su voz. Cuando él habla el auditorio se repleta. La cátedra se convierte en un acontecimiento y asisten periodistas, reporteros, fotógrafos.

Luego la televisión publica la noticia y él poco a poco se va convirtiendo en un «hombre de moda» solicitado por visitantes, invitado a congresos extranjeros, entrevistado más y más por la misma televisión directamente. Cuando se inician los Noticieros de la TV entonces pierde un poco la importancia que tenía la Cátedra de la Realidad Nacional (CRN).

En la CRN explicó su pensamiento sobre la tercera fuerza, que después elaboró mejor en un artículo de ECA (1986: 54-75). Se le interpretó como tercerismo, como una solución que negaba la revolucionaria y por tanto era una cubierta para el reformismo capitalista. Pero él afirmaba que la causa fundamental del conflicto es la injusticia estructural y que la solución económica por la que abogarían la tercera fuerza habría de romper con el esquema de explotación y la opresión. Sólo así se superaría la lucha de clases violenta.

El último hito de este ascenso se da con la toma de posesión de Cristiani a mediados de 1989. Se abre la esperanza de un cambio en la postura del gobierno respecto al diálogo. Llegan

a CA los aires de una nueva fase histórica que se abre en el mundo. Ellacu, tratando de partir del análisis de los hechos de los 100 primeros días de ARENA, examina las propuestas de los contendientes y muestra en un artículo exhaustivo de ECA (1989: 683-693) una modesta esperanza de que la paz está cerca.

En el editorial de ese mismo número de ECA afirma como razón de esperanza que «se va consolidando en el gobierno la línea civilista de Cristiani, frente a la línea militarista de D'Aubuisson y a la línea escuadronista de cabeza clandestina» (ECA 1989: 633). Eso que era razón de esperanza era también razón de peligro personal para él, quizás como nunca.

En privado también hablaba de estas tres tendencias de ARENA, pero a la vez comentó, por primera vez desde que volvió a El Salvador en 1982, que «ahora sí puede pasar», i.e., que ahora sí los podían matar. Cuando en tiempo de Duarte había nerviosismo y le decían que se cuidara, él respondía que eso no sucedería porque la política de los EE.UU. no lo permitía. Ahora, con ARENA en el poder, pensaba que ese freno era más débil, aunque le daba cierta confianza alguna apertura que encontraba en la línea civilista.

Cuando regresó de su viaje por Europa el lunes 13 de noviembre, se encontró con la guerra en plena ciudad. No estaba de acuerdo con la iniciativa del FMLN de lanzar la ofensiva, porque pensaba que dañaría los esfuerzos de diálogo. Pero venía optimista, cargado de proyectos para la UCA. Traía el premio COMIN en la bolsa del pantalón y mostró los billetes a sus hermanos. Estuvo en su comunidad la noche del lunes cuando los soldados la catearon, aunque todavía no durmió allí, porque no se había pasado de la residencia anterior. Martes y miércoles pasó

sus cosas, aunque todavía no alcanzó a sacar todos los libros.

El cateo, no lo interpretó como reconocimiento previo, sino como señal de seguridad. Alguien le dijo si no sería reconocimiento. El contestó que no había que ser paranoico. Si ya habían visto que no tenían nada, ya no los molestarían. Parece también que quería demostrar que no debía nada, pues si se escondían podía ser interpretado como si algo malo hubiera hecho. No le gustó nada que los líderes del FDR, con quien lo unían lazos de mucha amistad, se asilaran en una embajada.

¿Cómo se equivocó, siendo tan inteligente? Esta es una pregunta que muchos se han hecho. Cuando se le preguntaba si él no tenía miedo, él contestaba que no, pero que no tenía mérito por ello, porque le sucedía como con el olfato. No distinguía los olores.

En su horizonte interior, sin embargo, estuvo presente como posibilidad próxima la idea del martirio. «Ahora sí puede pasar», había dicho. También en su último artículo de teología hay una frase que lo retrata a él y a su comunidad, trabajadora hasta el extremo y arriesgada como pocas. Esta frase, ha sido usada como lectura en misas de distintos países. Los que conocieron a Ellacu la han leído como profética:

De ahí que este hombre nuevo se defina en parte por la protesta activa y la lucha permanente, las cuales buscan superar la injusticia estructural dominante, considerada como un mal y como un pecado, pues mantienen a la mayor parte de la población en condiciones de vida inhumana. Lo negativo es esta situación, que en su negatividad lanza como un resorte a salir de ella; pero lo positivo es la dinámica de superación en la cual alienta el Espíritu de múltiples formas siendo la suprema de todas la disponibilidad de dar la vida por los demás, sea en la entrega cotidiana incansable o en el sacrificio hasta la muerte, padecida violentamente (RLAT 1989: 166-167).

## BIBLIOGRAFIA

1963: *El P. Aurelio Espinosa Polit*, S.J. ECA, 178, pp. 21-24.

1975: Discurso de la Universidad José Simeón Cañas en la firma del contrato con el BID. ECA, 324/325, pp. 683-687.

1976: *A sus órdenes, mi capital*. ECA, 337, pp. 637-643.

1981: *La responsabilidad de las «terceras fuerzas»*. ECA, 394, pp. 741-752.

1983: *Aproximación a la obra completa de Xavier Zubiri*. ECA, 421, pp. 965-982.

1986: *Replanteamiento de soluciones para el problema de El Salvador*. ECA, 447, pp. 54-75.

1989: *Los cien primeros días del gobierno de ARENA*, ECA, 490-491, pp. 631-645.

1989: *El diálogo en los primeros cien días de Cristiani*, ECA, 490-491, pp. 683-693.

1989: *Utopía y profetismo en América Latina*, RLAT, 17, pp. 141-184.

## SEGUNDO MONTES, S.J.

Segundo era fogoso, desde que lo conocimos en el Noviciado. La casa de Santa Tecla le venía estrecha. Pateaba la pelota con toda el alma, la mandaba al vecindario, rompía tejas. Después venían los ejercicios de modestia, momentos de crítica fraternal. El se hincaba en la mitad y se ponía rojo, mientras la lluvia le caía encima. El P. Elizondo sabía que Segundo tenía buenas espaldas y lo corregía duramente. Segundo aceptaba con humildad los regaños y no guardaba resentimientos, pero le costaba corregirse, porque tenía mucha energía. El siguiente recreo volvía a romper las tejas.

Segundo gustaba visperas nectan Desde río se mucho ternad tas y más ta ñados muy da bía con co era siempre familia pintura cuarto

Segundo y del ge enemig fuertes ba que Pero e muy co veces p que fue munida

Como nos y c comun miento ran bie aunque presente no fuer otros er cualida superio sitaria con alg comuni esa cor tan fuer co de q

Se fue pues er peñaba vos que fecto de adminis

Segundo era hombre práctico. Le gustaba armar y desarmar. Hasta la víspera antes de morir, él anduvo conectando el teléfono de la nueva casa. Desde los primeros años de magisterio se dedicó a la física y dirigió por muchos años el laboratorio del Externado. Le atraían las ciencias exactas y sus escritos de sociología, años más tarde, siempre fueron acompañados de bastante número. No era muy dado a las letras, aunque escribía con soltura y galanura. Ni tampoco era un artista, aunque apreciaba siempre, tal vez más como cosa de familia que como obra de arte, las pinturas de su difunto hermano. El cuarto lo tenía tapizado con ellas.

Segundo era tajante en su expresión y del género exagerado. De personas enemigas o antagónicas daba juicios fuertes. Cualquiera que lo oía pensaba que esas personas eran irredentas. Pero el que lo conocía sabía que era muy comprensivo y que fue muchas veces pieza de unión. Señal de ello es que fue nombrado superior de la comunidad varias veces.

Como superior, servía a los hermanos y era alegre. Sabía organizar la comunidad y los pequeños esparcimientos para que los demás se sintieran bien. Trataba de limar asperezas, aunque a él le faltara a veces tacto. Su presencia era aglutinadora aunque él no fuera el líder de la comunidad y otros eran más fuertes que él en otras cualidades humanas y religiosas. Su superiorato de la comunidad universitaria fue consultado previamente con algunos de los miembros de esa comunidad y estos lo vieron bien. En esa comunidad de personalidades tan fuertes practicó el lema evangélico de que mandar es servir.

Se fue superando continuamente pues era muy responsable y desempeñaba bien los cargos administrativos que se le encomendaban. De perfecto de disciplina pasó a ser director administrativo del Externado y luego

a rector del mismo. Pero luego las demandas de la Universidad lo fueron sacando poco a poco del colegio. Para prepararse, entonces, hizo un corte en el trabajo apostólico después del rectorado, y fue a Madrid a estudiar antropología. Se había dado cuenta que desde la física no serviría tanto a El Salvador, como desde el análisis social. Se graduó en Madrid (1978) con la calificación de Sobresaliente Cum Laude, habiendo presentado una tesis con material muy amplio sobre el Compadrazgo en El Salvador.

De Madrid vino a Centro América con su energía característica a enseñar sociología en la UCA y a dirigir el departamento de sociología y política. Con la ayuda de los estudiantes tiró encuestas por el campo y la ciudad. De los seis compañeros mártires era el que mejor conocía de manera directa El Salvador. Escribió sobre la tenencia de la tierra, sobre las clases sociales, sobre los refugiados y los derechos humanos. Llenó páginas y páginas. Fue luego nombrado Director del Instituto de Derechos Humanos y comenzó a salir a congresos extranjeros, donde presentó principalmente los resultados de la investigación sobre los refugiados y los derechos humanos. Los congresos fueron una plataforma para la denuncia científica. Él era consciente de ser hombre público y de ser un objetivo de un posible atentado.

Su último viaje fue a Washington D.C., a principios de noviembre, donde recibió, en una de las salas del Congreso de los Estados Unidos, un premio concedido por CARECEN, institución asistencial que ayuda a los refugiados, y por WOLA, institución investigadora que presiona a favor de nuestros pueblos en el Congreso norteamericano. Le otorgaron este premio a Segundo, por su labor en pro de los refugiados salvadoreños y por su defensa de los derechos humanos.

No descuidó el contacto directo con el pueblo. Los fines de semana dijo misa, desde 1984, en una colonia pobre de Santa Tecla, llamada Quezaltepeque. Allí lo querían, porque era muy sencillo en el trato personal. Se gozaban de tener entre ellos a un alto cargo de la UCA que los conectaba con otras esferas. Cuando volvió de Washington le prepararon un pergamino en que lo felicitaban por su labor en favor de los derechos humanos. Ya nunca se lo pudieron entregar, porque el domingo 12 de noviembre se vio imposibilitado de llegar por la ofensiva guerrillera que había estallado la noche antes.

El comunicaba a esta comunidad urbana las experiencias con salvadoreños más pobres. Les contaba de sus visitas a las repoblaciones, como la de Santa Marta en Cabañas. «Nos hacía sentir como gusanos» cuentan, cuando les narraba cómo le habían dado de un huevo frito que debía alcanzar para toda una familia o cómo le habían cedido el tapexco para dormir. A los pobres los evangelizaba con el ejemplo de otros más pobres. También les narraba de sus misas bajo las balas en Perquín, donde fue a celebrar la semana santa hacía un par de años.

Sin embargo, sus visitas a esos lugares de suma pobreza no podían ser más que puntuales. Su nido estaba en la Quezalte. Tampoco allí desarrolló una pastoral muy metida en las estructuras parroquiales, porque no le daba tiempo y había un equipo pastoral muy eficiente. Pero la Quezalte era su casa. Los que lo habían conocido antes les preguntaban a los de esta colonia cómo habían conseguido que el P. Segundo se quedara con ellos, si él no se comprometía a atender ningún lugar permanentemente. Evidentemente, le ganaron el corazón. Con la fiesta de su cumpleaños celebrada por primera vez entre ellos lo amarraron.

La gente recuerda mucho su semblante. Barba rubia como de vikingo y tez encendida. Como para meterle miedo a cualquiera. En la UCA le apodaban Zeus. Pero los niños no le temían. Se le acercaban y les gustaba acercar sus caritas a la suya. De esa cara los ojos destacaban, unos ojos que en el fondo tenían un dejo de tristeza y que apuntaban a Dios. Unos ojos que se sorprendían cuando le daban un regalo. Entonces rodaban las lágrimas y Segundo, el fogoso y siempre enérgico, decía con pocas y cortadas palabras: «gracias, no lo merezco». Esos mismos ojos dicen que tenían muchos colores cuando levantaba el cáliz: se les veía azules, luego amarillos, luego verdes... según los cambiara de dirección. La gente veía a «Chacha Chus» (Tata Chus), como decían los niños, o a San José, como decía una anciana. «Era un padre consentidor» con nosotros y cuando surgió algún problema serio de pleitos internos se incomodó dándoles un tajante ultimatum, que por supuesto no pensaba cumplir.

Segundo, en pocas palabras, fue más que un universitario, más que un profeta, más que un superior, que todo esto lo fue y en grado destacado. Segundo fue un hombre encendidamente apasionado por la gente pobre, aunque sus muestras de cariño fueran muy parcas y muy sobrias.

#### JUAN RAMON MORENO PARDO, S.J.

De novicio «Pardito», como le decíamos con cariño, se jactaba de ser muy secular y se reía, cuando le tomaban el pelo, de los que venían de apostólicas, seminarios y ambientes muy cerrados. El se mostraba orgulloso de haber estudiado en Indauchu, Colegio de los jesuitas en Bilbao. La vida, sin embargo, lo llevó a los terrenos de la espiritualidad y su público principal fue el de sacerdotes y religiosas,

así como de jesuitas, estudiantes, hermanos y sacerdotes.

No tuvo estudios especiales, como la mayoría de sus compañeros mártires. No fue doctor, ni alcanzó el grado de maestría en nada. Se quedó con sus licenciaturas en humanidades clásicas, en filosofía y en teología, más o menos como todos. Pero Pardito era muy inteligente y capaz, era preciso y profundo, aunque tal vez no fuera muy creativo. Si no obtuvo algún doctorado, no fue por incapaz, sino por que no tuvo la oportunidad de hacer estudios especiales.

Al principio de sus años de magisterio se encaminó por la biología. Fue su fuerte. Durante tres años enseñó esa materia a nivel de bachillerato en el Seminario de San Salvador. Pero a la vez tuvo que ir saltando de una materia a otra, aunque fueran muy dispares. En esos años enseñó historia, civismo, matemáticas, inglés, geografía... Un verdadero enciclopédico. Con los años abandonó la biología, pero siempre le interesaron las visiones científicas que rozaban con la filosofía y en particular los temas biológicos más modernos, conexos con la ética. Tuvo siempre una inclinación y un gusto por lo exacto. Quién iba a imaginarlo al ver su mesa desordenada. Cuando lo mataron era ya un experto en computadoras, habiendo ya modernizado el sistema de catalogación de la biblioteca del Centro de Reflexión Teológica (CRT). Fue de los primeros jesuitas de CA que dio el salto teológico. En gran parte se debió a él que la procesadora entrara a la curia provincial y al alcance de los estudiantes de la Compañía.

Desde el Noviciado agarró muy sólidamente los principios de la espiritualidad Ignaciana con el P. Elizondo, su maestro de novicios, que dejó huella especial en cinco de los seis mártires. Pero no se vio forzado a dedicarse al estudio de la espirituali-

dad, sino cuando fue nombrado él mismo maestro de novicios en el momento de los grandes cambios de la provincia jesuítica de CA (1969). Le tocaron años muy difíciles. La formación apenas estaba cuajando en nuevos moldes y casi todos sus novicios abandonaron la orden. Esto lo agobió bastante.

Desde entonces comenzó su dedicación a cosas internas de la Compañía, como ser consultor de Provincia, dar clases en el Noviciado y Juniorado, ser secretario del provincial y editar las Noticias de la Provincia. Desde entonces hizo suya la especialización en la espiritualidad Ignaciana. Fundó el Centro Ignaciano de CA (CICA) en Panamá y se lo llevó a costas a Managua, cuando lo trasladaron allí. Comenzó la revista Diakonía, que era eso, un servicio, una diaconía a los religiosos. Allí recogía artículos de otros. El casi no escribió. La pluma no era su carisma, o tal vez lo era, pero se encontraba opacado ante otros. Su carisma era la predicación. Aunque él era de talante algo apagado, cuando hablaba en público se encendía con un tono exhortativo muy fuerte. Dio muchísimas tandas de Ejercicios a jesuitas, sacerdotes y religiosas. Su enfoque era muy dinámico y dentro de la línea de la teología de la liberación, pero aunque su palabra fuera fogosa, su expresión no hería, porque sabía motivar espiritualmente y desde la fe el compromiso social. Daba confianza a gente que no era muy radical, gozando de un público muy amplio que guarda de él un cariño a nivel centroamericano. No es extraño que donde pasara influyera en las conferencias de religiosos, siendo elegido presidente de las mismas en Panamá, y Nicaragua.

A diferencia de otros de sus compañeros mártires, no echó muchas raíces en ningún país de CA. No era de los que salían a visitar amigos. En parte por timidez, en parte porque no trabajó todos los años en el mismo

país. Pe  
tades n  
fue cer  
donde  
cruzada  
pios de  
ragua  
Lucía e  
con an  
raíces  
sos.

Tambi  
sitarias  
la espí  
en Nic  
Sentía



unive  
Fue m  
res en  
del Ir  
(ICR  
los p  
como  
de los  
ban lí  
San S  
CRT  
señor  
bía o

El di  
incen  
destr  
parec  
bada

AMA

Ama  
gía e  
dio e  
de Sa

brado él  
s en el mo-  
bios de la  
(1969). Le  
La forma-  
do en nue-  
s novicios  
to lo ago-

u dedica-  
Compañía,  
ncia, dar  
uniorado,  
il y editar  
a. Desde  
alización  
a. Fundó  
(CICA)  
cuestas a  
aron allí.  
a, que era  
nía a los  
culos de  
La pluma  
z lo era,  
do ante  
dicación.

on apaga-  
co se en-  
tivo muy  
ndas de  
tes y re-  
dinámi-  
teología  
e su pa-  
sión no  
e spiri-  
promi-  
ente que  
o de un  
da de él  
ericano.  
sara in-  
religio-  
e de las  
gua.

compa-  
has raí-  
era de  
os. En  
que no  
mismo

país. Pero tal vez donde guardó amista-  
des más estrechas entre el pueblo  
fue cerca de Boaco, en Nicaragua,  
donde vivió los meses intensos de la  
cruzada de alfabetización a princi-  
pios de 1980. Cuando volvía a Nica-  
ragua trataba de escaparse a Santa  
Lucía en Boaco o mandaba regalitos  
con amigos. Donde realmente echó  
raíces fue en el mundo de los religio-  
sos.

También desempeñó labores univer-  
sitarias, relacionadas con la teología,  
la espiritualidad y la pastoral, tanto  
en Nicaragua como en El Salvador.  
Sentía cierta tensión entre el talante



universitario y el talante pastoral.  
Fue miembro de la Junta de directores  
en la UCA de Managua, director  
del Instituto de Ciencias Religiosas  
(ICR) y del CICA, que funcionaba en  
los predios de la UCA y le servía  
como oficina para recibir consultas  
de los religiosos, que a la vez busca-  
ban libros para leer. En la UCA de  
San Salvador, fue bibliotecario del  
CRT y subdirector del Centro Mon-  
señor Romero. En el primer piso ha-  
bía oficinas y biblioteca.

El día de la masacre los militares  
incendiaron con bombas los ficheros,  
destruyeron las computadoras y al  
parecer también la información gra-  
bada en los discos y disquetes.

#### AMANDO LOPEZ, S.J.

Amando sacó su doctorado en teología  
en Estrasburgo, Francia (1970) y  
dio clases de teología en el Seminario  
de San Salvador, en la UCA de Ma-

nagua y en el UCA de San Salvador.  
Pero su principal carisma no iba por  
lo académico, ni como profesor, ni  
como escritor. Su carisma era el don  
de consejo y aglutinamiento a todo  
nivel. De todos los miembros marti-  
rizados de su comunidad, muchos de  
ellos excesivamente trabajadores,  
Amando era probablemente el que  
más humanamente llevaba su vida.

Terminados sus estudios de teología,  
al poco de haber llegado a San Salva-  
dor, fue nombrado rector del Semi-  
nario (1971-72). Le tocaron dos años  
de crisis agudas que culminaban con  
la entrega del Seminario por parte de

la Compañía de Jesús en las manos  
de los obispos. Los seminaristas ha-  
bían adquirido ya conciencia de las  
estructuras injustas de la sociedad  
salvadoreña y de la connivencia de  
miembros de la jerarquía con ellas.  
Los sacerdotes comenzaban a ser  
perseguidos. La UCA ofrecía cursos  
de filosofía a los seminaristas que no  
iban con la línea tradicional. Algunos  
obispos se mostraban inconformes  
con la gestión de Amando. El no le  
quitó la confianza a los seminaristas,  
ni dejó de visitar a los párrocos en  
problemas, como cuando fue a Suchi-  
toto porque al P. Inocencio Alas le  
habían ametrallado la casa. En todo  
se sintió muy respaldado por Mons.  
Rivera y Damas.

De allí fue llevado de Rector al Cole-  
gio Centro América en Managua  
(1975-79). En ese colegio había he-  
cho los tres años de magisterio (1959-  
62) antes de ser sacerdote y había  
dejado muchas amistades. Las reen-  
contró, pero las circunstancias esta-

ban muy cambiadas. Se estaba vivien-  
do la escalada revolucionaria que sa-  
caría a Somoza del poder con el  
triumfo sandinista (1979). Aglutinó a  
los padres de familia y a los profesores.  
Buscaba a las personas, cuando  
las veía en dificultades. Les decía una  
palabra con un poco de broma. Acu-  
dían también a él en busca de consejo,  
a sabiendas que su palabra era libre  
que no quería quedar bien con el que  
le consultaba, que no se sujetaba a  
recetas y sobre todo, que era una  
tumba, en esos momentos esta dis-  
creción era muy valorada. Por eso  
Amando llegó a ser depositario de  
muchísima información, la cual le

ayudaba a su vez para aconsejar con  
más realismo a la gente entre los pe-  
ligros de la guerra.

Durante los momentos más duros de  
los bombardeos de Somoza, él abrió  
el colegio a familias necesitadas de  
refugio. Incluso mantuvo en la casa  
de la comunidad a parientes de jesuitas  
y a familias de profesores.

Después del triunfo fue nombrado  
Rector de la UCA de Managua  
(1980-82), donde, desde el Colegio  
había ya fungido como miembro de la  
Junta de Directores. Durante este  
período fue probablemente el jesuita  
que, sin estar en las estructuras del  
gobierno, guardó mejores relaciones  
con el FSLN. Las tremendas divisiones  
ideológicas posteriores al triunfo  
se reflejaron, sin embargo, en la Igle-  
sia y en la Compañía de Jesús, y Ro-  
ma le envió un visitador. Amando  
tomaba las cosas con calma. Nunca  
perdió el sueño. Pero le dolió mucho  
el conflicto intraeclesial. El desenla-

ce de todo fue su salida del puesto de rector.

Durante estos años de Nicaragua (hasta 1983) su principal trabajo pastoral fue el asesoramiento espiritual de un grupo que se autollamaba Cristianos en la Revolución. En este grupo había ministros y funcionarios intermedios del Estado. Era gente de clase media, alguna de ellas, gente que había sido pudiente en años anteriores al triunfo. Cuando mostraban algún desánimo respecto de la línea revolucionaria del FSLN, Amando les recordaba que la revolución era para los pobres, que ellos no eran pobres, que los cambios no se podían hacer con parches y que hacía falta un vestido nuevo, como dice el evangelio. Amando se minusvaloraba a sí mismo, pero sabía dar ánimo a los demás.

Después de un año de sabático en teología pasado en San Cugat, España (1984), volvió a Centro América, esta vez a San Salvador a apoyar la teología en la UCA y a acompañar a los teólogos jesuitas, de quienes había sido Delegado del Provincial para la formación (1981-82). En este período su labor fue más oscura, sin gozar de las relaciones de Nicaragua. Algunos nicaragüenses se quejaban: «allá no está haciendo nada. ¿Por qué se lo llevaron?». Como profesor, recuerdan sus alumnos, era algo aburrido, aunque preparaba y sabía mucho. Se mantenía siempre abierto y dispuesto a oír al que necesitara su consejo, pero en las tensiones que se vivían él no se encontraba con los jóvenes. En la comunidad de la UCA, adonde se pasaría a vivir en 1989, se encontraría más a gusto. Allí terminaría su vida.

En el último año comenzó a atender los domingos la localidad de Tierra Virgen, un lugar casi rural más allá de Soyapango. El cariño que derrochaba con la gente sencilla, la alegría espontánea y sonora de su carácter,

la palabra evangélica y clara de su predicación, cautivaron inmediatamente a la comunidad de Tierra Virgen. A su entierro, atravesando zonas de combate y peligro, llegaron más de 25 personas de esta comunidad.

#### IGNACIO MARTIN-BARO, S.J.

De joven, Nacho fue un jesuita muy observante y disciplinado, hasta algo rígido e intransigente, de los que agarraban todo al pie de la letra. Algunos de sus compañeros no se sentían a gusto con su perfección, pero, cuando se desarrolló entre ellos y Nacho una amistad grande y cuando ellos lo fueron humanizando, entonces lo mandaban a pedir a los superiores los permisos difíciles, llegando a ser un compañero excelente. En las celebraciones comunitarias cantaba con la guitarra y se explayaba, tirando a un lado el vestido de responsabilidad.

Porque había una especie de doble Nacho. Por un lado el exigente con los alumnos, el excesivamente trabajador -sacaba 16 horas diarias-, el reconcentrado, el misterioso, el que no devolvía el saludo, y por otro el amable, el delicado en mil detalles con secretarías, alumnos y campesinos, el amante de las fiestas de cumpleaños aun dentro del edificio de rectoría, el párroco querido de Jayaque. Estos dos Nachos eran el mismo. Así lo descubrieron los más cercanos. Diez días antes de su muerte al celebrar su cumpleaños estuvo haciendo planes en voz alta para humanizar el trabajo. «Las celebraciones nos sirven para botar la presión».

Todos reconocen que Nacho era polifacético y superdotado. Pero en su vida no dispersó sus intereses. Desde el tiempo de filosofía en Colombia (1962-65) comenzó a interesarse por la psicología. Devoraba libros por su cuenta y procuraba asesorarse con algunos profesores de la javeriana, aunque no estuviera en una carrera

de psicología. Siendo ya sacerdote estudió y enseñó psicología en la UCA (1972-76), obteniendo allí mismo su licenciatura en 1975 y pasando a encargarse del departamento de psicología como director. Dada su capacidad y vista la necesidad que sentía de profundizar en teoría y método, fue enviado a la Universidad de Chicago, donde en 3 años sacó el doctorado (1979) con una tesis sobre la densidad poblacional de la vivienda pobre de El Salvador.

Los títulos para él no eran del fin de los estudios, aunque luego los encuadrara y colgara en su oficina. El necesitaba estos estudios en una de las universidades más exigentes del mundo para investigar la realidad nacional. En efecto, esta preparación fue para él el despegue en la investigación y en la publicación con aceptación entre los académicos de muchos países. Sus estudios se consideraban de óptima calidad y rigor científico. A él le traía satisfacción el eco internacional, pero quizás se gozaba más de que la realidad confirmara sus conclusiones, como cuando los sondeos de opinión «pegaban» con los resultados de las elecciones: «él se sentía tan feliz».

Así como las tareas administrativas le aburrían y repetidas veces decía en los últimos meses que iba a renunciar a la Vice Rectoría Académica, así la investigación le llamaba mucho la atención y cuando se sentaba a escribir, directamente sobre la computadora, se sentía humanamente muy realizado. Escribía para muchas revistas. Respondía a los que le pedían contribuciones, que lo esperaran, por que siempre tenía seis o siete artículos por hacer. Le costaba negarse en esto, como también le costaba negarse en otras cosas. Era muy servicial con todos. Decía en broma que parecía prostituta, porque a todos decía que sí.

Lo invitaban a muchos congresos in-

ternacionales en Latinoamérica y Norteamérica. Nacho fue un sicólogo social reconocido nacional e internacionalmente, llegando a ser Vice Presidente para México, Centro América y el Caribe de la Sociedad Interamericana de Psicología de 1987 a 1989.

Sus alumnos sentían que era «muy yuca», es decir, muy exigente y su materia en los primeros años era para colar a los mejores, pero todos lo consideraban un profesor brillante. Según avanzaban, lo iban conociendo y queriendo. Muchas de sus alumnas, pues la mayoría de los estudiantes de psicología eran mujeres, lo invitaban luego para que las casara, bendijera su casa o bautizara a sus niños. Lo veían como sacerdote.

Su interés por la psicología de las personas, especialmente las más necesitadas, no se quedaba en los libros. Una muchacha pobre se quiso suicidar en la calle junto a su oficina. El la atendió, la aconsejó y le dijo que volviera a hablar con él. Cuando salió del hospital llegó y él oyó todo su problema. El la llevó luego a la cafetería, le dio dinero, le buscó alojamiento y trabajo. Después del entierro esta joven decía: «yo creía que la bondad no existía». Y entre lágrimas repetía: «por qué no me morí yo en vez de él».

Desde la UCA preparaba sus idas semanales a Jayaque, pueblo campesino incrustado entre fincas cafetaleras. Buscaba quién le llevara los rollos a revelar para regalar luego las fotos a los campesinos. Preguntaba dónde encontrar una estatua de la virgen para una ermita y llegaba hasta el cementerio donde fabrican unas de cemento. Compraba dulces para los niños. Siempre llevaba la chumpa con dulces. Para periodistas extranjeros Nacho concedía citas con tiempo. Pero cuando llegaban los campesinos de Jayaque, los hacía pasar inmediatamente a su oficina.

En Jayaque atendía al pueblo pastoralmente con un grupo de religiosas residentes en el lugar y un grupo de estudiantes jesuitas que llegaban cada semana. Ante las hermanas Nacho como que era «el» sacerdote, más que los recién ordenados. A él le sacaban el alba más bonita. También la gente veía en él a una persona de más respeto. El decía misas en el pueblo y los cantones, participaba en las reuniones parroquiales siempre con su conocido orden en la planificación, estaba en cursillos y fiestas. Los estudiantes jesuitas que en la UCA lo veían adusto, aquí miraban que «tiraba el caparazón». Inicialmente él no quiso acompañar de cerca a estos. «Ellos se pueden cuidar solos». Pero después reconsideró, mostrando en esto su flexibilidad.

En la comunidad universitaria se le veía muy callado. También en la UCA lo veían muy cansado. Nacho no fue partidario de hacer una comunidad universitaria, donde sólo estuvieran jesuitas que trabajaban en la UCA. Le parecía que esto los empobrecería y aislaría de la gente. Días antes de su muerte incluso parecía acceder a la invitación de algún estudiante jesuita para residir en alguna comunidad de jóvenes, mostrando en esto también su flexibilidad. Pero no. No dejó su comunidad universitaria y dos o tres días antes de morir se cambió, de la antigua casa a la nueva. No dejó a los suyos. Les guardó fidelidad.

Murió junto a Ellacuría. Ambos se complementaban. Ellacuría hacía análisis para sacar de él una línea y para ponerla en práctica. Nacho en cambio como excelente cientista social de corte más empírico ofrecía los datos de la realidad para que el público sacara sus conclusiones. Tenía una pasión religiosa por los pobres y por la justicia, pero sus escritos eran más calmados.

En el momento de la muerte, sin em-

bargo, su voz fue la más fuerte. Fue la única que distinguió la testigo. Le gritó a los soldados «¡Esto es una injusticia, son ustedes una carroña!»

## ELBA RAMOS Y CELINA RAMOS

Elba nació en Santiago María, cantón Las Flores, el 5 de marzo de 1947. Su madre, Santos Ramos, era de Usulután, y se dedicaba al negocio de frutas. Su padre, cuyo nombre no aparece en el acta de nacimiento, era maridador de una finca de Usulután, llamada Los Horcones.

No sabemos de ella hasta que más o menos por 1967 se conoce con su esposo, con quien vivían juntos hasta la muerte de ella, aunque no hubieran estado casados. El era caporal de la finca El Paraíso, en Santa Tecla, ella, que trabajaba como doméstica en San Salvador, para las cortas de café pedía permiso e iba a esa finca a trabajar. Fue de la cuadrilla de la que su futuro esposo era caporal.

Cuando formaron hogar ella ya no trabajó fuera de la casa. Vivieron entonces en una finca de Walter Liebes y Compañía, una finca de Santa Tecla. El dueño, don Ernesto Liebes le daba ayudas económicas y regalos para Navidad, pero murió en uno de los primeros secuestros y por eso dejaron ese lugar en 1970.

Entonces se trasladaron a la hacienda Las Minas en Jayaque, donde el esposo cuidaba la finca de un señor que vivía en la colonia Escalón de San Salvador. A la vez sembraba maíz y frijol. Elba le ayudaba en la cosecha de los granos básicos, pero no salía a cortar café.

Allí estaban cuando nació Celina Mariset el 27 de febrero de 1973 en el hospital San Rafael de Santa Tecla. Ya había tenido Elba dos partos, el primero de un varoncito que nació muerto y el segundo de otro varón que murió al poco de haber nacido.

Celina fue la tercera. En 1976 nacería en Acajutla el cuarto hijo, que vive.

A principios de 1976 se trasladaron, buscando una mejor vida, a Acajutla. Ella estaba esperando al cuarto hijo. El marido consiguió trabajo en la Comisión Ejecutiva Portuaria Autónoma (CEPA), cargando en los barcos sacos de café oro y descargando mercancías de importación. Ella se dedicó al negocio de frutas, abriendo una tiendecita en el barrio. Los Coquitos, un poco fuera de la playa.

El nexa para ir a Acajutla fue a través de Elba. Allí vivía su madre y su hermana ya casada. Vivió Elba con su esposo en la casa del cuñado de ella.

En 1979 dejaron Acajutla debido a la violencia. Cuenta el marido que empezaron a quemar fábricas y esto disminuyó la importación, de modo que él, que no era fijo, quedó sin trabajo. Pasaron, entonces, a vivir de nuevo en Santa Tecla, en la colonia Las Delicias, donde alquilaban una casa muy pobre. El sector de la colonia se llamaba El Chorizo, por su forma de casas enchorizadas. La casa era un cuartón de piso de tierra dividido en la mitad por una cortina. Allí vivían, mientras el marido encontró trabajo de jardinero con una familia muy rica en la colonia San Francisco de San Salvador. Logró el trabajo a través de conexiones entre administradores y mandadores. Mientras él trabajaba de jardinero ella sólo se dedicaba a los oficios domésticos.

Por 1985 ella comenzó a trabajar con los jesuitas en el Teologado de Antigua Cuscatlán, cocinando y limpiando la casa, obtuvo el trabajo a través de una señora que cuidaba el convento de la iglesia de Las Delicias, quien la recomendó a un estudiante jesuita que iba a hacer apostolado en esa colonia. Ella comenzó en el teologado desde que este se abrió.

A través de Elba luego conseguiría el

esposo su trabajo como guardián con los padres de la UCA. Amando López había vivido en el teologado y la había conocido muy bien y querido mucho. El fue quien pensó que hacía falta una familia pequeña para la casita del guardián y sugirió a Elba y a su esposo. Su familia era de cuatro miembros. El esposo comenzó a trabajar en julio de 1989, pero la familia no se pasó sino pocas semanas después.

Elba siguió de cocinera del Teologado. Elba no trabajó en la residencia de los Padres de la UCA. Sólo su marido trabajó con ellos, como guardián de un portón de la muralla del campus de la UCA, que daba, sin embargo, al predio donde estaba la residencia. El predio no era de la UCA, sino de la Compañía de Jesús.

Celina estudió los 6 años de primaria en el Luisa de Marillac en Santa Tecla. El tercer ciclo (7o. a 9o.) lo hizo en el Instituto José Damián Villacorta, también de Santa Tecla. En 1989 ganó el 1er año de bachillerato comercial en el mismo Instituto. Había obtenido una beca de 1 mil colones, junto con otras dos compañeras del mismo año. Cada tanto tenía que presentar las notas al licenciado que les daba la beca.

Por esta exigencia de los estudios dejó la selección de basket y ya no entró a la banda de guerra, cosas todas que le atraían, porque era muy activa. También dejó por los estudios sus actividades como catequista en Las Delicias. Se ve que estaba un poco apurada, porque dejó dos materias pendientes.

Desde los 14 años conoció a su novio. El era seleccionado del instituto y a ella le gustaba mirar el basket y jugar. Tenían pensado casarse pronto, dependiendo de lo que dijera «la niña Elba», recuerda el novio. Le pensaba dar la sorpresa en diciembre. Elba lo

aconsejaba y le mostraba mucho cariño.

Elba era una persona excepcional, recuerda uno de los teólogos. Fiel, discreta, intuitiva para reconocer en la cara de ellos cuándo alguien tenía problemas. Hablaba con poesía, como en metáforas, cuando aconsejaba al que veía triste.

Era muy sensible a las necesidades de los otros. El miércoles 15 de noviembre lavó un vestido negro de flores rosadas, el mejor que tenía, para una mujer de la Zacamil que se había refugiado en el teologado huyendo de los bombardeos. Se lo iba a entregar el día siguiente...

Ese miércoles, cuando Elba subió al teologado desde la casita del guardián -unos 15 minutos a pie-, se llevó su ropa por si no podían luego bajar y tenía que dormir allí. Desde el domingo, madre e hija, no habían dormido en la casita, porque la guerrilla había puesto el sábado una bomba en el portón y Amando les había dicho que para más tranquilidad se quedarán en la residencia de los Padres de la UCA. Entonces, ese miércoles en la tarde volvieron las dos desde el teologado a la residencia de la UCA. Todavía cocinaron la cena para los Padres.

Los teólogos le dijeron que se quedarán en el teologado, pero ella no quiso quedarse por no alejarse de su esposo, el guardián, a quien le quería hacer la cena. La fidelidad a él la llamó al lugar de la muerte. Sin embargo, las dos no durmieron en la casita del guardián, sino en la sala de la residencia de la UCA.

El esposo durmió en la casita y se salvó. El hijo pequeño se había ido con sus primos a distraerse desde el sábado a Acajutla. También se salvó. **C**

## COMPAÑEROS DE JESUS

### EL ASESINATO-MARTIRIO DE LOS JESUITAS SALVADOREÑOS

Jon Sobrino

Muchas veces me ha tocado escribir inmediatamente después de que ocurriera alguna tragedia en El Salvador: el asesinato de Rutilio Grande, de Monseñor Romero, de las cuatro religiosas norteamericanas, por citar los casos más impactantes. En todas estas ocasiones se juntaban dolor e indignación. De alguna forma, sin embargo, los sobrevivientes lográbamos transformar relativamente pronto todos esos sentimientos en esperanza y en servicio; en mi caso, escribir y analizar teológicamente los acontecimientos, como suele decirse. Esta vez ha sido distinto. Para escribir se necesita claridad en la cabeza y aliento en el corazón, pero en este caso, durante varios días, la cabeza se me quedó vacía y el corazón, ciertamente, se me quedó helado.

Ahora; algunos días después, cuando poco a poco vuelve la serenidad, me pongo a escribir estas reflexiones. Lo hago como homenaje agradecido -pequeño e innecesario- a mis seis hermanos mártires, y lo hago también por si proporciona luz y ánimo a los que seguimos en este mundo, mundo cruel que mata a los pobres y a quienes echan su suerte con ellos, y mundo que quisiera matar también la esperanza de los vivos y paralizarlos.

Escribo de forma personal, pues en estos momentos, cuando todavía está muy fresco el recuerdo de mis hermanos asesinados, no sabría hacerlo de otra manera. Más adelante habrá que interpretar lo sucedido más reposada y analíticamente, pero ahora me sería imposible hacerlo así. Y prefiero hacerlo así, porque quizás de esta forma, bajo el impacto del dolor y del sentimiento de pérdida, pueda comunicar también un poco lo que han experimentado centenares de miles de salvadoreños. De 70 a 75,000 son los muertos en El Salvador, pero ahora, cuando me ha tocado de cerca, he sentido algo del dolor y la indignación que han debido sentir tantos salvadoreños, campesinos, obreros, estudiantes, sobre todo madres, esposas, hijas; cuando les han asesinado a sus seres queridos.

En un primer momento voy a narrar con sencillez lo que sentí al enterarme de la noticia y durante los primeros días, en forma muy per-

sonal, como he dicho. Esta experiencia, no tiene mayor importancia en sí misma, pues es sólo una gota en el mar de lágrimas que es El Salvador, pero quizás sirva para comunicar el llanto del pueblo salvadoreño. Después ofreceré unas reflexiones globales sobre mis compañeros y sobre varias cosas importantes con las que me confronta su martirio. Hablaré de ellos como grupo, sobre todo de los cinco que trabajaban en la UCA a quienes mejor conocí; y si voy a mencionar un poco más a Ignacio Ellacuría es porque con él conviví más tiempo y fue él quien más habitualmente ponía en palabra lo que estos jesuitas aceptaban como fundamental en sus vidas y trabajos.

#### I

Desde el 13 de noviembre estaba yo en Hua Hin, a unos 200 kilómetros de Bangkok, Tailandia, dando un breve curso de cristología. Seguía por radio los trágicos acontecimientos de El Salvador y había logrado hablar por teléfono con los jesuitas. Todos estaban bien, me dijeron, y Ellacuría ya había regresado de Europa y había entrado en el país sin problemas. Ese mismo lunes 14 la fuerza armada había registrado nuestra casa, cuarto por cuarto, y el Centro Monseñor Romero de la UCA, pero sin mayores consecuencias.

A última hora de la noche del 16 de noviembre -serían las 11 de la mañana en San Salvador- un sacerdote irlandés me despertó. Había oído, medio dormido, las noticias de la BBC que hablaban de que algo serio les había sucedido a los jesuitas de la UCA en el Salvador. Para cerciorarse, llamó por teléfono a Londres y entonces me despertó. «Ha sucedido algo terrible», me dijo. «No está muy claro, pero parece que han asesinado a algún jesuita de la UCA, no sé si es el rector. Desde Londres te informarán mejor».

De camino al teléfono pensé, aunque no quería aceptarlo, que habían asesinado a Ignacio Ellacuría, y pensé cuántas veces habíamos temido que eso ocurriera. Realmente Ellacuría había sido, sin demagogia, con objetividad, con la palabra de verdad y con la valentía y tenacidad que siempre le caracterizaron, un auténtico profeta en sus escritos y, cada vez más, públicamente por televisión. Hacía poco tiempo, una señora del pueblo me había dicho después de verle en televisión: «Desde que asesinaron a Monseñor nadie ha hablado tan claro en el país». Todos estos pensamientos pasaron por mi mente durante el breve camino al teléfono.

Al otro lado del teléfono, en Londres, me hablaba un gran amigo mío y de todos los jesuitas en El Salvador, y un gran solidario con el país y con la Iglesia. Comenzó con estas palabras: «Ha ocurrido algo terrible». «Ya sé», le contesté, «Ellacuría». Pero no sabía. Me preguntó si estaba sentado y si tenía algo

para escribir. Le dije que sí, y entonces me contó lo que había sucedido. «Han asesinado a Ignacio Ellacuría». Me quedé en silencio y no escribí nada, pues ya me lo temía. Pero mi amigo continuó. «Han asesinado a Segundo Montes, Ignacio Martín Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López López. Mi amigo leía los nombres despacito, cada uno de ellos iba resonando como un martillazo que yo recibía en total impotencia. Yo los iba escribiendo esperando que la lista terminase después de cada nombre que iba mencionando. Pero no, a cada nombre seguía otro, y así hasta el final. Toda la comunidad toda mi comunidad había sido asesinada. Además, también fueron asesinadas con ellos dos mujeres. Vivían en una casita que estaba a la entrada de la universidad y, por miedo a la situación, pidieron a los padres pasar la noche en nuestra casa donde se sentían más seguras. También ellas fueron asesinadas inmisericordemente. Sus nombres son Julia Eiba, cocinera de los jesuitas durante años, y su hija Celia de 15 años. Como en el caso de Rutilio Grande, en que fueron asesinados con él dos campesinos, también aquí murieron con los jesuitas dos sencillas mujeres del pueblo salvadoreño».

Después mi amigo de Londres me fue dando los detalles que iban dando los cables internacionales. Los autores fueron alrededor de unos hombres vestidos de militar. Me dijo que a tres de los jesuitas los habían sacado al jardín y a los otros tres y a las dos mujeres los habían ametrallado en sus camas. Mi amigo no sabía cómo continuar hablando. Como muchos otros esos días, no tenía palabras para expresar lo ocurrido. Procuró darme unas palabras de consuelo y de solidaridad y terminó preguntándose qué extraña providencia había permitido que yo estuviera en nuestra casa en aquellos momentos.

Pasé varias horas, mejor dicho varios días, sin poder reaccionar. Como he dicho al principio en otras ocasiones trágicas relativamente pronto recobramos el ánimo y se apoderaba de nosotros un sentido de servicio que nos hacía activos, lo que de alguna forma aliviaba nuestro dolor y desviaba de nuestra cabeza escenas de terror. Las misas que celebrábamos por los mártires nos llenaban incluso de gozo. Pero esta vez para mí fue distinto. La distancia me hacía sentirme impotente y solo. Y, sobre todo, los seis jesuitas asesinados eran mi comunidad, eran de verdad mi familia. Justo cuando habíamos vivido, trabajado, sufrido y ganado durante muchos años. Y ahora todos ellos estaban muertos.

Creo que nunca he sentido nada semejante. A un sacerdote irlandés que me acompañó aquella noche le dije que era lo más importante que me había sucedido en la vida. Y creo que no es exageración. Mis largos años en El Salvador, mis trabajos, incluso con riesgos y conflic-

tos, el haber pasado por situaciones difíciles, más aún, mi propia vida religiosa y sacerdotal, me parecían cosas mucho menos decisivas que la muerte de mis hermanos y poco reales en comparación con esas muertes. Experimenté un corte real en mi vida y un vacío que no se llenaba con nada. En aquellos momentos recordé el pasaje bíblico de las madres de los niños asesinados que lloraban sin encontrar consuelo. Cuando venían a mi mente las cosas de mi vida normal, escribir, dar charlas y clases, las cosas que he hecho en los últimos 16 años en El Salvador y lo que podía hacer en el futuro, todo me parecía cosa irreal que nada tenía que ver con la realidad. La realidad más real -como he escrito muchas veces desde El Salvador- es la vida y la muerte de los pobres. A miles de kilómetros de distancia, y aunque yo estaba vivo, la muerte de mis hermanos me confrontaba con una realidad en comparación con la cual todo lo demás me parecía poca cosa, nada. O, por decirlo más exactamente,

con una realidad que me forzaba a mirar desde ella todo lo demás. La Iglesia, la Compañía, la fe no eran para mí realidades en esos momentos desde las cuales -como distantes- podía yo comprender o interpretar su muerte, sino al revés: desde esas muertes todas esas realidades se me hacían pregunta, y poco a poco, lo digo con agradecimiento, también respuestas a lo que es lo más fundamental de nuestras vidas: Dios, Jesús, la vocación, el pueblo salvadoreño.

Me preguntaba también por qué estaba yo vivo y la misma pregunta me hizo el sacerdote irlandés que estaba conmigo. Se me ocurrió ponerlo en palabras tradicionales: «no soy digno». Pero en verdad no había respuesta al por qué y tampoco me ocupó largo tiempo ese pensamiento. En su lugar empecé a tener un sentimiento de pérdida irreparable. Nunca será lo mismo la UCA ni nunca será yo el mismo. Después de tantos años de vivir y trabajar con esos hermanos se me había hecho como segunda naturaleza contar con ellos para mi propia vida y trabajo. Cualquier idea, cualquier plan que me venía a la cabeza, siempre terminaba en lo mismo: ya no están. Ya no está Ellacuría para terminar el libro que estábamos editando juntos, ya no está Juan Ramón para organizar el curso de enero sobre Monseñor Romero, ya no está Amando para terminar el próximo número de la Revista Latinoamericana de Teología, ya no está Nacho para dar el curso de psicología de la religión que le había pedido para la Maestría en Teología, ya no está Montes para conocer los problemas de los refugiados y de los derechos humanos, ya no está Lolo -así llamábamos al P. Joaquín López y López-, silencioso normal-

mente, pero con gran olfato para conocer qué piensa y qué espera la gente pobre con la que trabajó en Fe y Alegría. Los ejemplos que he puesto no son importantes por sí mismos, por supuesto; pero con ello quiero indicar que sentía que había perdido las relaciones inmediatas que me unían a la vida real. Y me acordé que en los años de estudio de filosofía algún autor -no recuerdo quién- definía no sé si la muerte o el infierno como la ausencia total de relaciones.

Esta fue mi experiencia en las primeras horas y días. Fue lo más fuerte que sentí, sin ninguna duda, pero tampoco fue lo único. A la mañana siguiente, los participantes en el curso se me acercaban y abrazaban en silencio y muchos de ellos con lágrimas. Uno de ellos me dijo que la muerte de mis hermanos era la mejor explicación y confirmación de la clase que habíamos tenido el día anterior sobre Jesús, el siervo doliente de Yahvé, y el pueblo crucificado.



El comentario me animó un poco, no porque se refiriera con aprobación a mi teología, por supuesto, sino porque hermanaba a mis hermanos jesuitas con Jesús y con los oprimidos. Esa misma mañana tuvimos una misa en Hua Hin, con un altar hecho con flores, al bello estilo asiático, donde estaba escrito el nombre de El Salvador y donde había también ocho candelas que personas de diferentes países asiáticos y africanos -que saben de dolor y muerte- fueron encendiendo mientras yo pronunciaba los nombres de las ocho personas asesinadas. A la noche, en otra ciudad a cinco horas de carro, tuve otra misa con varios jesuitas y muchos colaboradores laicos que trabajan con refugiados de Viet Nam, Burma, Camboya, Filipinas, Corea... Ellos también saben de sufrimiento y pudieron entender lo que ocurría en El Salvador. El sábado y el domingo, ya en Bangkok, tuve dos charlas -tal como me lo habían pedido de antemano- sobre Jesús y los pobres. Personalmente no tenía muchas ganas de hablar, pero pensé que se lo debía a mis hermanos, y nada mejor que hablarles de ellos para presentar hoy la vida y muerte de Jesús de Nazaret por su compromiso con los pobres. Por cierto, en Tailandia, país con un pequeñísimo número de cristianos, alguien me preguntó con ingenuidad y sin

poderlo creer: «¿Y en El Salvador hay católicos que asesinan a sacerdotes?»

No todo fue, pues, oscuridad y soledad. Empecé a conocer las reacciones en muchos lugares, la solidaridad de muchos jesuitas en todo el mundo, las palabras claras de Monseñor Rivera, la promesa del P. Kolvenbach, nuestro superior general, de venir a El Salvador en Navidad, el ofrecimiento inmediato de varios jesuitas de otros países a venir a El Salvador y proseguir la obra de los asesinados, la misa en el Gesù, iglesia de los jesuitas en Roma, con unos 600 sacerdotes en el altar, otra misa en Munich con más de 6,000 estudiantes, las misas en Estados Unidos, España, Inglaterra, Irlanda y tantas otras en todo el mundo. Recibí también cartas y llamadas telefónicas, llenas de lágrimas y de dolor, pero llenas de amor y agradecimiento hacia los seis jesuitas. Y cuando me contaron cómo había sido la misa de entierro, en la capilla de Monseñor Romero

con unos jesuitas decididos a seguir adelante con el trabajo de la UCA, poco a poco me volvió la luz y el ánimo. Por lo que he ido conociendo, la reacción humana y cristiana a este asesinato ha sido única, sólo comparable quizás a la del asesinato de Monseñor Romero -políticamente no hay duda de que es el asesinato que ha originado mayor revuelo después del de Monseñor Romero-. En varios países, me dicen, nada ha galvanizado tanto a los jesuitas, como estos martirios. Si esto ha sido así, se puede decir sin triunfalismos que este martirio ya ha empezado a producir bienes, y esto es lo que ahora mantiene nuestra esperanza, aunque no desaparece del todo el dolor y el sentimiento de pérdida.

Si he contado esta experiencia, es para decir que ahora entiendo un poco mejor lo que significan las víctimas de este mundo. Las cifras -70,000 en El Salvador- son escalofrantes, pero cuando esas víctimas tienen nombres concretos y han estado muy cercanas a uno, el dolor es muy grande. Lo he contado también para decir con sencillez que he querido mucho a esos hermanos asesinados y mártires, y que les estoy muy agradecido por lo que me dieron en vida y por lo que me han dado con su muerte. Y lo he contado, por último, para que se entienda que lo que voy a decir a continuación -que no tiene nada de espectacular, sino de cosas bien sabidas- lo hago con honradez y sinceridad, sin ninguna rutina sino con la convicción que le otorga esta trágica circunstancia. Voy a decir primero unas palabras sobre quiénes eran estos jesuitas y después haré algunas reflexiones sobre cosas importantes que quedan muy iluminadas por su muerte.

¿Quiénes  
Cuando  
Ellacuría  
lúmenes,  
creativid  
político-  
más brev  
ciera mu  
San José  
te último  
Alegría,  
siempre  
sas se di  
ciólogo,  
tigador  
refugiad  
de la UC  
bre todo  
rechos  
años, vic  
problema  
co-socia  
dad libe  
de novie  
tro Mon  
destruido  
pez, 53  
vador, r  
gua en  
teología  
mencion  
por atex  
problema  
nidades  
que, O  
constru  
una gua  
bre un  
brá que  
quizás  
vadoreñ  
jo diario  
paz, de  
los pob

Sin pre  
ellos, q  
me ha  
grupo  
ellos- y  
nos dej

Ante to

¿Quiénes eran? Muchas cosas podría decir de ellos. Cuando se escriban sus biografías, algunas, como la de Ellacuría, el rector de la universidad, llenarán varios volúmenes, pues su vida, 59 años, fue de una prodigiosa creatividad intelectual, eclesial, religiosa y de análisis político-social. Otras, como la del P. Lolo, podrán ser más breves, no porque en su larga vida, 70 años, no hiciera muchas y buenas cosas en el colegio Externado San José, en sus primeros años de la UCA y en sus veinte últimos años al servicio directo de los pobres en Fe y Alegría, sino porque por su talante sencillo y humilde él siempre quería pasar desapercibido. E infinidad de cosas se dirán de los demás. Segundo Montes, 56 años, sociólogo, muchos años en el Colegio y en la UCA, investigador de la problemática popular, sobre todo de los refugiados, director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA, investigador de la problemática popular, sobre todo de los refugiados, director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA. Nacho Martín Baró, 47 años, vicerrector académico, psicólogo social atento a la problemática del pueblo pobre, a las consecuencias psico-sociales de la pobreza y de la violencia, a la religiosidad liberadora. Juan Ramón Moreno, 56 años, maestro de novicios, profesor de teología, subdirector del Centro Monseñor Romero, que fue por cierto parcialmente destruido el mismo día de los asesinatos. Amando López, 53 años, rector del seminario diocesano de San Salvador, rector del colegio y de la universidad de Managua en tiempos de la revolución sandinista, profesor de teología en la UCA. Y junto a estos «títulos» habrá que mencionar los desvelos de todos ellos en su vida diaria por atender a la gente popular que se acercaba con sus problemas, su pastoral dominical en parroquias y comunidades pobres, suburbanas y rurales, Santa Tecla, Jayaque, Quezaltepeque, Tierra Virgen, sus desvelos por construir en esos pobres lugares una pequeña clínica, una guardería infantil, o poner un tejado de lámina sobre unos palos para convertirlo en iglesia. También habrá que escribir las biografías de Julia Elba y Celina, quizás en pocas páginas, pero preñadas de realidad salvadoreña y cristiana, de pobreza y sufrimiento, de trabajo diario para sobrevivir, de esperanza de justicia y de paz, de amor a Monseñor Romero, de fe en el Dios de los pobres.

Sin pretender, pues, ahora ofrecer una biografía de ellos, quisiera decir algunas palabras sobre lo que más me ha impresionado de este grupo de jesuitas como grupo -aunque obviamente existían diferencias entre ellos- y ofrecerlas como la más importante herencia que nos dejan.

Ante todo, eran seres humanos, salvadoreños, que in-

tentaron vivir honrada y responsablemente en medio de la tragedia y la esperanza del país. Y aunque no parezca esto suficiente alabanza para mártires gloriosos, por ahí quiero empezar, pues vivir en medio de la realidad salvadoreña, como en toda la del tercer mundo, es antes que nada asunto de humanidad, exigencia a todos a responder con honradez a una realidad deshumanizada, que clama por la vida, y que en sí misma es cuestionamiento ineludible a nuestra propia humanidad.

Pues bien, estos jesuitas eran muy salvadoreñamente humanos, hombres de una pieza, no como cañas que menean cualquier viento. Trabajaban de sol a sol y ahora se habrán presentado ante Dios con sus manos callosas, si no de trabajos físicos sí de todo tipo de trabajos: clases, escritos, importante aunque monótono trabajo administrativo, misas, retiros, pláticas, entrevistas, viajes y conferencias en el extranjero... A veces con gran brillantez, participando en congresos internacionales, o apareciendo en televisión, hablando con reconocidas personalidades, diplomáticos y embajadores, obispos, líderes políticos y sindicales, intelectuales, recibiendo premios internacionales. Segundo Montes recibió un premio, en un local del congreso de los Estados Unidos, por su investigación sobre los refugiados el día 1 de noviembre y Ellacuría, pocos días antes de regresar a El Salvador, recibió de manos del alcalde de Barcelona un importante premio otorgado a la UCA. A veces, en las parroquias, en las comunidades y en sus oficinas, hablando con la gente sencilla, con campesinos y refugiados, con madres de desaparecidos, tratando de resolver los problemas cotidianos de la gente pobre. A veces -la mayor parte de su tiempo- siguiendo la monotonía del calendario -aunque en El Salvador casi ningún día se parece a otro-, trabajando en el día a día, respondiendo a esa estructura de la realidad que se llama «tiempo», acumulando en ese trabajo diario un gran conocimiento del país y la credibilidad de estar siempre allí en su puesto, lo cual les otorgó un gran prestigio y potenció inmensamente su trabajo y su eficacia.

Eran hombres de espíritu, aunque externamente no eran de los convencionalmente llamados «espirituales». De Ellacuría aprendí la expresión «pobres con espíritu» para relacionar adecuadamente pobreza y espiritualidad. A estos jesuitas quisiera llamarles ante todo «hombres con espíritu». Y ese espíritu se manifestó, como san Ignacio dice en la meditación para alcanzar amor, «más en obras que en palabras».

Ante todo, espíritu de servicio. Si algo quedaba claro de esta comunidad es su trabajo, hasta tal punto que nos llamaban fanáticos. Pero un trabajo que era realmente servicio. En esto fueron ciertamente insignes seguidores de san Ignacio, no pensando en el trabajo como modo

de hacer carrera -varios de ellos muy bien pudieran haber sido figuras mundiales en su profesión y algunos llegaron a serlo, aunque sin buscarlo nunca directamente- ni porque no desearan paz y descanso. Pero, dadas las exigencias del país y la creatividad de Ellacuría sobre todo para proponer siempre nuevos planes y no dormirnos nunca en los laureles, el trabajo es lo que dominaba la comunidad, con las desventajas que eso tiene, pero sobre todo con el testimonio de una vida dedicada a servir. Casi todos tenían trabajo pastoral en parroquias y comunidades pobres los domingos después de una semana agotadora, y muchos sábados y domingos por la tarde se les podía ver trabajando en sus oficinas. Recuerdo, por ejemplo, que a veces surgía la discusión sobre terminar el trabajo semanal de la UCA el viernes por la tarde, y no el sábado al mediodía, como en realidad lo hacemos, pero la discusión terminaba siempre con estas palabras: «Eso es para el primer mundo. En un país pobre como el nuestro, hay que trabajar más, no menos». De hecho, hasta el concepto mismo de vacaciones y, nada digamos, de año sabático, llegó a desaparecer de nuestras vidas. Y aunque este trabajo, realmente excesivo, tiene también su aspecto deshumanizante y costos para la salud, así vivían estos hombres, porque el desvivirse trabajando era cuestión de humanidad, de responder a las innumerables y urgentes exigencias de la realidad salvadoreña. Recuerdo que, cuando el P. Kolvenbach nos visitó a los jesuitas de El Salvador en 1988 -visita muy animante que agradecemos sinceramente-, nos recomendó, como a él le toca hacerlo, que no trabajásemos en exceso, que cuidásemos las fuerzas y la salud. Y recuerdo que alguien de la comunidad le contestó que en situaciones como las nuestras hay que estar indiferente a salud o enfermedad, a vida corta o larga, como dice san Ignacio en el Principio y Fundamento. No es que no comprendiésemos y agradeciésemos lo que nos decía el P. Kolvenbach, pero queríamos insistir en que la realidad salvadoreña -no sólo pensamientos ascéticos o místicos- exige esa indiferencia y esa disponibilidad a dejar la vida y la salud hecha jirones. Exagerados o no, estos hombres vieron en el trabajo la forma de servir y de responder a la realidad salvadoreña.

Ese trabajo, sin embargo, tenía una finalidad muy determinada: el servicio a los pobres. Cuando usábamos lenguaje religioso, hablábamos de los pobres, los privilegiados de Dios. Cuando usábamos lenguaje histórico salvadoreño, hablábamos de las mayorías populares. En realidad es una misma cosa: el servicio a millones de hombres y mujeres que llevan una vida indigna de seres humanos y de hijos e hijas de Dios. En este servicio hay que encontrar lo más profundo de sus vidas y por ello puede decirse que este grupo de jesuitas tenían en verdad espíritu de compasión y misericordia. Si trabajaban como fanáticos y corrían riesgos muy conscientemente

es porque se les removían las entrañas -como al buen samaritano, como a Jesús y como al Padre celestial- al ver a todo un pueblo herido en el camino. Nunca dieron un rodeo, como el sacerdote y el levita de la parábola, para no encontrarse y dejarse afectar por el sufrimiento del pueblo. Nunca dijeron que no a cualquier petición de la gente, mientras fuese posible complacerles. Nunca buscaron subterfugios en el trabajo académico para no hacerlo, como si el saber universitario no estuviera también sometido a la exigencia primaria ética y práctica de responder al clamor de las mayorías populares. Por eso, la fuente, exigente e inspiradora, de todo su trabajo y de todo su servicio fue esa compasión y misericordia que se les convirtió en algo verdaderamente primero y último. El lenguaje que usaban como universitarios era el de «justicia», «transformación de estructuras», «liberación», incluso, bien entendido, el de «revolución», pero no era éste un lenguaje frío, puramente ideológico o político, sino que detrás de él estaba el lenguaje de verdadero amor hacia el pueblo salvadoreño, el lenguaje de la misericordia, con este pueblo y para este pueblo vivieron muchos años. y de este pueblo todos ellos hicieron su pueblo, habiendo nacido, con la excepción del padre Lolo, en España. «Tu pueblo será mi pueblo», como dice la Escritura.

Eran hombres con espíritu de fortaleza. Tenían temple y aguante para todo, para los duros y constantes trabajos, para atender a los mil y un problemas que diariamente pasaban por la universidad, los que eran estrictamente de la universidad y los que a diario genera el país y que llegaban a la universidad. Así, tenían que mezclar clases con ayuda urgente a algún refugiado o desaparecido, tenían que interrumpir mil veces los escritos que tenían entre manos con llamadas y visitas. No había mucha paz externa para trabajar, a veces parecía que las espaldas no eran ya suficientemente anchas para aguantar todo lo que se venía encima; pero no se aislaban ante los problemas ni desfallecían.

Y tenían fortaleza para mantenerse en los conflictos y persecuciones. En los últimos quince años abundaron las amenazas en llamadas telefónicas y cartas anónimas, y sobre todo en los periódicos con acusaciones alucinantes en editoriales, campos pagados -a veces de la fuerza armada- que terminaban de una u otra forma insinuando o pidiendo claramente la expulsión o la aniquilación de estos jesuitas. En los últimos meses aparecieron claras amenazas en la prensa y la televisión sobre todo contra Ellacuría y Segundo Montes. Las últimas amenazas fueron por radio, cuando desde el 12 de noviembre todas las emisoras estaban en cadena gubernamental y proferían amenazas contra ellos y el arzobispo.

Y junto a las amenazas verbales, los ataques físicos.

Desde el 6 de enero de 1976 -recuerdo muy bien la fecha- en que estalló la primera bomba en nuestra universidad, en otras quince ocasiones han puesto bombas: en la imprenta, en el centro de cómputo, en la biblioteca, en el edificio de administración. La última estalló el 22 de julio de este año destruyendo parcialmente la im-



prenta. En nuestra propia casa, la policía entró cuatro veces y la última vez estuvo allí once horas. En febrero de 1980 la casa fue fuertemente ametrallada a la noche, y en octubre de ese mismo año fue dinamitada dos veces: el día 24, y tres días después, el 27. En 1983 una nueva bomba explotó en nuestra casa; esta vez por defender el diálogo como solución más humana y cristiana para el país. Trágica ironía, pero en aquellos días la misma palabra «diálogo» era sinónimo de traición.

Su servicio a las mayorías populares era, pues, muy consciente de los riesgos que traía consigo. Y ese riesgo lo asumieron con absoluta naturalidad, sin halaracas, ni siquiera tras un especial discernimiento espiritual, pues sólo se discierne lo que no está claro, y para estos hombres era absolutamente claro que tenían que proseguir su trabajo en el país. Por ello permanecieron en El Salvador y nunca les escuché que pensasen abandonarlo ante tantas amenazas y peligros, y quizás el mero hecho de quedarse en el país fue un gran servicio para mucha gente que se hubiese ido si ellos hubiesen abandonado el país. En 1977, después de que asesinaron a Rutilio Grande, todos los jesuitas fuimos amenazados de muerte. En las listas de personas peligrosas siempre estaban

varios nombres de los jesuitas de la UCA. Y recuérdese que en El Salvador se llegó a lanzar folletos por la calle con estas palabras: «Haga patria, mate un cura». Algunas temporadas solíamos pasar la noche en casas de religiosas y de familias amigas, pero a la mañana siguiente todos volvíamos a nuestro trabajo de la UCA. Sólo en noviembre de 1980 salió del país Ellacuría bajo protección de la embajada española, pues su nombre era el primero en una lista secreta con nombres de personas que iban a ser asesinadas. Y recuérdese que ese año las amenazas eran muy reales; fue el año en que fue asesinado Monseñor Romero, cuatro sacerdotes, cuatro religiosas norteamericanas, un seminarista, el rector de la Universidad Nacional, los cinco máximos dirigentes del Frente Democrático Revolucionario, y, como siempre, centenares de campesinos, obreros, sindicalistas, estudiantes, maestros, médicos, periodistas... Ellacuría regresó después al país sin ninguna garantía, asumiendo él mismo todos los riesgos.

No cabe ninguna duda, pues, de que eran hombres de temple, de una pieza, como el pueblo salvadoreño que los fue moldeando y que ha dado un ejemplo al mundo de cómo aguantar infortunios sin cuento, cómo sobrevivir y cómo luchar por la vida, con una creatividad que asombra a todos los que les conocen. Estos hombres fueron, pues, en verdad salvadoreños, y quisiera añadir que la honradez, el servicio y la fortaleza con que vivieron la recibieron en muy buena medida de este pueblo. Sus dolores los convirtieron y purificaron, de su esperanza vivieron y su amor los sedujo para siempre.

Estos hombres eran también creyentes, cristianos. No lo menciono aquí como cosa obvia y rutinaria, sino como algo central en sus vidas y como algo que en verdad dirigió todas sus vidas. No eran de los que convencionalmente podríamos llamar el tipo «piadoso», repitiendo en el templo «Señor, Señor», sino de los que iban a la calle a hacer la voluntad de Dios. Por ello, cuando en la comunidad hablábamos de cosas de la fe, las palabras eran más bien parcas, pero muy reales. Solíamos hablar del reino de Dios y del Dios del reino, de la vida cristiana como seguimiento de Jesús, del Jesús histórico, el de Nazaret, pues no hay otro. En la universidad -en la enseñanza y en los escritos de teología por supuesto-, pero también en momentos solemnes y actos públicos se recordaba nuestra inspiración cristiana como algo central, como lo que daba vida, dirección, ánimo y significado a todos nuestros trabajos, y como lo que explicaba también los riesgos que conscientemente corría la universidad. Se hablaba con toda claridad del reino de Dios y de la opción por los pobres, del pecado y del seguimiento de Jesús. Esta inspiración cristiana de la universidad la exponían esos jesuitas sin ninguna rutina, y la gente captaba que en verdad esa inspiración es lo que dirigía

la universidad. Incluso algunos no muy explícitamente creyentes lo captaban y agradecían, porque a través de la fe cristiana así vivida la universidad se hacía más salvadoreña.

Es difícil, por no decir imposible, penetrar en lo más hondo del corazón de esos hombres, en su fe, pero para mí no hay duda de que fueron grandes creyentes y que su vida sólo tenía sentido como seguidores de Jesús. ¿Cómo era su fe? Pensando en cada uno de ellos, con sus diferentes historias y caracteres, me siento fascinado y agradecido ante todo por el hecho mismo de que tuvieron una gran fe, pues -digámoslo de paso- en países como El Salvador la fe no es cosa obvia en medio de tanta injusticia y de tanto silencio de Dios, y no puedo menos de impresionarme por el hecho mismo de que haya fe.

Yo creo que creyeron en un Dios de vida, bueno para los pobres, utopía benéfica en medio de nuestra historia, que proporciona sentido y salvación a nuestras vidas, y de ahí su esperanza radical. Creo que encontraron a Dios escondido en el rostro doloroso de los pobres y lo encontraron crucificado en el pueblo crucificado. Y que también encontraron a Dios en esos gestos de resurrección, grandes y pequeños, de los pobres. Y en ese Dios empequeñecido -el Dios siempre menor- encontraron al Dios siempre mayor, verdadero misterio inabarcable que les impulsaba a recorrer caminos nuevos, no transitados, a preguntarse qué es lo que hay que hacer. De ellos quisiera decir lo que en otros lugares he escrito de Jesús de Nazaret. Para ellos Dios fue Padre bueno, utopía benéfica para la historia, que la atrae y hace que dé más de sí, y en él podían descansar, depositar el sentido último de sus vidas. Y para ellos el Padre seguía siendo Dios, misterio inmanipulable, y por ello no les dejaba descansar y les impulsaba a buscar siempre cosas nuevas que hacer para responder a su nueva y soberana voluntad.

Ya he dicho que nuestra comunidad no era muy dada a poner en palabra estas cosas, sino a decirlas con la propia vida, y ahora mis hermanos las han dicho con su propia sangre. Pero quiero mencionar algo de lo que sí hablábamos con frecuencia: de Monseñor Romero. Y ése era lenguaje de fe. Querer y admirar a Monseñor Romero no es cosa en absoluto difícil, a no ser para los que niegan la luz y tienen un corazón de piedra, pero intentar seguirle y aceptar a todo Monseñor Romero es cosa de fe. Yo creo que para ellos, para mí y para tantos otros, Monseñor Romero fue un Cristo actualizado y, como Cristo, sacramento de Dios. Confrontarse con Monseñor Romero era como confrontarse con Dios.

Encontrar en la vida personal a Monseñor Romero era

como encontrar a Dios. Intentar seguir a Monseñor Romero era como seguir a Jesús hoy en El Salvador. Y eso es lo que mis hermanos intentaron hacer. No creo que ni el Señor Jesús ni el Padre celestial estén celosos de que hable así de Monseñor Romero. Al fin y al cabo, él ha sido su don más precioso en nuestros días para todos nosotros. Y cuando alguien se siente absolutamente atraído por un testigo como Monseñor Romero, a quienes hemos visto, oído y tocado, creo yo que puede decir con sinceridad que se siente atraído por Jesús y por su evangelio, de quien sólo hemos leído sin verlo, de manera definitiva.

En cualquier caso, si es verdad que todos vivimos nuestra propia fe llevados por la fe de los demás, no tengo ninguna duda de que nuestra comunidad era llevada por la fe de otros, de nuestro hermano Rutilio Grande, de tantos creyentes salvadoreños que han mostrado con su sangre su verdadera fe y de la fe de Monseñor Romero. No sé si estoy proyectando en otros lo que para mí es la fe en Dios, pero creo y espero que no es mera proyección. Si algo he aprendido en El Salvador es que la fe es, por una parte, realmente indelegable, como la de Abraham solo ante Dios, pero, por otra, es una fe llevada por otros. Las dos cosas se combinan en El Salvador, las dos se apoyan mutuamente, y de esta manera en medio de tanta oscuridad sigue siendo posible, creo yo, la luz de la fe. Como dice el profeta Miqueas, en una cita que muchas veces he usado: «practicar la justicia y amar la lealtad». Y queda claro también -ahora en el Dios claroscuro del misterio- que así «caminamos humildemente con Dios en la historia». Lo primero, la absoluta exigencia de justicia, es lo que les iluminó con toda claridad la realidad de los pobres. Y -practicando la justicia- lo que les hizo corresponder a Dios. Lo segundo, el difícil caminar con Dios en esta historia de tinieblas -¿de dónde sacar fuerzas para ello?-. Creo yo que se lo permitió el recuerdo de Jesús, de sus testigos actuales y la fe de los mismos pobres. Estos hermanos se entroncaron en esa corriente esperanzada y amorosa que sigue presente en la historia a pesar de todo, en esa corriente de la historia que protagonizan en último término los pobres. Ellos trabajaron para que esa esperanza utópica fuese cada vez mayor y tomase más cuerpo, pero ella también les llevó a ellos en su esperanza y en su fe. Creo que ellos miraron a los pobres desde Dios y con ellos caminaron hacia Dios. Así era, creo yo, la fe de mis hermanos.

Estos hombres y creyentes fueron por último jesuitas. Yo creo que fueron profundamente «ignacianos», aunque no pareciesen a veces muy «jesuíticos», si se me entiende bien, de los que están pendientes de la última información que viene de la curia, o de esos que piensan que la Compañía es lo más importante que existe sobre

la faz de la tierra, aunque estaban sinceramente orgullosos de ser jesuitas. No es que fueran insignes en todo lo ignaciano, pero sí creo que fueron insignes en las cosas fundamentales de los Ejercicios Espirituales. Recuerdo que en 1974 Ellacuría y yo dimos un curso sobre los Ejercicios vistos desde América Latina. Y en 1983 juntos escribimos un documento que hicimos en nuestra Congregación Provincial para ser presentado a la Congregación General de ese mismo año, basado en la estructura de los Ejercicios. Normalmente nos tocaba a nosotros dos y a Juan Ramón Moreno poner en palabra lo ignaciano de nuestras vidas y trabajos, pero creo que todos los demás aceptaban y participaban cordialmente de esa visión.

De San Ignacio solíamos recordar los grandes momentos de los Ejercicios. La contemplación de la encarnación, para ver nosotros el mundo real con los ojos del mismo Dios, es decir, mundo de perdición, y para reaccionar con las entrañas del mismo Dios, es decir, «hacer redención». Y esto es importante recordarlo porque, como para muchos otros salvadoreños, no fue la cólera - que tantas veces estaba más que justificada - ni la venganza ni mucho menos el odio lo que fue el motor de sus vidas, sino el amor: el «hacer redención» como dice San Ignacio. Solíamos recalcar también la misión de Jesús al servicio del reino de Dios e historizarla para nuestros días; la meditación de las dos banderas con la alternativa insuperable de riqueza y pobreza, con la intuición ignaciana de que la pobreza, cristianamente asumida, lleva de por sí a todos los bienes, mientras que la riqueza, por su propia naturaleza, lleva a todos los males; el cargar con el pecado del mundo y el escondimiento de la divinidad de Cristo en la pasión, como dice San Ignacio. Y algo que fue muy original y sumamente actual es la interpretación que hizo Ignacio Ellacuría del coloquio de la meditación de los pecados ante Cristo crucificado. En una interpretación historizada para nuestro tercer mundo, se preguntaba qué hemos hecho para que estos pueblos estén crucificados, qué hacemos ante sus cruces y qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz. De él aprendí también a aplicar a nuestros pueblos la expresión «pueblo crucificado» -no sólo hay que hablar de «Dios crucificado» de Moltmann, solía decir, aunque esto sea necesario- y la comparación de esos pueblos con el siervo doliente de Yahvé, como lo hizo también intuitivamente Monseñor Romero: el siervo doliente es Jesús y el siervo doliente es el pueblo crucificado. En la respuesta a estas preguntas se expresaba la conversión que exige San Ignacio con total seriedad.

También reinterpretamos el ideal de San Ignacio: «contemplativos en la acción» como «contemplativos en la acción de la justicia». No sé cuánto había de contemplación en sus vidas, tal como ésta se entiende convencio-

nalmente, pero no dudo de que el lugar privilegiado de su contemplación, de encontrar realmente el rostro de Dios en este mundo, era en su acción por cambiar el rostro de Dios, oculto y desfigurado en los pobres oprimidos, por el rostro del Dios viviente, que da vida y resucita a las víctimas.

Estos eran los ideales ignacianos que movían a ese grupo. Los llevaron a la práctica con limitaciones, por supuesto, pero no tengo duda de que esto es lo que les movía y de ello dieron insigne testimonio. Y desde este espíritu de san Ignacio hay que entender cómo se comprendían ellos como jesuitas en el mundo de hoy. Jesuitas como ellos, y ciertamente ellos, son los que prepararon el cambio que se operó en la misión de la universidad Compañía, cambio comparable al del Vaticano II y Medellín y por ello verdadero milagro y don de Dios. La misión actual de la Compañía quedó formulada como «servicio de la fe y promoción de la justicia» (CG XXXII, 1975), y todo ello llevado a cabo como «opción por los pobres» (CG XXXIII, 1983). Este cambio ha sido muy radical, ha significado para la Compañía conversión, abandonar muchas cosas y muchos modos de proceder, perder amistades de los poderosos y sus beneficios, y ganar el cariño de los pobres. Ha significado sobre todo volver al evangelio de Jesús, al Jesús del evangelio, buena noticia. Pero ha sido también un cambio muy importante y muy benéfico, especialmente para los países del tercer mundo. Ha significado que la Compañía se ha hecho verdaderamente cristiana y verdaderamente centroamericana, ha significado mantener la identidad de la Compañía de modo que la haga relevante en nuestro mundo y procurar una relevancia que le ayude a redescubrir su identidad ignaciana. Y no es éste un pequeño beneficio para la Compañía, producto en muy buena parte de jesuitas como los seis asesinados.

Y jesuitas como ellos son los que han verificado la verdad de lo que también dijo la CG XXXII: «No llevaremos a cabo la misión del servicio de la fe y de la promoción de la justicia sin pagar un precio». En los últimos catorce años desde que se dijeron estas palabras, muchos jesuitas han sido amenazados, perseguidos y encarcelados en el tercer mundo. El número de jesuitas asesinados creo que son alrededor de veinte, y de ellos siete en El Salvador, el P. Rutilio Grande y ahora los seis de la UCA. Aunque sea trágico, hay que repetirlo: estas cruces son las que muestran que la elección hecha por la Compañía ha sido correcta por ser cristiana y por ser actual, y las que muestran sobre todo que esa elección se ha llevado a la práctica. Y, de nuevo, no es éste un pequeño beneficio que los mártires hacen a la Compañía.

Creo, pues, que fueron ignacianos y jesuitas tal como hoy los quiere la Compañía. Sin alharacas, sin palabras

almibaradas y sin triunfalismos se sentían jesuitas, de nuevo más en las obras que en las palabras. Ciertamente eran de aquellos que se hacían las dos grandes preguntas de san Ignacio: «a dónde voy y a qué» e intentaban responderlas con honradez, sin el adorno de mucha palabrería espiritualista ni el disfraz de las prudencias diplomáticas y mundanas, ni siquiera con los discernimientos que a veces son paralizantes, pues, como antes he dicho, lo obvio no es objeto de discernimiento. Eran de los que buscaban la mayor gloria de Dios y recordaban aquello de san Ignacio «el bien cuanto, más universal, más divino». Y así comprendían su trabajo, sobre todo el trabajo específicamente universitario dirigido hacia las estructuras del país y su transformación: para que la salvación llegara a más gente. Eran de los que estaban en la avanzada, en las trincheras, allí donde se juegan las soluciones a los problemas más graves de nuestro tiempo, y allí donde se escucha también más de cerca el fragor de la batalla. Si cayeron en la batalla, es porque estaban en ella.

Así es como los recuerdo, como seres humanos honrados con la realidad, como creyentes en Dios y seguidores de Jesús, y como jesuitas cabales de finales de este siglo XX en un país del tercer mundo. Cierito es que tuvieron limitaciones y fallos, cada uno los suyos y como grupo. Duros y adustos a veces, hasta con apariencia de intransigentes algunas veces, aunque no por defender lo suyo sino por luchar por lo que consideraban mejor para el país, la Iglesia y la Compañía. Pero eso no les impidió vivir y trabajar unidos, llevando cada uno las cargas de los otros, y sintiéndose llevados también por el espíritu de los otros. De esta forma fueron compañeros de Jesús y realizaron la misión del cuerpo de la Compañía en el mundo de hoy.

### III

¿Por qué los mataron? Después de esta breve semblanza espiritual de estos hermanos jesuitas, quisiera hacer algunas reflexiones sobre lo que ilustra su asesinato e ilumina su martirio. Un asesinato es oscuridad, pero sub specie contrarii ilumina muchas cosas. Un martirio tiene luz propia y poderosa que dice más que mil palabras sobre las cosas importantes de la vida y de la fe. Ofrezco, pues, estas reflexiones para que los vivos saquemos luz sobre la realidad en que vivimos y ánimo para transformarla.

La respuesta a la pregunta por qué los mataron sigue siendo sumamente importante porque de ella depende la comprensión de lo que estos jesuitas fueron e hicieron. Pero no sólo eso; de la respuesta depende la comprensión de la realidad salvadoreña y la comprensión de nuestra fe, que -no lo olvidemos- comenzó al pie de un

crucificado, de un ajusticiado por los poderosos de este mundo. La respuesta es absolutamente sencilla y por ello mismo aterradora. «Se mata a quien estorba», decía Monseñor Romero. Y realmente estos jesuitas estorbaban mucho; no de otra forma pueden explicarse tantos ataques verbales y físicos que antes he enumerado.

¿Y qué es lo que estorbaba de estos hombres? Sus adversarios y sus asesinos solían decir de forma ideologizada, y falsa, varias cosas contra ellos. Se les tenía por comunistas y marxistas; a veces se les llamaba antipatriotas; algunas veces hasta los llamaban ateos. y en el colmo de la alucinación los acusaban de «liberacionistas». Irónica y trágica tergiversación ésta de usar un término central evangélico ->liberación-> para denigrar y descalificar a un creyente. En realidad, nada concreto querían decir con estas acusaciones, sino sólo expresar su total rechazo hacia ellos y su deseo vehemente de verlos silenciados, fuera del país, desaparecidos o muertos. Y recuérdese que en el país también Pablo VI fue acusado de «comunista» cuando publicó la *Populorum Progressio*.

Otros, en la situación actual del país, formulaban acusaciones más concretas: apoyan al FMLN, son su «facha-



da» ideológica, son los responsables de la violencia y de la guerra, etc., dando por supuesto que el FMLN es el peor de los males en el país y que quien los apoya es automáticamente reo de muerte. Claro que, para la ultraderecha, «fachada» del FMLN era cualquiera que de-

fendier  
ción de  
que luc  
asesina  
nacion  
paz y c  
en El S  
sa y la

Lo pri  
seres h  
cidos  
de libe  
eran  
aporte  
cer m  
absolu  
acadé  
pulo  
la soc  
perso  
busca  
cientí  
favor

Tamp  
plicar  
verdad  
murm  
a dec  
caron  
tos a  
algún  
que  
que e  
res, y  
no en  
to ni  
juzga  
ellos  
en es  
ñor  
segú  
lizab  
ba e  
FMLN  
erra  
con  
conc  
ases  
haya  
en d

Por  
que

s de este  
la y por  
a», decía  
estorba-  
e tantos  
do.

Sus ad-  
deologi-  
enía por  
antipa-  
y en el  
acionis-  
un tér-  
nigrar y  
concreto  
expresar  
ente de  
o muer-  
VI fue  
pulum

acusa-  
«facha-



ia y de  
N es el  
és au-  
ultra-  
ue de-

fendiera a los pobres y dijera la verdad sobre la violación de los derechos humanos: desde los sindicalistas que luchan por sus derechos y los comités de madres de asesinados y desaparecidos, hasta los beneméritos internacionalistas -esos hombres y mujeres que han dejado paz y comodidad en sus países para servir a los pobres en El Salvador- hasta Monseñor Rivera y Monseñor Rosa y la Oficina de Tutela Legal del arzobispado.

Lo primero es simplemente falso. Estos jesuitas fueron seres humanos honrados y cristianos creyentes, convencidos de que Jesús ha traído la exigencia y los caminos de liberación, de liberación total, utópica. Por supuesto eran conocedores del marxismo, de sus importantes aportes para analizar la situación de opresión en el tercer mundo y de sus serias limitaciones; pero no fue en absoluto el marxismo su principal fuente de inspiración académica -Ellacuría era un eminente y creativo discípulo de Zubiri- Ni su ideología última para transformar la sociedad ni, mucho menos, lo que inspiró sus vidas personales. Eso lo fue el evangelio de Jesús, y desde él buscaron cómo encontrar los mejores conocimientos científicos, como juzgar y usar las diversas ideologías en favor de los pobres.

Tampoco es verdad lo segundo, aunque esto hay que explicarlo un poco más en detalle para que se conozca la verdad de lo ocurrido y para que no llegue a decirse -o a murmurarse en voz baja, pues casi nadie se atreve ahora a decirlo en voz alta- que, aunque trágico, ellos se buscaron su muerte. (Cosas como ésta se han dicho en estos años, hasta por jerarcas, cuando ha sido asesinado algún sacerdote). Por sencillo que parezca el decirlo, lo que estos jesuitas apoyaban decididamente y hacia lo que eran realmente parciales eran las mayorías populares, y nada más. Infinidad de veces repetían que lo suyo no era apoyar un partido político o un gobierno concreto ni siquiera un movimiento popular determinado, sino juzgar de cualquiera de ellos y apoyar cualquier cosa en ellos que ayudara a la justicia para el pueblo. También en esto eran fieles a las palabras y al espíritu de Monseñor Romero: «hay que juzgar de los procesos políticos según vayan o no en beneficio del pueblo». Por eso analizaban y apoyaban lo que de positivo y justo se expresaba en los movimientos populares y también en el FMLN, pero criticaban lo que les parecía políticamente errado, sobre todo tendencias puramente militaristas con abandono de lo social y popular, y lo éticamente condenable, sobre todo algunas acciones terroristas y asesinatos de civiles por parte del FMLN. Nadie que haya leído las publicaciones de la UCA podrá ponerlo en duda.

Por lo que toca al conflicto y la guerra, recuerdo bien que ya en febrero de 80 después de la primera gran ofen-

siva fallida del FMLN, Ellacuría dijo, ya entonces, que la solución para el país estaba en la palabras que entonces sonaban a traición para la derecha y no muy agradables para la izquierda; y ese mismo año, en el mes de mayo, la revista ECA dedicó un número monográfico al diálogo y la negociación. Aunque no eran, como tampoco lo fue Monseñor Romero, pacifistas a ultranza, aunque entendían y analizaban las causas de la guerra, su trágica inevitabilidad e incluso su posible legitimidad a finales de los años setenta, no eran belicistas, consideraban la guerra como un grandísimo mal que debía desaparecer. No que esto les llevase a ignorar los bienes que también el FMLN ha traído al país -palabras impronunciadas para la extrema derecha-, ni la creatividad, la heroicidad, el amor incluso de muchos de sus combatientes, pero tampoco les llevó a cegarse, antes al contrario, hacia los males de la guerra, ni nunca se dejaron llevar ni en la teoría -ni en la práctica por supuesto- por lo que Monseñor Romero condenó como mística de la violencia. En lenguaje político, pero con gran pathos humano y ético, Ellacuría solía decir lapidariamente: «el camino de la guerra ya ha dado todo lo que podía dar de sí, hay que buscar el camino de la paz».

Por ello apoyaron decididamente el diálogo-negociación, lo cual fue muy claro en los últimos años y sobre todo en los últimos meses. La universidad hizo todo lo posible por facilitar el diálogo, hablando con unos y con otros. Y eso lo sabe bien el presidente Cristiani, con quien algunos de ellos hablaron unas pocas veces en privado, y a quien invitaron a la UCA, el 19 de septiembre de este año, cuando la UCA otorgó un doctorado honoris causa al presidente de Costa Rica, Oscar Arias, por su trabajo por la paz. Para facilitar el diálogo hablaban con los dirigentes del FMLN, con algunos miembros del gobierno, con toda clase de políticos y diplomáticos, incluso con algunos militares, pero todo lo hacían con la única finalidad de apoyar una solución negociada, más humana y más cristiana al conflicto. Hubo, pues, conocimiento, contactos, apoyo a lo positivo y críticas a lo negativo del FMLN. Hubo también diálogos con algunas fuerzas gubernamentales, incluso apoyo a todo lo que ofreciese un poco de luz al callejón sin salida del país, proviniese del gobierno, de los partidos políticos, de la embajada norteamericana, aunque obviamente, se mantuvieron firmes en la denuncia de los abusos y violaciones de los derechos humanos cometidas por la fuerza armada y los escuadrones de la muerte, en afirmar la responsabilidad del gobierno en ello, en denunciar la impunidad de los crímenes y la inutilidad de la administración de justicia, en desenmascarar la dependencia de los Estados Unidos. No fueron, pues, fachada del FMLN ni de ningún otro grupo o proyecto político, aunque analizaron todos ellos y promovieron lo bueno, mucho o poco, que vieron en ellos. Si de algo quisieron ser

«fachada» estos jesuitas era de las mayorías populares, de los pobres y oprimidos del país. Y -ésta es la tragedia- por eso en último término los mataron.

Si he recordado estas cosas, bien conocidas en El Salvador, es para recalcar que la razón profunda de su muerte no está en las acusaciones que lanzaron contra ellos. Como en el caso de Monseñor Romero, de muchos otros mártires y de Jesús de Nazaret, la razón más sencilla y más profunda está en otra parte. Quisiera decir que quienes los mataron habrán aducido para sí razones falsas, si es que se puede hablar de «razones» para tan abominable crimen, y éticamente injustificables, por supuesto. Pero en lo fundamental no se equivocaron, como no fue equivocación -a pesar de lo que dice Bultmann- el ajusticiamiento de Jesús de Nazaret. No había razones justas para eliminarlos, pero había necesidad de eliminarlos. Y esta necesidad de tal o cual persona, de tal o cual grupo. Es la necesaria reacción de los ídolos de muerte hacia cualquiera que se atreve a tocarlos.

Que existen ídolos en este mundo es convicción profunda en América Latina. De ello habló Puebla y, con mayor profundidad, Monseñor Romero en su última carta pastoral de 1979, ayudado por cierto por Ignacio Ellacuría. Y lo ha teorizado teológicamente, cosa que no se hace en otros lugares, la Teología de la Liberación. Como tantas veces se ha dicho, pero hay que repetirlo porque sigue siendo una espantosa realidad, los ídolos son realidades históricas, realmente existentes, que se hacen pasar por divinidades, mostrándose con las características de la divinidad: intimidad, autojustificación, intocabilidad, ofreciendo salvación a sus adoradores, aunque los deshumanizan, y, sobre todo, exigiendo víctimas para subsistir. Esas realidades históricas son lo que llamamos los ídolos de muerte, que en el Salvador fueron concretados por Monseñor Romero como el ídolo de la riqueza, la absolutización del capital -el primer y más grave de los ídolos y el originante de todos los demás- y la doctrina de la seguridad nacional; a lo cual añadió la sería advertencia a las organizaciones populares de que no se convirtieran en ídolos ni hiciesen nunca de la violencia, aun en el caso de que llegase a ser legítima, una mística. Existen ídolos, pues, y, como lo dijo Monseñor Romero gráficamente, no se puede tocar a los ídolos impunemente: «¡Ay de aquel que toca la riqueza. Es como un cable de alta tensión. Se quema!». Eso es lo que ocurrió con los seis jesuitas, y con tantos otros.

Los jesuitas de la UCA tocaron el ídolo al *decir la verdad de la realidad*, analizar sus causas y proponer las mejores soluciones. Y esto que parece cosa tan buena, tan beneficiosa, que debiera ser alabada y apoyada por todos, eso es perseguido por los ídolos. Los jesuitas, ante todo, dijeron la verdad del país en sus publicaciones y

declaraciones públicas. Dijeron que el hecho más grave es la masiva, cruel e injusta pobreza de las mayorías, que cuando estas mayorías se organizan -con todo derecho y justicia- simplemente para poder vivir son reprimidas, todo lo cual sigue siendo verdad en el país, aunque no lo quieran reconocer eficazmente ni las políticas gubernamentales ni las de los Estados Unidos, ni estas políticas estén dirigidas por esa realidad fundamental ni para ponerle solución.

Pero además de esta denuncia profética fundamental, analizaron la realidad y sus causas como corresponde a una institución universitaria. Ya en 1971 la UCA publicó un libro sobre una famosa huelga de maestros, dándoles la razón -lo cual les costó ya entonces la pérdida de subsidio gubernamental- y empezaron a exigir una reforma agraria como la solución más radical y necesaria para los males del país. Y desde entonces sus enemigos se dieron cuenta de que estaban tocando el ídolo. En 1972 la UCA publicó otro importante libro mostrando, denunciando y analizando el fraude electoral de las elecciones presidenciales -de lo cual se seguirían graves males, pues el pueblo empezó a desconfiar para siempre de que la solución a la injusticia pudiera provenir sólo de elecciones-. En 1976, por recordar otro momento importante, la revista ECA, cuando el presidente Molina echó marcha atrás en la incipiente y mínima reforma agraria, publicó un editorial de Ignacio Ellacuría «A sus órdenes mi capital». Y desde entonces su palabra de verdad y sus análisis objetivos se hicieron siempre presentes en la realidad salvadoreña: la verdad sobre la pobreza, el desempleo, la espantosa falta de vivienda, de educación y salud, la verdad sobre la represión y la violación de los derechos humanos, la verdad sobre la marcha de la guerra, la verdad sobre la dependencia de los Estados Unidos, la verdad también sobre el accionar del FMLN y de los movimientos populares, sus acciones y estrategias, correctas o equivocadas... y tantas otras verdades. Como otra expresión de esa voluntad de verdad, la UCA comenzó hace dos años un instituto de opinión pública, dirigido por el P. Martín Baró, que muy pronto se convirtió en el medio más objetivo para saber qué pensaban los salvadoreños.

La verdad, expuesta universitariamente, es lo que intentaron decir y analizar estos jesuitas, con la mayor objetividad posible, como ha sido reconocido por innumerables instituciones internacionales, por muchísimos políticos, embajadores, analistas y periodistas que desfilaron por la UCA para conocer de boca de esos hombres la verdad del país. No todos estaban siempre de acuerdo con todos sus análisis, pero todos -con excepción de la muy extrema derecha- reconocían su voluntad de verdad y sus logros importantes en analizar la verdad. No fueron, pues, voceros de ningún grupo o institu-

ción,  
cialid  
desde  
didar  
menor  
ces, e

Decir  
en e  
caso  
porqu  
de mu  
tarse  
y el e  
se cor  
no se  
injust  
tratar  
cosas  
del bi  
chas  
el le  
mos:  
sión»,  
«elec  
mund  
crátic  
que e  
cia y  
muert  
a cab  
ver up  
cánda  
que p  
ción d  
cidos  
gate c  
peque  
niales

Decir  
cia sin  
univer  
dido c  
que vi  
un mu  
tura. C  
mentir  
dad co  
verdad  
res, po  
medio  
descon  
la repr

ción, sino voceros de la misma realidad. Y si alguna parcialidad tuvieron y reconocieron es la de ver la verdad desde los pobres. Y si pronunciaban la verdad tan decididamente es porque estaban convencidos de que al menos la verdad está en favor de los pobres -que, a veces, es casi lo único que tienen en su favor-.

Decir la verdad, comunicarla universitariamente -como en el caso de estos jesuitas- o pastoralmente -como en el caso de Monseñor Romero- siempre ha sido peligroso porque los ídolos buscan ocultar su verdadera realidad de muerte y, por necesidad, generan mentira para ocultarse. El pecado siempre busca su propio ocultamiento y el escándalo su propio encubrimiento. Decir la verdad se convierte entonces en *desenmascarar la mentira*, y eso no se perdona. El pecado del mundo, las estructuras de injusticia que dan muerte, no son sólo injustas sino que tratan de ocultar su maldad e incluso hacerse pasar por cosas buenas, revestirse del bien, encubriendo muchas veces la realidad con el lenguaje de eufemismos: «libertad de expresión», «democracia», «elecciones», «defensa del mundo occidental, democrático y cristiano». Y es que el mundo de la injusticia y del poder, que da muerte a los pobres, lleva a cabo un gigantesco *cover up* para ocultar el escándalo de las víctimas que produce, en comparación con el cual los conocidos *cover ups* de Watergate o Irangate son faltas pequeñas o pecados veniales.

Decir la verdad, entonces, no es sólo disipar la ignorancia sino combatir la mentira, lo cual es esencial para una universidad y es central en nuestra fe. Si algo he aprendido en estos años en El Salvador es que el mundo en que vivimos es simultáneamente un mundo de muerte y un mundo de mentira, y lo he redescubierto en la Escritura. Como dice Juan, el maligno es a la vez asesino y mentiroso. Como dice Pablo, el mundo aprisiona la verdad con la injusticia. Estos jesuitas quisieron liberar la verdad de la esclavitud a la que la someten los opresores, poner luz en medio de la mentira, poner justicia en medio de la opresión, poner esperanza en medio del desconsuelo y poner amor en medio de la indiferencia, la represión y el odio. Y por eso los mataron.

La verdad que dijeron estaba iluminada por el conocimiento que se producía en la Universidad, lo más racional y objetivo posible; pero estaba iluminada también y esencialmente por los pobres. Aceptaban la escandalosa afirmación del profeta Isaías: el pueblo crucificado, desfigurado y sin rostro, el siervo doliente de Jahvé, ha sido puesto por Dios como luz de las naciones. Esta es, para quienes buscan la verdad, *la opción por los pobres*. Esta opción no es sólo una opción categorial, exigida por la Iglesia y la Compañía sólo a los que hacen trabajo pastoral, sino que es una opción totalizante que afecta a todo hombre y a todo creyente, en todas sus dimensiones: en lo que sabe, en lo que espera, en lo que hace y en lo que celebra. Es una opción totalizante para la iglesia y para la universidad. Y esa opción es la que hicieron estos jesuitas, también como universitarios. Estos jesuitas creyeron -y la experiencia lo confirma- que se ve más desde abajo que desde arriba, que se conoce mejor



Sortido de El Salvador

la realidad desde el sufrimiento e impotencia de los pobres que desde el dominio de los poderosos. Su verdad fue, pues, posibilitada por los pobres.

La opción, sin embargo, incluye también esencialmente devolver a los pobres su verdad, y así la verdad que iba generando la universidad la devolvieron a los pobres, para defenderlos, iluminarlos y animarlos. La UCA hizo una opción por los pobres y la puso en práctica de diversas

maneras. En la docencia se pretendía comunicar ante todo lo que es la realidad nacional -esa era la gran materia a enseñar, la materia más obligatoria en todos los cursos, y la que debía estar presente en cualquiera de ellos-, para que de este modo la realidad de las mayorías populares -la verdadera realidad nacional y no las excepciones o las anécdotas de la realidad que suelen enseñarse a veces en las universidades- con su sufrimiento y también con su esperanza y su creatividad tomara la palabra.

La pregunta que dirigía cualquier investigación era la de descubrir a fondo la realidad oprimida y sus causas, y ofrecer positivamente las mejores soluciones. Este era un gran ideal, difícil de conseguir, pero en el que estos jesuitas pusieron gran empeño: se trataba de ofrecer modelos, con posibilidades reales, de una economía.

una política, una tecnología para la vivienda, la educación, la salud, una educación, una creatividad artística y cultural, una religiosidad cristiana y liberadora que hiciera posible la vida de diez millones de seres humanos a finales de este siglo en este pobre y pequeño país de El Salvador. A esto estaba dirigida la investigación.

En la proyección social, la UCA se abrió directa e inmediatamente a las mayorías populares, a través de sus publicaciones, de sus tomas de postura, valientes, numerosas y públicas, a través del Instituto de Derechos Humanos, dirigido por el P. Montes, a través del Centro de Información y del Centro Monseñor Romero en cosas teológicas, pastorales y religiosas. Con ello querían ayudar a generar una conciencia colectiva en el país, crítica y constructiva, que ayudase a los pobres. Hacia los movimientos populares estos jesuitas fueron muy abiertos y los apoyaron decididamente por lo que tenían de populares, aunque no por ser uno u otro movimiento. Teórica y prácticamente procuraron exponer la necesidad, la justicia, la identidad y la finalidad de los movimientos populares. Y gráficamente se podía ver esto en el mismo recinto de la universidad que nunca cerró sus puertas a sindicalistas, marginados, madres de desaparecidos, grupos de derechos humanos, agentes populares de pastoral, etc.

Una verdad, pronunciada, analizada y presentada de forma universitaria y cristiana, una universidad así, es lo que no toleran los ídolos. A estos jesuitas universitarios los mataron por hacer de la universidad un instrumento eficaz en defensa de las mayorías populares, por convertirse en conciencia crítica en una sociedad de pecado y en conciencia creativa de una futura sociedad distinta, la utopía del reino de Dios en favor de los pobres. Los mataron por intentar hacer una universidad verdaderamente cristiana. Los mataron porque creyeron en el Dios de los pobres y pusieron a producir esa fe a través de la universidad.

#### IV

¿Quiénes los mataron? Siempre surge esa pregunta cuando hay asesinatos notorios. Monseñor Rivera ha afirmado que existe una vehemente presunción de que fue la fuerza armada o escuadrones de la muerte relacionados con ella. El informe de Tutela Legal del arzobispado, del 28 de noviembre, concluye después de 38 páginas de análisis que «todas las evidencias e indicios en su totalidad y correlación, establecen que los responsables del asesinato de los seis sacerdotes jesuitas y de las dos empleadas de servicio fueron elementos pertenecientes a la Fuerza Armada». Es difícil explicar, en efecto, que en una zona totalmente vigilada y controlada por soldados -quienes ya habían registrado la casa dos

días antes y preguntado qué jesuitas vivían en ella-, a las dos y media de la madrugada, en estado de sitio y bajo ley marcial, un número grande de personas, unas 30, pudiesen con toda impunidad entrar en la casa, permanecer en ella durante largo tiempo, asesinar a ocho personas y destruir parte de las instalaciones del edificio, usando luces, produciendo grandes ruidos y ocasionando un visible incendio, sin ser perturbados por los soldados de los alrededores inmediatos y saliendo después con toda tranquilidad. Además, testigos presenciales afirman haber visto a esos 30 hombres usando vestidos de militar. De hecho -irónica y trágicamente- los jesuitas se quedaron a dormir en la casa -aun con el temor, razonable en base a la experiencia, de que les pusiesen alguna bomba- precisamente porque la zona estaba rodeada de numerosos soldados y les parecía impensable que en esas circunstancias alguien se atreviese a algún ataque físico a la casa, pues la conclusión sobre quiénes eran los responsables sería obvia.

Lo que aquí nos interesa recalcar, sin embargo, no es tanto quiénes fueron los autores materiales del asesinato, sino quiénes son los verdaderos autores, aquellos que fomentan el antirreino y no quieren que el reino de Dios, la justicia, la fraternidad, la paz, la verdad y la dignidad, sean una realidad en El Salvador. Es todo un mundo de pecado el que una vez más ha dado muerte a gente inocente y a gente que ha trabajado por los pobres. Cuando preguntaron a Monseñor Rivera por los autores del asesinato su respuesta fue muy certera: «Son los que asesinaron a Monseñor Romero y a quienes no les bastan 70,000 asesinatos».

Esa es la verdad más profunda y más cuestionante. Son los ídolos, los poderes de este mundo, los que no quieren que en verdad algo importante cambie en el país, aunque tengan que aceptar, forzados por la situación, pequeños maquillajes. Este asesinato, muestra que los ídolos siguen produciendo acciones bárbaras e impensables y pueden seguir actuando con total impunidad, muestra que en el país puede haber habido algunos cambios en los últimos años, pero que los cambios se frenan cuando llegan a tocar a los ídolos. Estos toleran elecciones, y en siete años ha habido cinco elecciones, dos para presidente y tres para la asamblea, toleran algunas leyes de reformas, paulatinamente suavizadas, toleran presiones de los Estados Unidos para controlar a los escuadrones de la muerte, toleran los millones de dólares que Estados Unidos ha dado para mejorar -es decir, para que empiece a funcionar- la administración de la justicia, toleran que la inmensa ayuda militar y económica esté condicionada, según dicen, a que mejoren los derechos humanos... Pero todo ha sido en vano. Los ídolos siguen recalcitrantes y actuantes, y producen acciones más feroces. Por ello hay que entender bien

quiénes realmente han dado muerte a estos jesuitas y a tantos otros miles, sin confundir a los autores materiales de tan horrendo crimen con la realidad activamente idolátrica en El Salvador. A los asesinos materiales, estos jesuitas, como Monseñor Romero, los han perdonado pues «no saben lo que hacen»; pero a los ídolos nunca los perdonaron sino que vivieron y lucharon por su erradicación.

Si recalco este punto es por varias razones importantes. La primera y fundamental es que la verdadera responsabilidad de estos asesinatos no hay que concentrarla en los 30 hombres vestidos de militar que perpetraron el crimen y destruyeron parte del Centro Monseñor Romero. Hay una «analogía» en la responsabilidad, y aunque esto sea conocido hay que recordarlo. Responsables son, por supuesto, los que idearon y llevaron a cabo el crimen. Pero responsables son también, más o menos, por acción u omisión, muchos otros. Los que en El Salvador producen represión para que no llegue a haber justicia en el país, participan de la responsabilidad. En los Estados Unidos innumerables personas acusan hoy, con razón, a su gobierno de propiciar una política incapaz de detener la represión. Pero no basta con afirmar estas cosas. ¿Qué han hecho tantos gobiernos en Europa y en el resto del primer mundo, tan democráticos ellos, para parar efectivamente la barbarie que ha asolado a El Salvador en los últimos quince años? ¿Qué palabra eficaz han pronunciado los líderes religiosos, las conferencias episcopales, las universidades de países democráticos y cristianos? ¿Qué han hecho los medios de comunicación del mundo occidental durante estos años, cuando día a día morían seres humanos a causa de la pobreza y de la represión? Por acción y, sobre todo, por omisión, muchos seres humanos han ignorado, callado, cuando no tergiversado, la tragedia salvadoreña. Comprendo que para los ciudadanos del primer mundo sea difícil captar la hondura de esta tragedia, pues para los que dan la vida y la libertad por supuesto es difícil comprender lo que significa pobreza y represión en los países del tercer mundo, y por eso tienden a ignorarla, a desentenderse de ella y a callar. Pero quizás callan también por un inconsciente sentimiento de culpabilidad: no se puede seguir viviendo en la abundancia, teniendo lo prácticamente todo y deseando tener cada vez más, cuando muchos millones de seres humanos están cada día muriendo de hambre. Todo este conjunto de acciones y de omisiones es lo que da muerte a los pobres y a quienes les defienden. Por ello, la pregunta por los asesinatos es una pregunta que se dirige a todos nosotros.

Soy muy consciente, y estoy entrañablemente agradecido, de que existen muchas personas, comunidades y grupos en todo el mundo que se han mostrado solidarios con El Salvador, y entre ellos hay sacerdotes, reli-

giosos, algunos obispos, algunos periodistas, políticos y universitarios, muchas instituciones de derechos humanos, y muchos hombres y mujeres, cristianos o simplemente honrados, que han dado lo mejor de sí mismos, sus capacidades, su tiempo, sus bienes, su vida incluso, por los pobres de El Salvador. Ahora, una vez más, muchos de ellos han sido expulsados o forzados a abandonar el país. Como símbolo de todos ellos quisiera recordar a las cuatro misioneras norteamericanas que dieron su vida en 1980, el don más precioso de los Estados Unidos a El Salvador. Para ellos, la eterna gratitud del pueblo salvadoreño. Pero para los otros, para los que no se interesan por los pobres de este mundo, sino que sólo piensan en sus propios intereses, «los intereses nacionales» -como dicen los gobernantes- o simplemente «el vivir mejor» que buscan los ciudadanos, sin quedarse aterrizados ante el abismo, en aumento, entre los países ricos y los pobres, ante la relación causal que existe entre la abundancia de unos y la miseria de otros, la libertad de unos y la represión de otros, estos asesinatos tienen que ser una seria llamada de atención, una llamada a la conversión. Para los cristianos, es la exigencia ineludible a ponernos todos delante de ese crucifijo que son los pueblos crucificados y preguntarnos qué hemos hecho y qué vamos a hacer por Cristo.

Una segunda reflexión es que estos asesinatos de sacerdotes y jesuitas ocurren en el mundo occidental, democrático y cristiano, como gusta llamarse, y que invoca a Dios; más aún, que dice invocar al verdadero Dios y, por ello, defenderlo de los marxistas y ateos. No hay que olvidar que es América Latina, continente occidental y cristiano, el continente donde ha habido, con gran diferencia, más mártires cristianos desde el Concilio Vaticano II. Pasan de mil los obispos, sacerdotes y religiosas que de una u otra forma han sido amenazados, encarcelados, expulsados, torturados y asesinados. Y son decenas de miles los cristianos asesinados por predicar la verdadera palabra de Dios, por poseer una Biblia o los documentos de Medellín y ponerlos en práctica. Ante esto, no puede uno menos de preguntarse cuál hubiese sido la reacción del mundo occidental y cristiano si estas cosas hubiesen sucedido en países comunistas, en Hungría o en Polonia, cuál hubiera sido el clamor y la indignación en el Congreso de los Estados Unidos o en el parlamento inglés, qué no se hubiera dicho en las conferencias episcopales y en el Vaticano. Pero las reacciones del mundo occidental «oficial» han sido muy suaves en comparación con la tragedia. Y es que no quiere reconocerse que el mundo no puede dividirse simplemente entre buenos y malos, cristianos y demócratas unos, comunistas y ateos otros. No quiere reconocerse que la línea divisoria de la humanidad es la idolatría, que está presente por doquier, entre los llamados comunistas y

los llamados demócratas, entre los llamados no creyentes y los llamados creyentes.

Lo menos que debiera provocar el asesinato de estos seis jesuitas es la honrada pregunta que el mundo occidental y cristiano debe hacerse a sí mismo, preguntarse si es tan bueno y santo, como dicen, tan humano y libre como proclaman. Debiera desenmascarar el manto de hipocresía con que se quiere encubrir una democracia y una libertad para pocos a costa de represión y pobreza para muchos. Debiera hacer sospechar al menos que la riqueza, la seguridad nacional, la libertad individual de unos pocos generan por necesidad ídolos que producen muchas víctimas en otros lugares, aunque sea a miles de kilómetros de distancia. Los jesuitas asesinados insistieron en esto hasta el final de sus días, y recuerdo que hace muy poco tiempo comentábamos con Ellacuría la absoluta verdad de las sencillas palabras de la Escritura: «La raíz de todos los males es la ambición del dinero». Todos aquellos que buscan acumular dinero y sólo piensan en vivir todavía mejor debieran mirarse en el espejo de las víctimas de este mundo para ver sin tapujos los males que generan.

Una tercera reflexión es sobre la investigación que se exige cuando ocurren asesinatos notorios. Es natural que la exijan los cercanos a las víctimas, y es comprensible que, en algunos casos, lo exijan aquellos para quienes estos asesinatos significan un costo político muy alto, el gobierno de El Salvador y el de los Estados Unidos en este caso. Pero hay que estar claros en lo que significa en El Salvador exigir y prometer una investigación exhaustiva. 70,000 son los asesinados y sólo se ha aclarado -aunque en la superficie y no en lo profundo- el de las cuatro religiosas norteamericanas y quizás alguno más. El caso de Rutilio Grande, a pesar de las promesas del entonces presidente Molina, sigue sin aclararse. El caso de los cinco dirigentes del Frente Democrático Revolucionario, sacados violentamente del colegio de los jesuitas y perpetrado a plena luz del día, sigue sin aclararse. El caso de Monseñor Romero, a pesar de que tanto se ha investigado, sigue clamorosamente sin aclaración. Y si esto ocurre en los casos notorios, puede comprenderse lo que ocurre cuando se asesina a desconocidos campesinos, miles de ellos, a veces masivamente como en El Mozote, el Sumpul... Y eso que muchas instituciones de derechos humanos no sólo denuncian los asesinatos sino que dan importantes pistas sobre los responsables. Eso lo hacen en El Salvador varias instituciones de derechos humanos, entre ellas, con admirable objetividad, la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado, y el Instituto de Derechos Humanos de la UCA. Lo hacen instituciones internacionales, Amnistía Internacional en Londres, America's Watch en Nueva York, CODEHUCA en San José de Costa Rica. Lo ha

hecho durante varios años el enviado especial de las Naciones Unidas, Pastor Ridruejo, quien, en su último informe de hace pocos días, ha afirmado el empeoramiento de los derechos humanos y el aumento de la tortura en El Salvador. En casos especiales, por ser extranjeros los asesinados, como en el caso del asesinato del suizo



Jurg Weiss y de la médica francesa Madeleine ha habido serias investigaciones hechas por representantes de sus países y han dado más que suficiente información para hallar a los responsables. Sin embargo, con tan abundante información, con indicios y pistas tan serias, la administración de justicia en El Salvador ha investigado muy poco con seriedad. Más aún, cuando la primera junta de gobierno, en 1979, una comisión especial investigadora, ésta dimitió en pleno a las pocas semanas, cuando llegó al poder la segunda junta de militares y democristianos, por la incapacidad de poder hacer nada serio y la fundada sospecha de que los responsables nunca serían juzgados. Algunos de sus miembros, por cierto, tuvieron que salir del país. Y en otras ocasiones, fueron abogados o jueces que llevaban casos importantes, fueron también amenazados y tuvieron que abandonarlos.

¿Para qué sirve, pues, la anunciada investigación del asesinato de los jesuitas? Hasta ahora las investigaciones para muy poco han servido. Ojalá se investigue y se aclare este caso y los otros 70,000, por supuesto. Pero ojalá los que ahora prometen una investigación para dar la sensación de normalidad y de democracia investiguen antes por qué no ha habido ni ha podido haber en El Salvador investigaciones serias. Y ojalá investiguen por

qué  
toric  
den  
bres

Pers  
mism  
cua  
ría  
men  
tarfa  
pues  
Ojal  
eleg  
sión.  
lleva  
no s  
70,00  
colm  
sas v

La p  
que  
nes»  
encu  
te pi  
gació  
Mon  
del  
impo  
llega  
impo  
pued  
y al c

La cu  
tal in  
perso  
preve  
les, le  
les, si  
asesin  
prenc  
perdi  
guna.  
mund  
tigaci  
de la  
los di  
Esta v  
res de  
garán  
chísim  
sus m

qué la inmensa mayoría de las víctimas de crímenes notorios -y, por supuesto, los de la gente sencilla- coinciden en que son personas dedicadas a defender a los pobres.

Personalmente me ha llegado a producir hastío hasta la misma palabra «investigación». En nuestra comunidad, cuando los sucesivos gobiernos anunciaban que se llevaría a cabo «una investigación exhaustiva» ante un crimen notorio, solíamos comentar irónicamente que bastaría con una investigación sencilla, normal y corriente, pues las investigaciones «exhaustivas» nunca terminan. Ojalá las promesas de investigación no se conviertan en elegante excusa precisamente para no detener la represión. Y ojalá la investigación de este caso, si es que se lleva a cabo hasta el final y se juzga a los responsables, no sea un cover up para distraer la atención de los 70,000 casos que deben ser investigados, y no sea -en el colmo del sarcasmo- una excusa para decir que las cosas van mejorando en El Salvador.

La palabra «investigación» ha corrido el mismo destino que otras nobles palabras: «democracia», «elecciones»... Dicen poco o nada, y se usan muchas veces para encubrir lo contrario de lo que significan. Personalmente pienso a veces que es mejor que no haya una investigación, que quede para la historia que quien asesinó a Monseñor Romero y a miles de cristianos fue el pecado del mundo, el antirreino, los ídolos. Pues mucho más importante es repetir y proclamar esa gran verdad que llegar a saber un día quién fue el asesino material. Y es importante impedir que los ídolos y quienes los apoyan puedan llegar a tranquilizar su conciencia porque, al fin y al cabo, ya se conoce quién apretó el gatillo.

La cuarta reflexión es obligada. Si se puede matar con tal impunidad a estos jesuitas, conocidos y respetados, personajes internacionales algunos de ellos, pudiendo prever -como está ocurriendo- las reacciones mundiales, los altos costos políticos, las presiones internacionales, si nada de esto pudo poner freno a la barbarie de asesinar a seis sacerdotes, se podrá fácilmente comprender cuál es la defensa que tendrán los campesinos perdidos en pueblecitos y cantones: prácticamente ninguna. Aunque sea obvio, hay que repetirlo. ¿Quién en el mundo trabaja realmente para frenar y pedir una investigación de las masacres de El Mozote y del Sumpul o de la más reciente, el día 31 de octubre de este año, de los diez sindicalistas asesinados en plena luz del día? Esta vez se conocen los nombres de dos sencillas mujeres del pueblo, Julia Elba y Celina, y también se investigarán sus muertes junto con las de los jesuitas. Pero muchísimos más nombres permanecen en el anonimato y sus muertes sin investigación. Como dijo el Señor Jesús,

si estas cosas se hacen con el leño verde, qué no se harán con el leño seco.

Mi última reflexión es algo que me ha venido a la mente con frecuencia al pensar en el caso de Monseñor Romero. Por supuesto que esclarecer su caso es importante para el país si ello muestra voluntad de verdad y significa un freno para futuros posibles asesinatos. Pero muchas veces tengo la sensación de que investigar su caso y, ahora, el de los jesuitas no es más que dar vueltas alrededor de cadáveres sin el más mínimo interés por lo que los asesinados fueron en vida y por la herencia que nos han legado. El gobierno de El Salvador y de los Estados Unidos hablan ahora de investigar el caso de los seis jesuitas. Ojalá la hagan. Pero ¿no es mucho más importante para el país recordar lo que hicieron en vida, mantener presente su espíritu?

Los pobres de El Salvador lloran a sus muertos, pero quieren sobre todo que siga vivo aquello por lo que dieron su vida. Si se nos permite soñar, ¿no será más importante mantener vivos a estos mártires que esclarecer sus cadáveres? ¿No es mucho más necesario para el país mantener la verdad, la misericordia, la justicia, la dignidad por la que vivieron que saber los nombres de sus asesinos? Lo segundo no es nada fácil, como sabemos, pero lo primero es mucho más difícil, y más necesario. Ojalá, soñemos, algún día el gobierno salvadoreño, el gobierno y el congreso norteamericano, pongan a producir lo que fueron en vida estos mártires, estudien en serio lo que estos hombres proponían como solución para el país, reconozcan la verdad tal como ellos la analizaron, reconozcan que sin justicia y sin respeto a los derechos humanos no habrá solución -con o sin elecciones-. Estos mártires no quieren venganza, ni siquiera están interesados en que se les haga justicia a ellos. Lo que quieren es que la paz y la justicia lleguen a El Salvador y que se recorran los mejores caminos que ellos nos dejaron para alcanzarlas.

Estas son las reflexiones que se me ocurren a propósito de los asesinos de mis hermanos jesuitas. Importante es saber quiénes los mataron, pero más importante es saber por qué se puede asesinar tan impunemente, antes, durante y después de los hechos. Importante es investigar asesinatos del pasado, pero mucho más importante es frenar de una vez para siempre asesinatos en el futuro. Importante es aclarar asesinatos notorios, pero más importante es esclarecer los asesinatos masivos de campesinos que mueren anónimamente. Importante es que en muerte se haga justicia a mis hermanos jesuitas, pero mucho más importante es que se les mantenga presentes poniendo a producir lo que fueron e hicieron durante sus vidas.

La negrura de los asesinatos esclarece trágicamente cosas muy importantes: que hay ídolos en este mundo y producen víctimas, que hay pecado y produce muerte. Pero cuando estos asesinatos son también martirios -miles ha habido en El Salvador- entonces iluminan lo más decisivo de nuestras vidas. Con la muerte se dice la verdad sobre la propia vida y con su muerte estos jesuitas han dicho la verdad sobre lo que fueron e hicieron, pero su muerte martirial confirma también que lo que fueron e hicieron fue verdad. Por ello, aunque pueda parecer una digresión, quisiera mencionar ahora tres cosas importantes que quedan iluminadas por su martirio: lo que es una universidad de inspiración cristiana, una Iglesia de los pobres y una teología de la liberación. Lo hago porque son temas importantes, actuales y también debatidos, y por ello necesitan ser iluminados. Y lo hago porque en estas cosas nos han dejado una importante herencia.

¿Qué universidad nos dejan? Ante todo nos dejan una nueva idea de universidad cristiana para nuestro tiempo -comparable en su empaque a la de John Henry Newman hace un siglo- y muchas realizaciones de esa nueva universidad de inspiración cristiana. Ya al hablar del por qué los mataron he dicho algunas cosas sobre lo que para ellos era la UCA, idealmente, por supuesto, pero también en muchas de sus realizaciones. Dicho ahora en una palabra, nos dejan el que el saber universitario y cristiano tiene que ser puesto y puede ser puesto al servicio de los pobres.

Sobre esa idea de una nueva universidad cristiana al servicio de los pobres escribieron muchas páginas. Y aunque en este escrito he evitado largas citas, permítaseme -para ser conciso- una excepción ofreciendo las palabras que pronunció Ignacio Ellacuría cuando recibió un doctorado honoris causa en la universidad de Santa Clara California, en 1982, sobre lo que es una universidad de inspiración cristiana.

«El punto de arranque para nuestra concepción de lo que debe ser una Universidad viene dado por una doble consideración. La primera y más evidente, que la Universidad tiene que ver con la cultura, con el saber, con un determinado ejercicio de la racionalidad intelectual. La segunda, ya no tan evidente y común, que la Universidad es una realidad social y una fuerza social, marcada históricamente por lo que es la sociedad en la que vive y destinada a iluminar y transformar, como fuerza social que es, esa realidad en la que vive y para la que debe vivir...

»Nuestro análisis intelectual encuentra que nuestra re-

alidad histórica, la realidad de El Salvador, la realidad del Tercer Mundo, es decir, la realidad de la mayor parte del mundo, la realidad histórica más universal, se caracteriza fundamentalmente por el predominio efectivo de la falsedad sobre la verdad, de la injusticia sobre la justicia, de la opresión sobre la libertad, de la indigencia sobre la abundancia, en definitiva del mal sobre el bien.

»Inmensos en esa realidad, poseídos por ella, nos preguntamos qué hacer universitariamente. Y respondemos, ante todo, desde un planteamiento ético: transformarla, hacer lo posible para que el bien domine sobre el mal, la libertad sobre la opresión, la justicia sobre la injusticia, la verdad sobre la falsedad y el amor sobre el odio. Sin este compromiso y sin esta decisión no comprenderemos la validez de una Universidad y, menos aún, la validez de una Universidad de inspiración cristiana.

»Una Universidad de inspiración cristiana es aquella que enfoca toda su actividad universitaria... desde el horizonte iluminador de lo que significa una opción preferencial cristiana por los pobres... La Universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tiene ciencia, la voz ilustrada de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón.

»Nuestra Universidad ha intentado modestamente ponerse en esta línea difícil y conflictiva. Ha obtenido algunos resultados a través de sus investigaciones, de sus publicaciones, de sus denuncias; a través sobre todo de unos hombres, que han dejado otras alternativas más brillantes, más mundanas y más lucrativas para entregarse vocacionalmente a la liberación universitaria del pueblo salvadoreño; a través en algunos casos de estudiantes y profesores, que han pagado muy dolorosamente con su propia vida, con el exilio, con el ostracismo, su entrega al servicio universitario de las mayorías oprimidas.

»Por esta labor hemos sido duramente perseguidos... Si nuestra Universidad nada hubiera sufrido en estos años de pasión y de muerte del pueblo salvadoreño, es que no habría cumplido con su misión universitaria y, menos aún, habría hecho visible su inspiración cristiana. En un mundo donde reina la falsedad, la injusticia, la represión, una Universidad que luche por la verdad, por la justicia y por la libertad, no puede menos de verse perseguida».

Esta es en pocas y lúcidas palabras cómo pensaban esos

hombres lo que es una universidad de inspiración cristiana en el tercer mundo. Y a ello llegaron no sólo por reflexión teórica sino también por reflexión, sobre la experiencia histórica de lo que es una universidad en el tercer mundo. Por ello eran muy conscientes tanto de las posibilidades como de la peligrosidad de una universidad para extender el reino de Dios. Quizás extrañe decirlo, pero eran muy conscientes de que también una universidad está amenazada de pecaminosidad, de que puede servir al antirreino, más en concreto, de que puede reforzar a través de los profesionales que produce y a través de su peso social las estructuras injustas de una sociedad. Y no sólo que la universidad pueda ser todo eso, sino que con frecuencia lo es e introduce pecado en la sociedad. Por eso no fueron nada ingenuos sobre las posibilidades de una universidad, sino críticos. Creían que, como cualquiera realidad de seres humanos, la universidad y su instrumento específico, el saber racional, está también amenazado de pecaminosidad, y que por lo tanto una universidad de inspiración cristiana tiene



que ser ante todo una universidad convertida. Y la conversión fundamental consistía en poner todo su peso social a través de su instrumento específico, el saber racional, en favor de las mayorías populares. Eso es lo que pretendieron e hicieron estos hombres; optar universitaria y cristianamente por los pobres.

Queda, entonces, la permanente lección -quizás puede ser útil en estos días en que en el Vaticano se está redactando un documento sobre las universidades católicas-

cas- de que es posible una universidad cristiana en el tercer mundo, universidad no aislada en una torre de marfil y con corazón de piedra ante el sufrimiento de los pobres, sino universidad encarnada en sus sufrimientos y esperanzas y con corazón de carne. Queda también la permanente lección de que cualquier actividad cristiana, también la universitaria, se hace en presencia del antirreino que se le opone y le hace contra; en el caso de una universidad, en presencia de la mentira. Queda la lección de que no sólo hay que superar la ignorancia, sino combatir y entablar una lucha a muerte contra la mentira. Queda la lección de que -como ocurre siempre, ya desde los profetas y desde Jesús-, afirmar y analizar la verdad es defender a los pobres y por ello enfrentarse a sus opresores. Queda la lección, la más importante y la que dio vida a esos hombres, de que una universidad puede ser la voz de los pobres, puede mantener su esperanza y puede ayudarles en sus caminos de liberación.

Y queda la lección suprema, la del amor. Trágicamente a lo largo de toda la historia, quienes anuncian y fomentan el reino de Dios tienen que enfrentarse con el antirreino. No importa que lo hagan como campesinos, obreros, religiosos, sacerdotes, obispos, profesionales o universitarios; todos ellos son perseguidos. También a estos jesuitas universitarios los mataron por defender a los pobres. Y si la magnitud del ataque es proporcional a su identificación con los pobres, entonces puede decirse que muy grande ha sido la defensa que la UCA ha hecho de los pobres.

## VI

¿Qué Iglesia nos dejan? Hablar hoy de la Iglesia es un asunto delicado y aun polémico. Se comprenderá que no es mi intención en absoluto ni es éste el momento de entrar en polémicas ni de defender intereses, sino momento de sinceridad ante Dios y ante nosotros mismos. Por eso, en presencia de sus cadáveres, sólo pretendo ayudar a reflexionar con serenidad sobre el problema perenne y fundamental, vuelto a poner de relieve por el Vaticano II y Medellín, sobre lo que es la verdadera Iglesia de Jesús y sobre cómo deben ser hoy en nuestro mundo los seguidores de Jesús, los miembros de su cuerpo en la historia.

En la misa de funeral, ante los seis cadáveres, el nuncio de su santidad los llamó verdaderos hijos y miembros de la Iglesia. Y les dio el nombre que la Iglesia reserva para sus mejores hijos: mártires. Y tiene toda la razón, porque en verdad fueron eclesiales. He dicho frecuentemente, sin ninguna ironía sino con sinceridad, que, aunque han abundado conocidamente las tensiones de los jesuitas con algunos miembros de la jerarquía, los jesuitas

tas de Centroamérica hemos crecido en eclesialidad en estos últimos años. Y la razón para esta afirmación es que estamos ahora más integrados dentro del pueblo de Dios, participamos más de su vida real, nos sentimos menos elitistas y triunfalistas y más llevados por la fe, la esperanza y el amor de otros, sobre todo de los pobres del pueblo de Dios. Procuramos también seguir y presentizar mejor a Cristo en la historia, cuyo cuerpo somos, para hacer presente en el mundo a Cristo, sacramento de salvación. Esta es la Iglesia que nos legó el Vaticano II y a ella queremos ser fieles. Y Medellín afirmó muy claramente que los pobres presentan a la Iglesia el mayor desafío, que la Iglesia no puede desoírlo, que tiene que vivir y desvivirse por su liberación total, en una palabra, que la Iglesia tiene que convertirse y ser Iglesia de los pobres. También a esa Iglesia queremos ser fieles.

Esta es la Iglesia a la que pertenecieron los seis jesuitas, la que representaban también oficialmente en su trabajo estrictamente sacerdotal y, sobre todo, la Iglesia que quisieron construir. En esa Iglesia vivieron y gozaron, pero también sufrieron. Les dolía la Iglesia cuando no estaba a la altura de las circunstancias, cuando miraba más por sí misma y la institución que por el dolor del pueblo, cuando varios de sus jerarcas mostraban incompreensión e indiferencia ante el sufrimiento del pueblo y rechazaban sus mejores aspiraciones, cuando -incomprendiblemente- silenciaban a Monseñor Romero. Pensaban, en conjunto, que la Iglesia pasa por un proceso de involución, que poco a poco se ha querido silenciar al Vaticano II, a Medellín, a A Monseñor Romero, a las comunidades eclesiales de base, a la vida religiosa en América Latina. ¡Y cuánto sufrieron por ello! Por eso también eran críticos, dentro de la Iglesia, por supuesto, con libertad y madurez, y pensaban que la denuncia profética al interior de la Iglesia era un gran e insustituible servicio a ella misma, mientras que la adulación y el servilismo -que siempre son premiados- es un grave mal que se le hace a la Iglesia. En una palabra, se sabían Iglesia, deseaban lo mejor para la Iglesia y, sobre todo, deseaban y trabajaban por construir la mejor Iglesia para el pueblo salvadoreño.

Si recuerdo ahora estas cosas es para que su martirio nos ayude a todos a esclarecer y solucionar un problema eclesial serio que lejos de desaparecer va en aumento. Desde hace algunos años, en América Latina sobre todo, ha vuelto a salir a la superficie un viejo problema: cuál es la verdadera Iglesia. No se habla ahora de ello en términos dogmáticos, por supuesto, pero sí en términos operativos. No está muy claro qué nombre actualizado se le pone hoy oficialmente a la verdadera Iglesia, pero éste suele ir en la línea de la «comunidad», entendida eficazmente como sumisión de abajo hacia arriba. Y

se recalca, con verdad, su «misterio», pero con menos-cabo y sospecha de llamarla «pueblo de Dios». De esta forma, realmente, se favorece que la Iglesia pueda, en cuanto Iglesia, desentenderse de lo que está abajo en la historia, de los pobres, que pueda desentenderse de buscar en ellos inspiración, el espíritu de las bienaventuranzas, la luz que proviene del siervo sufriente de Jahvé. Y así, aunque haga cosas buenas en su favor, favorece el no hacer de los pobres algo central dentro de la Iglesia, ni el desvivirse por ellos su misión central.

Por otra parte, en América Latina se ha creado la expresión «Iglesia de los pobres», Iglesia que hace central en su misión y su configuración a los pobres de este mundo. Pues bien, hacia esta Iglesia de los pobres hay sospechas, y cuando se le llama «Iglesia popular», es para designar formas peligrosas y equívocas de ser Iglesia, para desacreditarla o condenarla. Eso lo sabemos todos y muchos sufrimos por ello. Sufrimos porque se la condena muchas veces sin conocerla bien y sin dialogar con ella. Y sufrimos sobre todo porque no se reconoce ni se acepta agradecidamente que esa Iglesia de los pobres, con todas sus limitaciones y errores, está produciendo mucha fe, mucha esperanza, mucho amor y mucho martirio.

Todo esto lo digo ahora sin acritud y con la esperanza de que estos seis nuevos mártires, junto a tantos otros, nos hagan reflexionar a todos. Estos jesuitas asesinados gozaron de la amistad y del respeto de algunos -muy pocos- hermanos obispos. Ciertamente fueron amigos íntimos y colaboradores muy cercanos de Monseñor Romero y con frecuencia han colaborado fraternalmente con Monseñor Rivera. Obispos como don Pedro Casaldáliga han estado en nuestra casa y en ella se han sentido como en su casa. Obispos católicos y de otras Iglesias hermanas protestantes nos han visitado en la UCA y hemos departido fraternalmente, cristianamente, como miembros, todos, del pueblo de Dios y de la Iglesia de Jesús, cada uno con su función y su carisma específico. Pero de alguna forma estos jesuitas eran también vistos como miembros y representantes supuestamente de una Iglesia peligrosa, poco obediente, sospechosa, quizás hasta poco ortodoxa. En su trabajo pastoral sacerdotal eran aceptados en la arquidiócesis y algunos de ellos eran invitados, excepcionalmente, a dar charlas y retiros a los sacerdotes. Pero en conjunto, no eran muy bien vistos por muchos obispos en El Salvador y en el área centroamericana. Sus ideas, su teología, su compromiso estaba bajo sospechas. Ni Ignacio Ellacuría, ni Amando López ni Juan Ramón Moreno -por citar a los tres que eran teólogos de profesión- eran habitualmente invitados a ofrecer sus reflexiones teológicas, útiles para los graves problemas del país y del área centroamericana. No sé todavía -cuando escribo estas líneas- si la Conferencia

Episcopal de el Salvador ha dicho algo importante sobre su asesinato. Un obispo salvadoreño, ya retirado, nos acusaba públicamente a los jesuitas de la UCA de ser los causantes de todos los males, incluida la violencia, en el país. Por prudencia, en algunos casos, por positivo rechazo o desacuerdo con ellos en otros, estos hombres que tenían mucho que aportar a la Iglesia eran ignorados y a veces hasta atacados dentro de la institución. Caía sobre ellos la sospecha de pertenecer a eso que se ha dado en llamar la «Iglesia popular» o de ejercitar el también llamado «magisterio paralelo».

De nuevo, sin ninguna acritud ni amargura, desearía que estos martirios -junto a los de tantos otros cristianos- nos hicieran reflexionar sobre este candente problema actual latinoamericano de cuál es la verdadera Iglesia de Jesús. Para determinarla, se podrán y deberán usar varios criterios: la comunión con la jerarquía, la formulación ortodoxa de la fe... pero sería peligroso y en el fondo absurdo que no se usaran también otros criterios más primarios y más fundamentales, allí donde se juega la sustancia eclesial. ¿No habrá verdadera Iglesia allí donde -además de la comunión de abajo hacia la jerarquía- se da la comunión de arriba hacia el pueblo de Dios, hacia los pobres de este mundo, los verdaderos privilegiados de Dios? ¿No habrá verdadera Iglesia allí donde -además de las tradicionales prácticas sacramentales y apostólicas- se da una decidida evangelización a los pobres, la comunicación y puesta en práctica de la buena nueva de Dios para ellos, el compromiso solidario con ellos hasta participar de su cruz? ¿No habrá verdadera Iglesia allí donde -además de la obediencia y fidelidad a lo que nos ha transmitido la tradición- se da la obediencia y fidelidad primaria a la actual voluntad de Dios, que lleva hasta a dar la vida?

He formulado todo esto en forma de pregunta retórica, pues la respuesta es evidente. No hay que elegir entre las cosas que he mencionado, pero es importante recalcar dónde está la primariedad. Servir a la Iglesia y a la Iglesia jerárquica es importante para un cristiano y para un jesuita, por supuesto, y estos jesuitas lo hicieron siempre que se les pidió algún trabajo. Pero no hay que olvidar algo más obvio y más fundamental: que la Iglesia es sacramento de algo mayor que ella misma, sacramento del reino de Dios y del Dios del reino. El último servicio no puede ser a la Iglesia, sino, en la Iglesia, a Dios y a los pobres, porque Dios es mayor que la Iglesia y los pobres, el comunicarles la buena noticia, es la razón de ser de la Iglesia, como lo dijo bellamente Pablo VI en su exhortación *Evangelii Nuntiandi*.

Esto produce tensiones, como todos sabemos, que hay que vivir con honradez, entereza, caridad y esperanza. Pero no debiera hacernos perder lucidez. Se sirve y se

ama en verdad a la Iglesia cuando, dentro de ella, se descentra hacia el reino de Dios, cuando se hace de ella sacramento de algo mayor que ella misma, cuando se hace de ella signo del reino de Dios y realidad toda ella volcada a los pobres de este mundo para quienes es el reino de Dios. Esto es lo que ilustra la vida eclesial de estos jesuitas y de muchísimos otros, y éste es, aunque muchos no quieran aceptarlo, su mejor aporte a la Iglesia. Esto los hace incómodos, ciertamente, pero la sacadura que operan dentro de la Iglesia no es para destruirla, como se ha llegado a decir, ni para debilitarla ni paralizarla. Más bien, al contrario, es para ayudarla a ser mejor Iglesia de Jesús.

A esta Iglesia, como he dicho, se le suele llamar Iglesia de los pobres y, peyorativamente, Iglesia popular o Iglesia paralela. No quisiera negar ahora que no hay exageraciones y errores en esta forma de ser Iglesia, excesiva politización a veces o dependencia de movimientos políticos populares, en algunos casos; lo cual ocurre más entre algunos de sus dirigentes que entre los cristianos sencillos que forman las comunidades de base. De hecho, también en las publicaciones de la UCA se ha abordado ese problema y se ha criticado a veces lo que parecía criticable.

Pero dicho todo esto, admitiendo las limitaciones y equivocaciones de la Iglesia de los pobres, hay algo que no se puede ignorar y sería peligroso y nocivo ignorar incluso para la misma Iglesia institucional. Esta Iglesia de los pobres es la Iglesia más activa y creativa, es la más comprometida con las justas causas populares, es la que mejor fomenta la comunidad para superar el endémico mal del individualismo, aunque sea el religioso, la que genera más esperanza para superar la resignación, la que mejor unifica lo salvadoreño y lo cristiano, y ciertamente la que genera más misericordia, más justicia, más compromiso y más amor al pueblo sufriente. Si de buscar criterios se trata para saber cómo anda la Iglesia no se pueden ignorar estas realidades. Y lo que no se puede ignorar es que esta Iglesia ha sido perseguida con ferocidad sin igual, ha derramado generosamente su sangre y ha producido innumerables mártires que son la verificación del amor mayor. Y si el final de la vida es la que dice la verdad más profunda sobre la vida misma no se puede negar que en esta forma de ser Iglesia ha habido mucho de cristiano. Si tantos han muerto como Jesús, es que muchos han vivido como Jesús. Esto es lo que ilustra la vida y la muerte de Monseñor Romero, de los sacerdotes y religiosas asesinados, de tantos sencillos cristianos, catequistas, predicadores de la palabra, miembros de las comunidades de base, y ahora de estos seis jesuitas.

Sería trágico para la construcción del reino de Dios y

para la construcción de la verdadera Iglesia tomar como criterio de verdad lo que es importante, pero secundario, y desdeñar lo que es primero y esencial. Todos lo sabemos, pero hay que recordarlo. El Salvador y toda América Latina ha dado muestras de una increíble fe y de un increíble amor. Son muchísimos los mártires en nuestros países, y si ese amor mayor no es criterio de verificación de verdadera Iglesia, puede uno preguntarse qué lo será. Recordemos que no todos en la Iglesia han sido perseguidos, sino que muchos han sido favorecidos y halagados por los opresores. Han sido perseguidos aquellos que se han parecido más a Jesús y, como él, han optado en verdad por los pobres. Y por ello la per-

sospechosos. Es urgente y necesario el diálogo intraclesial, sereno y fraternal, al interior de la Iglesia, con la honradez de todos para reconocer los fallos propios, y con la apertura de todos al amor de los que han derramado su sangre. A ellos se lo debemos y desde ellos podremos construir una Iglesia que es verdadera comunión y verdadera Iglesia de los pobres.

## VII

¿Qué teología nos dejan? Digamos también una palabra sobre la teología de la liberación. Se compondrere que no es éste momento para defensa mezquina de pro-



PP. Cuadra, Sobrino, Ellacuría, Kolvenbach, López, Martín-Baró, Argüello.

secución no conoce denominaciones: católicos, luteranos, episcopalianos, bautistas, menonitas... todos ellos han sufrido persecución cuando se han puesto al servicio de los pobres.

Digamos para terminar que estos jesuitas asesinados sentían muy en su carne a la Iglesia. ¿No será hora, en presencia de esta nueva sangre derramada, de la sangre de tantos sacerdotes y religiosas en América Latina, en presencia sobre todo de la sangre derramada por tantos cristianos de las comunidades en América Latina, de reafirmar la Iglesia de los pobres? Es urgente y necesario, para bien de los pobres y de la misma Iglesia, replantear con serenidad, con verdad y con justicia, esta situación anómala de que una Iglesia más comprometida y martirial es sospechosa, mientras que los grupos eclesiales poco comprometidos y nada perseguidos para nada son

pios intereses, sino momento de reflexionar a fondo sobre la verdad de las cosas y de la teología. La reflexión la sugiere y la impone el que uno de los asesinados, Ignacio Ellacuría, fue un reconocido teólogo, y también lo fueron Amando López y Juan Ramón Moreno. Todos ellos intentaron hacer teología de la liberación. Y para captar lo que de luminoso para la teología tiene su martirio recordemos el tipo de objeciones que suele hacerse, de nuevo sin ánimo de polémica sino con reflexión serena.

Esta teología, como es sabido, ha sido criticada desde hace mucho tiempo; y afortunadamente, los primeros que la criticaron fueron los poderosos de este mundo. Con gran clarividencia -desde sus propias perspectivas- ha sido duramente criticada y atacada ya desde el informe Rockefeller hasta el informe de Santa Fe, de los ase-

sores de Reagan. También ha sido criticada, después por el CELAM y por el Vaticano en su primera instrucción, aunque éste mitigase su crítica en la segunda. Todo esto es conocido y no voy a insistir en ello, pues ya se ha respondido abundantemente e Ignacio Ellacuría escribió un largo y excelente artículo en respuesta a la primera instrucción.

Quisiera, más bien, referirme ahora a otro tipo de acusaciones que se hacen a la teología de la liberación, algunas de ellas con buena intención, otras con desconocimiento de causa y otras con total incompreensión, más bien como autodefensa ante los cuestionamientos de esa teología. De esta manera nos introducimos mejor, creo yo, en lo más específico de la teología de la liberación.

Dicen unos que la teología de la liberación es insuficientemente científica, que está animada por la fe, sí, pero que es poco crítica y hasta ingenua. Dicen otros, en sentido contrario, que la teología de la liberación es, en el fondo, elitista, cosa de pensadores de escritorio que no llega a las mayorías. Y muchos dicen, o quisieran decir, que la teología de la liberación ya ha dado de sí todo lo que podía, que ya ha pasado de moda. Yo creo que en estas críticas hay alguna o mucha verdad, según los casos, pero no aparece toda la verdad ni la verdad más importante de la teología de la liberación. En cualquier caso, no aparece la verdad de la teología de la liberación tal como la entendían y practicaban estos jesuitas.

Verdad es que la teología de la liberación debe progresar en conocimientos de todo tipo, en autocrítica intelectual, en capacidad de sistematización. Y en ello insistía mucho Ignacio Ellacuría, genial pensador a quien no se le podía acusar de no valorar el componente intelectual de la teología. De hecho, muchas veces en la UCA hemos pedido a teólogos de otras latitudes que nos ayuden con el inmenso capital que tienen de conocimientos teológicos, de bibliotecas y tiempo, de los que aquí carecemos -y recuérdese que, simbólicamente, también la biblioteca de teología del Centro Monseñor Romero fue parcialmente destruida después de cometer los asesinatos-. Mucho agradecemos a los teólogos que nos han acompañado en todo esto, especialmente a los teólogos jesuitas, y no jesuitas, que han venido de España a aportar aquello de lo que nosotros carecemos, incluso con algunas críticas tuyas positivas y cariñosas, y también a aprender -así lo repiten- a hacer teología en El Salvador.

Pero dicho todo esto, todavía está por ver qué teología, de las académicas y científicas, ha recogido lo fundamental de la Escritura y del Evangelio, de la actual palabra de Dios en el hoy de la historia, si es que se cree que Dios todavía sigue hablando hoy a sus creaturas, qué

teología ha dado respuesta al mayor problema de la humanidad de hoy que es el viciamiento de la misma creación de Dios a causa de la pobreza, la opresión y la muerte, qué teología ha unificado en su propio quehacer fe y justicia, teoría y praxis, qué teología ha unificado teología y espiritualidad -opción por los pobres-. De nuestras limitaciones somos bien conscientes, y toda ayuda y toda crítica es cordialmente bienvenida. Pero sería empobrecedor y erróneo para los críticos académicos de la teología de la liberación ignorar la novedad y el aporte estrictamente intelectual de ésta, su capacidad de redescubrir cosas absolutamente fundamentales de la revelación de Dios que, en las teologías académicas y científicas, han dormido el sueño de los justos durante siglos, su replanteamiento de lo que es conocer teológicamente, su replanteamiento de la verificación de las verdades teológicas. Esto lo ha hecho insigne mente Ignacio Ellacuría: que la teología tome en serio los signos de los tiempos para que la teología sea elevar la realidad a concepto teológico, comprender la teología como la teoría de una praxis histórica y eclesial (personalmente lo he reformulado afirmando que la teología es *intellectus amoris, misericordiae iustitiae*).

Se puede discutir honestamente si la teología de la liberación tiene muchos saberes, saberes en plural, y se puede exigir, ciertamente, que estos saberes se sistematicen mejor. Pero estoy convencido de que ofrece a todos un saber fundamental acerca de Dios y acerca de este mundo realmente verdadero, serio, razonado y argumentado, y, si se quiere, científico. Y, en cualquier caso, al menos para aquellos hermanos jesuitas que quieren hacer teología, la teología de estos jesuitas, teología de la liberación, muestra que es la teología más ignaciana en el mundo de hoy, pues está guiada por la búsqueda de la voluntad de Dios hoy, para ponerla en práctica, y por el seguimiento de Jesús hoy, pobre y humilde.

Verdad es también, como dicen otros, que la teología de la liberación no llega, en cuanto teología formulada técnicamente, a las mayorías populares, que normalmente no conocen ni siquiera el nombre de esa teología ni de ninguna otra. Si se quiere, la teología de la liberación es hecha por «profesionales». Pero nada de esto implica que sea elitista, hecha en un escritorio para élites que la leen después en sus escritorios.

La teología de la liberación no es -directamente- masiva y popular, como no lo es ninguna de las teologías convencionales, pero se relaciona muy específicamente con lo popular y masivo, porque recoge la verdadera realidad de las mayorías populares, ciertamente su pobreza, su sufrimiento y su esperanza; más aún, recoge muchas de las reflexiones y teologías populares de las comunidades. Los que recogen la realidad son pocos, élite; pe-

ro la realidad recogida es la de muchos, la de los pobres. Ignacio Ellacuría repetía que se hace teología sentado en un escritorio, pero no se hace desde un escritorio, sino desde los pobres. Y a ellos se les devuelve la verdad teológica descubierta desde ellos, aunque las formas en que les llega no son las académicas, obviamente, sino los pequeños folletos, las homilías, las reflexiones bíblicas de las comunidades, los libros de cantos, etc. Si las mayorías populares, hoy, comprenden un poco mejor que lo que están sufriendo es el pecado del mundo, que Dios es un Dios de los pobres, ellos, que lo que anunció Jesús es un reino de vida y justicia para ellos, que por ello sufrió el destino de los pobres y fue asesinado; si las mayorías populares sienten un poco más de ánimo en trabajar y luchar generosa y noblemente para que la vida alcance a todos, entonces, aún sin haber oído una palabra de la teología de la liberación, ésta les ha llegado.

Verdad es, por último, que la teología de la liberación no puede dormirse en los laureles, que tiene que abordar con mayor seriedad -como lo está intentando hacer- nuevas problemáticas: la religiosidad popular, las religiones indígenas, la mujer, la ecología... Pero lo que me suele dejar sin aliento es cuando se repite que la teología de la liberación ya ha pasado de moda. De nuevo, que tal o cual libro o autor de la teología de la liberación vaya perdiendo actualidad es posible y aun probable, y a medida que pasa el tiempo es incluso posible que todos ellos vayan quedando desactualizados. Pero nada de esto significa que la teología de la liberación, como tal, no sea -desafortunadamente- muy actual y muy urgente, y cada vez más actual y más urgente. Don Luciano Mendez, obispo brasileño jesuita, dijo una vez que «la teología de la liberación ha puesto el dedo en la llaga de América Latina». Eso fue verdad entonces y sigue siendo verdad ahora. La opresión en el tercer mundo no es una moda, sino algo muy actual y en aumento. La llaga de América Latina, lejos de curarse se ensancha y se infecta cada vez más. Como Ellacuría repetía, a Dios no le ha salido muy bien la creación y ésta va a peor, hoy hay millones de pobres en el mundo que ayer y menos de los que habrá mañana.

Es muy importante pues recordar y mantener lo fundamental: liberación es correlativo a opresión, y la opresión y la injusticia persisten y van en aumento, en forma de creciente empobrecimiento en el tercer mundo, en forma de un mayor e inhumano distanciamiento entre países ricos y pobres, en forma de conflictos bélicos -más de cien desde la última guerra mundial y todos ellos en el tercer mundo-, en forma de desculturización a través de la imposición de culturas comerciales foráneas... La opresión no es una moda. Los clamores de los oprimidos siguen llegando al cielo y, como dice Puebla, cada

vez con mayor vigor. Y Dios hoy sigue recogiendo esos clamores, sigue condenando la opresión y sigue animando a la liberación. Si esto no se capta, no se entiende una palabra de la teología de la liberación. Y lo que me pregunto es sobre qué va a versar la teología si ignora a este hecho fundamental de la actual creación de Dios, cómo va a llamarse a sí misma «cristiana» una teología que pasa por alto la crucifixión de pueblos enteros y su necesidad de resurrección, aunque en sus libros siga ha-



blando de un crucificado y un resucitado hace veinte siglos. Por ello, si quienes hacen teología de la liberación no lo hacen bien, que otros la hagan y la hagan mejor. Pero alguien la tiene que seguir haciendo. Y, por amor de Dios, que no se la llame una moda.

Ojalá llegue pronto el día en que la opresión, la pobreza indígena e injusta, la represión cruel y masiva cesen de existir. Ese día la teología de la liberación quedará obsoleta, y por ese día trabajan los teólogos de la liberación, aunque ese día se queden sin oficio. Pero mientras dura la opresión -todas las estadísticas dan que América

Latina  
necesita  
la única  
de a l  
teolog  
Antio  
siemp  
na.

No qu  
menor  
gar tie  
ra una  
res d  
elitist  
puebl  
Mues  
cientí  
más t  
razon  
tran,  
de cr  
la cu  
la cu

¿Qu  
flexio  
nar,  
lo qu  
los c  
cho a  
mí d  
misa  
dolo  
de s  
la pr  
una  
pers  
pue

Ant  
prof  
en u  
mil  
bres  
sus  
otra  
rea  
de l  
del  
gar  
siem  
que

Latina va a más pobreza- la teología de la liberación es necesaria y urgente. Es la única teología -o por lo menos la única que lo hace con absoluta seriedad- que defiende a los pobres de este mundo. Y, recordemos, es una teología que tiene mártires, como aquellos Ignacio de Antioquía y Justino de los primeros siglos, lo cual, como siempre, muestra que al menos ha sido teología cristiana.

No quisiera que esto que he dicho sonara a exabrupto ni menos a defensa de intereses personales, que poco lugar tienen ahora en mi pensamiento. Sí quisiera que fuera una llamada a la seriedad de la teología. Los cadáveres de los jesuitas muestran que esa teología no es elitista sino popular, pues ha surgido en defensa del pueblo y se ha sumergido en el destino del pueblo. Muestran que algo serio ha dicho esa teología, también científica y académicamente, pues no olvidemos que lo más temido de esos hombres ha sido su palabra seria y razonada, su palabra teológica en este caso. Y muestran, en cualquier caso, que la opresión -aquí en forma de cruel asesinato- sigue siendo una realidad pavorosa a la cual la teología tiene que responder y sin responder a la cual en vano se llamará cristiana.

### VIII

¿Qué es lo que queda en verdad? Después de estas reflexiones, casi digresiones, quisiera volver, para terminar, al hecho mismo del asesinato y preguntarme qué es lo que queda en la historia salvadoreña y en el fondo de los corazones de quienes seguimos viviendo. Ya he dicho al principio que este asesinato-martirio ha sido para mí distinto a otros muchos. En otras ocasiones, en las misas de los mártires con sus cuerpos presentes, junto al dolor se palpaba la esperanza e incluso el orgullo y gozo de ser cristiano. Esta vez las cosas han sido diferentes y la pregunta qué es lo que queda se me ha impuesto de una manera distinta. La respuesta es en este caso muy personal, pero espero que vaya más allá de lo personal y pueda iluminarnos a todos.

Ante todo queda un pueblo sufriente y todavía más desprotegido. Estos asesinatos han acaecido precisamente en una semana de guerra que ha dejado alrededor de mil muertes, incontables heridos, miles de viviendas pobres destruidas y gente pobre que ha tenido que dejar sus casas y buscar refugio, en otros lugares, como tantas otras veces ha ocurrido en el país. Otros tendrán la tarea de analizar política y éticamente la responsabilidad de lo acaecido, lo acertado o equivocado del accionar del FMLN en la ciudad en estos días y de analizar y juzgar de la reacción de la fuerza armada. Pero, como siempre, lo que está más claro es que queda un pueblo que, en esta semana, se ha visto todavía más empobreci-

do, más aterrizado y que ha visto disiparse todavía más las esperanzas de paz.

En este contexto veo yo la malicia última de los asesinatos de los jesuitas. Se ha asesinado a quienes defendieron a los pobres y éstos quedan todavía más desprotegidos. Y si a estos asesinatos se une la campaña y persecución en estos días contra todas las Iglesias -tal como lo ha denunciado Mons. Rosa-, el significado es muy claro: queda ahora un pueblo desamparado. En estos días se ha asesinado a sacerdotes católicos, se ha hostigado gravemente a templos llenos de gente que en ellos buscaban refugio, se ha amenazado a Monseñor Rivera y a Mons. Rosa, y el fiscal de la República ha llegado a pedir a Juan Pablo II que los retire del país. Se ha hostigado y capturado a muchos miembros de la Iglesia Luterana, de la Iglesia Episcopaliana, de las comunidades bautistas, de la comunidad de los menonitas. Se ha amenazado de muerte, con seriedad, a muchos sacerdotes, cristianos y trabajadores sociales. El Obispo Medardo Gómez, de la Iglesia Luterana, ha tenido que abandonar el país bajo protección diplomática. El pastor Luis Serrano, máximo dirigente de la Iglesia Episcopaliana sigue preso en los cuerpos de seguridad. Varios sacerdotes católicos y muchos trabajadores religiosos y sociales, pasan ya de 50, han sido forzados a abandonar el país. Dos semanas después de los asesinatos todavía se sigue hostigando y cateando refugios de la Iglesia. Y, por supuesto, se ha pretendido intimidar y anular a la UCA, universidad cristiana.

Lo que se ha pretendido, pues, es dismantelar a la Iglesia de los pobres, quitar a los pobres el amparo y la defensa que han encontrado en estas Iglesias. Y lo que esto significa lo saben muy bien los salvadoreños. Ya en los años 1977-1980 se intentó dismantelar a la Iglesia en la primera gran oleada de persecución, y todos sabemos la pérdida irreparable que fue el asesinato de Mons. Romero, de los sacerdotes, religiosas, catequistas, miembros de las comunidades de base... Poco a poco se fueron recuperando y ahora, de nuevo, el intento de dismantelar a la Iglesia y con ello su defensa de los pobres. Aquí está el fondo de la cuestión y la malicia última de estos asesinatos: queda una Iglesia diezmada y un pueblo todavía más desprotegido. El asesinato de los seis jesuitas ha sido, ante todo una gran pérdida para los pobres. Y es que, como se ha dicho, antes de que la Iglesia hiciera una opción por los pobres, los pobres ya habían hecho una opción por la Iglesia, buscando en ella el amparo y la esperanza que no les venía de ninguna otra parte.

Queda también, no lo trivialicemos, el dolor, la duda, la oscuridad. No hay que sorprenderse ni avergonzarse de que en estos días venga a nuestra mente la desolación

de Job ante el silencio de Dios y el grito de Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». No es fácil encontrar la luz y ánimo en esta situación de represión y muerte y en esta situación de mayor empobrecimiento y desvalimiento de los pobres. Al menos para mí no ha sido fácil esta vez pronunciar desde el principio las verdaderas y escandalosas palabras que otras veces hemos pronunciado: «los mártires son semilla de vida», «demostramos gracias a Dios por nuestros mártires». No niego la verdad de estas palabras, pero no me ha sido posible pronunciarlas precipitadamente y menos rutinariamente.

¿Qué es entonces lo que en verdad queda del martirio de estos seis jesuitas? Creo y espero que quede su espíritu, que resuciten, como Monseñor Romero, en el pueblo salvadoreño, que sigan siendo luz en este túnel de oscuridad y esperanza en este país de desventuras sin cuento. Todos los mártires resucitan en la historia y cada uno a su manera. El caso de Monseñor Romero es excepcional e irrepetible, pero también Rutilio Grande está presente en muchos campesinos, las religiosas norteamericanas siguen vivas en Chalatenango y La Libertad, Octavio Ortiz en El Despertar, y los cientos de campesinos martirizados en sus comunidades.

También los jesuitas mártires vivirán en el pueblo salvadoreño. El P. Lolo vivirá sin duda en las escuelas de Fe y Alegría y entre los pobres que le han querido durante muchos años. No sé cómo resucitarán los mártires de la UCA. A mí me gustaría que el pueblo salvadoreño los recuerde como testigos de la verdad, de modo que sigan creyendo que la verdad es posible en el país; que los recuerde como testigos de la justicia -justicia estructural, en palabra fría, amor a las mayorías populares, en palabras más dicentes-, de modo que el pueblo salvadoreño mantenga el ánimo de que es posible cambiar el país; que los recuerde como testigos fieles del Dios de vida, de modo que el pueblo salvadoreño siga viendo en Dios a su Dios defensor; que los recuerde como jesuitas que intentaron la difícil conversión y pagaron el precio por defender a la fe y la justicia. Esto es lo que yo espero que estos jesuitas dejen al pueblo salvadoreño y que en ese legado sigan vivos, inspiradores y animantes.

Para la Iglesia, para los creyentes, me gustaría que los recuerden como aquellos testigos de la fe de los que habla la Carta a los Hebreos y, sobre todo, como seguidores del testigo por antonomasia, Jesús, ese Jesús cuya vida es resumida en la Carta como el misericordioso con los desvalidos y como el fiel a Dios. Traducido al lenguaje de la Compañía de Jesús, que los recuerden como los hombres de la justicia -la actual versión de la misericordia- y como los hombres de fe en el Dios de la vida en presencia de la muerte -la actual versión de la fide-

dad-. En ese legado espero que sigan vivos mis hermanos.

Espero también que las generaciones sucesivas, cuando llegue paz y justicia al país, recuerden que entre los que la hicieron posible están estos hermanos jesuitas. Espero que las futuras generaciones cristianas recuerden su aporte a hacer una fe y una Iglesia salvadoreñas y cristianas, que agradezcan su testimonio de que fe y realidad salvadoreñas no se oponen sino que se potencian, y que reconozcan que de esa forma -por lo que nos toca a nosotros los humanos- estos mártires han garantizado que en El Salvador se transmita la fe en Jesús. Espero, pues, que en el futuro los salvadoreños cristianos les agradezcan que el país haya llegado a la justicia y haya crecido en la fe.

El precio a pagar para todo ello ha sido muy grande, pero no hay otro. Hoy que tanto se habla de evangelizar las culturas, hay que recordar una evangelización más honda: la evangelización de la realidad, que la realidad llegue a ser buena noticia. Y para ello hay que encarnarse en la realidad como lo dijo Monseñor Romero en palabras que hasta el día de hoy producen escalofríos: «Me alegro, hermanos, de que en este país hayan asesinado sacerdotes... Pues sería muy triste que un país en que se está asesinando tan horrorosamente al pueblo no contásemos a sacerdotes entre las víctimas. Es un signo de que la Iglesia se ha encarnado verdaderamente en los problemas del pueblo».

Estas palabras, tan crueles a primera vista, son clarividentes. No hay fe ni evangelización sin encarnación. Y en un pueblo crucificado no hay encarnación sin cruz. Cuántas veces decía Ignacio Ellacuría que lo específicamente cristiano es luchar por erradicar el pecado cargando con él. Ese pecado da muerte, pero cargar con él da credibilidad. Participando en la cruz de los salvadoreños la Iglesia se hace salvadoreña y así se hace creíble. Y aunque a corto plazo, este asesinato es una gran pérdida, a la larga es una gran ganancia: se está construyendo una Iglesia realmente cristiana y realmente salvadoreña. Los cristianos han mostrado realmente que son salvadoreños y, así, los salvadoreños pueden ser realmente cristianos. Y no es este pequeño fruto de tanta sangre derramada en El Salvador, salvadoreña y cristiana: que la fe y la justicia caminen juntas para siempre.

Nos dejan por último, un grito al mundo entero, que no quiere escuchar estos clamores, que los ignora con facilidad cuando son los clamores de campesinos anónimos, pero que, esta vez al menos, no ha podido menos de escucharlos. Un grito que es, ante todo, denuncia y exigencia a la conversión. «La sangre es la más elocuente de las palabras», decía Monseñor Romero. Las reaccio-

nes mundiales -aunque no sé si serán suficientes para detener la tragedia- han hecho pensar a mucha gente. Me dicen que hasta en el Congreso de los Estados Unidos recios varones han derramado lágrimas.

Pero nos dejan también una buena noticia, un evangelio. Sobre esta tierra de pecado y de sin sentido se puede vivir como seres humanos y como cristianos. Se puede participar en esa corriente de la historia que Pablo llama la vida en el Espíritu y la vida en el amor, en esa corriente de honradez, de esperanza y de compromiso que una y otra vez pretende ser ahogada, pero que una y otra vez asoma desde lo más hondo de la realidad como verdadero milagro de Dios. Entroncarse en esta corriente de la historia, que es la corriente de los pobres, tiene sus costos, pero anima a seguir viviendo, trabajando y creyendo, ofrece sentido y salvación.

Esto es, creo yo, lo que nos dejan estos nuevos mártires y con esto podemos seguir caminando en la historia, hu-



mildemente, como nos dice el profeta Miqueas, en medio de sufrimiento y oscuridad, pero con Dios.

En El Salvador hoy hay mucha más oscuridad que luz y la pregunta por la esperanza no se puede contestar rutinariamente. En una de las cartas que he recibido desde El Salvador me dice una gran cristiana: «De repente me parece que todo ha sido como un sueño y veo a todos nuestros mártires en su trajinar diario. Por los padres estoy tranquila pues sé que están disfrutando de nuestro Padre Celestial con sus túnicas blanqueadas con la sangre del martirio, pero pienso en sus familiares y en todos los que aquí quedamos». Cómo seguir con esperanza no es una pregunta rutinaria y cada uno tendrá que dar su propia respuesta. La esperanza parece que lo tiene todo en contra, pero para mí al menos, allí donde veo que ha habido y que hay un gran amor, allí veo yo que la esperanza renace de nuevo. No es conclusión racional, ni siquiera reflexión teológica. Es simplemente verdad: el amor produce esperanza y un gran amor produce una gran esperanza. Desde Jesús de Nazaret, con muchos antes que él y con muchos después de él, siempre que ha habido verdadero amor la historia ha seguido adelante, los verdugos han sido perdonados y se les ha ofrecido un futuro, que ojalá acepten, y muchos seres humanos y cristianos se han apuntado a esa esperanza. Y junto al gran amor de estos mártires, allí están los rostros de los pobres, en los que el mismo Dios está escondido, pero bien presente, pidiéndonos siempre que sigamos nuestro camino, pregunta que no podemos desoir. Sigue la historia del pecado y de la gracia, sigue la historia de los pobres y sigue la historia de Dios. Seguir adelante en medio de tanta negrura no es nada fácil, pero es algo que nos lo facilitan y nos lo posibilitan los pobres y los mártires. Y es algo que se lo debemos a esos pobres y a esos mártires.

Mis seis hermanos jesuitas descansan ahora en la capilla de Monseñor Romero bajo un gran cuadro suyo. Todos ellos, y muchos más, se habrán dado un gran abrazo y se habrán llenado de gozo. Nuestro ferviente deseo es que el Padre celestial transmita muy pronto esa paz y ese gozo a todo el pueblo salvadoreño. Y si he escrito estas páginas es en definitiva con la esperanza de que el recuerdo de estos nuevos mártires contribuya a la paz, la justicia, el diálogo y la reconciliación de todos los salvadoreños.

Descansen en paz Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, compañeros de Jesús. Descansen en Paz Elba y Celina, hijas muy queridas de Dios.

Que su paz nos transmita a los vivos la esperanza y que su recuerdo no nos deje descansar en paz.

Jon Sobrino, sj.  
29 de noviembre, 1989.

## Martirio y Pasión.

C. Bravo G. sj.

El martirio va siendo una realidad cada vez más golpeante y numerosa en la Iglesia. Sólo algunos son conocidos, pero ya son centenares, quizá millares los mártires en estos últimos veinte años. Sus nombres han ido apareciendo distintos *martirologios*, sin otra oficialidad que la realidad de su muerte y la profundidad de una fe comprometida con la causa de Jesús y como seguimiento suyo.

El libro de Marins, *Memoria Peligrosa*, recién publicado por el CRT, nos trae las biografías mínimas de 20 mártires en Argentina, 4 en Bolivia, 13 en Brasil, 4 en Chile, 2 en Colombia, 1 en Ecuador, 53 en el Salvador, (a los que hay que añadir los últimos 8 mártires: total, 61), 40 en Guatemala, 19 en Honduras, 6 en México, 8 en Nicaragua, 1 en Panamá, 2 en Paraguay, 3 en Perú, 2 en República Dominicana, 1 en Uruguay; total, 187 muertes que suceden dentro de un contexto más amplio de muerte del pueblo, y en relación con la misma. Y estos son sólo los conocidos, que tenían un trabajo eclesial con cierta oficialidad; pero hay muchísimos más cuyos nombres sólo el Padre conoce.

Y a medida que se va descubriendo su amenazante actualidad histórica, va perdiendo el carácter idealizado que tenía cuando pensábamos en Tarcisio, en Ignacio de Antioquía, en los mismos Pedro y Pablo. Las muertes del pasado nos fascinaban porque eran lejanas; por tanto, no amenazantes. Las veíamos como asunto de la primitiva Iglesia, a manos de paganos inhumanos, o de la Iglesia de los países comunistas, enfrentadas con un Estado enemigo de Dios. Esa idealización nos hacía ver en el mar-

tirio sólo la cara fecunda: "*La sangre de los mártires es semilla de cristianos*".

Hemos hecho del martirio un motivo artístico, decorativo: los grandes cuadros de los maestros de la pintura, las estatuas sangrantes del Sebastián asactado, la mirada mística de Pedro crucificado de cabeza, los frescos de Fra Angélico con sus frailes con un hacha enterrada en la cabeza, el frontal de altar románico con los santos Quirico y Julita, él, aserrado por medio, ella, con clavos en los ojos, la boca, los oídos, y finalmente atravesada con la espada. Ya antes habíamos hecho de la cruz un objeto de arte que culminaba las coronas de los reyes y tiranos.

Pero ahora, desde hace diez, quince años, de pronto tomamos conciencia de que se trata de asesinatos, y asesinatos realizados en naciones 'católicas'; asesinatos de religiosas, de sacerdotes, de catequistas, de obispos inclusive. Asesinatos realizados con toda impunidad. Asesinatos en los que están implicados cristianos, (al menos, bautizados), sea como agentes intelectuales, sea como agentes materiales, sea como cómplices. Los perseguidores de los cristianos asesinados, en estos casos, no son los *de la izquierda*, sino los *de la derecha*, los que defienden la Tradición, la Familia y la Propiedad, el Occidente Cristiano. Aunque parezca absurdo y sea blasfemo, pretenden ampararse en el nombre de Dios, como había anunciado Jesús: "*Y llegará el momento en que los maten creyendo dar gloria a Dios*". Pero seguramente que no es el mismo Dios de la vida, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, cuya gloria es que el hombre viva.

Hemos de ser realistas. Hablar de martirio es hablar de muerte antes de tiempo y contra toda justicia. Pero también hemos de aceptar que hablar de fe en el Dios de la vida en un mundo estructurado contra la vida de las mayorías implica para la Iglesia una denuncia y enfrentamiento tal que hará *necesario* e inevitable el martirio. Por motivos teológicos y por motivos sociohistóricos. No es algo que la comunidad cristiana deba buscar, pero es algo que le llegará *necesariamente*, si es fiel a la vida, al Padre, al evangelio.

### 1.- ¿El martirio 'necesario'?

¿En qué sentido podemos hablar de un *martirio necesario*?

Podemos hablar de *necesidad* del martirio en primer lugar desde una perspectiva sociohistórica. Existe un proyecto de vida para minorías, a costa de los derechos de las mayorías, una decisión de ampliar el espacio vital de las minorías, excluyendo a las mayorías. Para defender el derecho de éstas a la vida se necesitan testigos. Quien se ponga de su lado correrá peligro, no importa cuáles sean sus convicciones o su fe. Quien denuncie la maldad de esa situación será perseguido e incluso eliminado. Porque los testigos de la injusticia del proyecto de los poderosos deben ser eliminados.

Pero también podemos hablar de él desde una perspectiva socioteológica. Cuando se mira esa realidad desde los ojos de Dios se descubre que no es sólo una situación de injusticia contra el hombre, sino que es injusticia contra el Padre y su proyecto de vida para todos. Entonces la decisión de oponerse a esa injusticia contra el Padre y sus hijos se hace exigencia absoluta. Quien asuma la causa de la vida de los pobres como causa del Padre necesariamente se enfrentará a la decisión homicida y deicida del mundo, denunciando su pecado. Pero el mundo exclusivo de los podero-

...s nunca ha soportado a los profetas. No soportó tampoco al mismo hijo de Dios y su testimonio sobre el Padre y su decisión de reinar cambiando la historia en favor de los pobres. Y como el mártir es testigo molesto e irreductible del pecado del mundo, de su poder mortal contra el pueblo, debe ser silenciado o morir.

El precio de ser testigo de y luchar por la vida en un mundo de muerte puede ser la propia vida. Esta realidad ilumina el misterio profundo de que para dar vida hay que morir ("si el grano de trigo no muere, se queda estéril y no da vida"). Y la realidad actual nos hace comprender que no es una posibilidad en el terreno de las ideas, sino en el de las realidades. Se ha de contar con un cierto grado de persecución y conflicto con el mundo si se quiere ser simplemente hombre y si se quiere ser cristiano.

## 2.- El martirio cristiano.

El martirio del cristiano está insertado en el misterio del martirio de Jesús y sólo se entiende desde él. Por eso es importante un acercamiento a éste como modélico.

### 2.1. El martirio de Jesús.

Jesús fue un hombre en conflicto permanente con el mundo del poder religioso y político de su tiempo y contra su proyecto excluyente. Como exigencia de su amor a la vida y de su amor al Padre. Los evangelios nos dan testimonio de la peligrosidad en la que él vivió, y nos descubren que el conflicto fue en su vida no algo incidental, accidental, sino programático. En ellos nos encontramos con el análisis de Jesús y de la comunidad cristiana sobre la necesidad histórica y teológica de la persecución y del martirio.

#### a) El martirio de Jesús en el evangelio de Marcos

Marcos nos presenta tres momentos fuertes del conflicto que llevará a Je-

sús a la cruz. Son los bloques de controversias en torno a la ley de la pureza, que excluía al pueblo de la vida. Al comienzo mismo, después de curar a un hombre en sábado, porque la vida del pobre está por encima de la Ley misma, constata el evangelio: "Nada más salir, los fariseos se pusieron a planear con los herodianos para ver la manera de acabar con él" (3,6). El segundo bloque, en el capítulo 7, nos narra cómo debe refugiarse Jesús en territorio pagano, después del enfrentamiento con los fariseos y los escribas de Jerusalén: "Se marchó de allí y se fue a la región de Tiro; entró en una casa, no queriendo que nadie lo supiera..." (7,24). Después de eso, Jesús irá tomando conciencia clara del riesgo que está corriendo, cada vez más cercano. Y lo comparte con sus discípulos: "Este hombre va a ser entregado en manos de los hombres". En ese contexto comprende que la persecución y la muerte violenta es patrimonio suyo y de sus seguidores: "El que todavía quiera seguirme, que cargue con la muerte violenta de la cruz, y con la condena política que implica".

El tercer bloque concluirá con su muerte en Jerusalén. Después de la toma del Templo, al que declara estéril y condenado a la destrucción por haberse convertido en cueva de asaltantes, Jesús recurre a la parábola de los viñadores homicidas para explicar lo que le pasará: su suerte está ligada a la suerte de los profetas, de los enviados por el Padre.

#### b) El martirio de Jesús en el evangelio de Lucas

Lucas abre la narración de la práctica de Jesús con un atentado de muerte contra Jesús por parte de sus mismos compatriotas. Porque ha hablado de un Dios diferente, sobre el que no se tiene ningún derecho y al que no se le compra con méritos sino que se le recibe en gracia; de esa misericordia por la que se pone decididamente a favor de los que sufren, ha sido envia-

do en función de la vida: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado a proclamar la libertad a los cautivos, a dar vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor". Al hablar de su misión, Jesús omite una frase fundamental para la concepción radical del Reino: la venganza de nuestro Dios sobre los enemigos de Israel. Por eso se echan contra él e intentan despenarlo en un barranco, como lo profeta (Lc 4,16-30).

Jesús, el testigo del Dios de la vida, tiene que justificar sus acciones a favor de la vida ante las expectativas del mismo Juan: "¿Eres tú el que habías venido o esperamos a otro?" Su última respuesta es: "Díganle a Juan lo que vieron y oyeron... y dichoso el que no se escandalice de esta manera de venir del Padre y de su Reino". Jesús tiene dificultades porque anuncia un Dios diferente: no un Dios lejano, al que el pecador no puede acercarse sino que muere, sino el Dios misericordioso, comprometido con la vida de cada hombre, que corre el riesgo de morir precisamente por acercarse al hombre.

En esa contradicción se va realizando lo anunciado por Simeón: es una obra de escándalo, de contradicción, salvación para unos y ruina para otros. Y dice: "Fuego he venido a traer a la tierra y ¡qué más que quemar! Pero tengo que ser sumergido en las aguas y no veo la hora de que eso se cumpla. ¿Pienso que he venido a traer paz a la tierra? Les digo que no, sino división y guerra..." (Lc 12,49ss).

Llega a sus oídos la amenaza de los poderes, que lo anda buscando para matarlo. Jesús, perseguido por los poderes, comprende cuál es el poder que juega Jerusalén en la muerte de los enviados de Dios. La primera comprensión de Jesús sobre el da-

no final de su existencia arriesgada se sitúa dentro de la experiencia histórica de la suerte de los profetas: *"Tengo que seguir mi viaje, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén... que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados..."* (Lc 13,33).

### c) El martirio de Jesús en el evangelio de Juan

El retrato presentado por Juan es quizá aún más duro. Jesús sufre dos atentados de apedreamiento; y son precisamente después de dar testi-

monio del Padre en el que cree (8,59; 10,31). Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos reunieron una reunión del Consejo: *"¿Qué hacemos? Porque ese hombre realiza muchas señales -es testigo-. Si lo dejamos seguir así, todos van a darle su adhesión y vendrán los romanos y quitarán de enmedio nuestro lugar sagrado e incluso nuestra nación"* (11,47s).

Y la reflexión sobre la persecución y muerte como patrimonio histórico de Jesús y de sus seguidores es aún más honda: *"Cuando el mundo los odie, tengan presente que primero me ha odiado a mí. Si pertenecieran al mundo, el mundo les querría como a cosa suya; pero como no pertenecen al mundo, sino que al elegirles yo los saqué del mundo, por eso el mundo los odia... Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán... Pero todo esto lo harán contra ustedes por ser de los míos, dado que no quieren reconocer al que me envió... Odiarme a mí es odiar a mi Padre... Pero también ustedes darán testimonio (como el Espíritu enviado por el Pa-*

dre) porque desde el principio están conmigo" (15,18-27).

Y concreta aún más: *"Les voy a decir esto para que no se derrumben: los excluirán de la sinagoga; es más, se acerca la hora en que todo el que les dé muerte se figure que ofrece un culto a Dios. Y obrarán así porque no han llegado a conocer al Padre ni tampoco a mí... Cuando llegue el Paráclito, le echará en cara al mundo que hay pecado, inocencia y sentencia..."* (16,1-8).

### d) Jesús ante el martirio cercano

Para Jesús no fue fácil asumir la muerte. Pidió al Padre ser librado de ella, si era posible. Se resistía ante una muerte violenta, antes de tiempo, injusta. Experimentó el miedo a morir; un miedo que le hacía sentirse ya en la muerte misma. En esa muerte injusta experimentó el abandono de todos los suyos, incluso del mismo Padre.

Jesús fue llegando poco a poco a la convicción de que moriría con una muerte violenta. Pero, como dice Cousin (*Los textos evangélicos de la pasión*, Ed. Verbo Divino), probablemente esperaba la muerte de un profeta, por un motivo religioso. Al ser condenado a la cruz por el poder romano le arrebataron la muerte que esperaba, y le dieron la muerte de un sicario, de un aspirante al poder político, de Mesías nacionalista adversario de Roma... El malentendido sobre sus intenciones lo siguió hasta después de su muerte: será enterrado

como impuro, separado de Dios, abandonado por él, maldito porque cuelga en el madero. Por eso será enterrado en una tumba en la que nadie antes había sido sepultado: porque mancharía la memoria y la suerte de otros judíos. A diferencia de otros mártires, Jesús parece morir no en continuidad con el Reino, con la causa del Padre, sino en ruptura con ella. Pero a través de esa muerte, transformada en resurrección por la fidelidad de su Dios, nos dio la vida, y nos enseñó el camino: *"No hay mayor amor que el dar la vida por aque-*

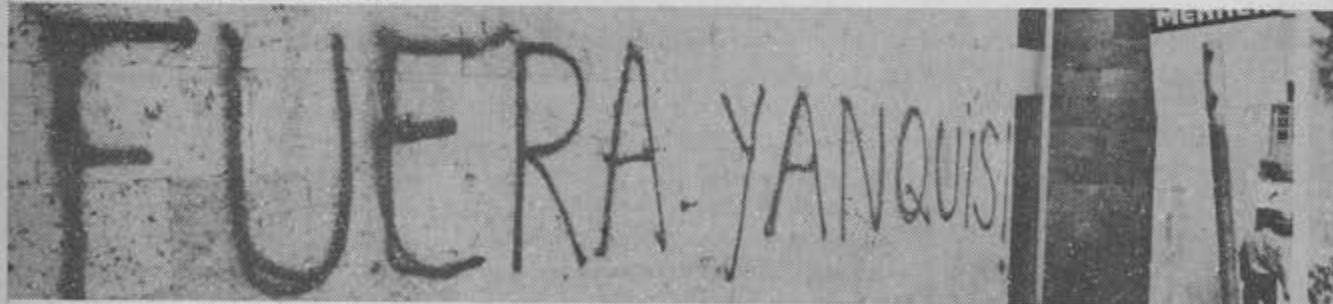
*llos a quienes se ama"*.

Si sacamos las características fundamentales del martirio de Jesús, formuladas a manera de teología negativa, podemos afirmar lo siguiente:

- Jesús no murió por predicar a un Dios en continuidad total con la enseñanza oficial judía, Juez que "da a cada quien según sus méritos" sino por predicar al *Abbá*, que se da por propia decisión gratuitamente a los hombres, que es protector incondicional de la vida de los pobres, y cuya justicia consiste en hacer justo al pecador; al que no se llega por méritos sino por gracia.

- Jesús no murió por predicar simplemente al Padre misericordioso, sino por predicar su decisión de reinar sobre el mundo cambiando la historia de manera que garantiza la vida de sus hijos. Habló de un *Dios parcial* que exalta a los humillados y humilla a los soberbios, que se revela a los pequeños y se oculta a los sabios.

- Jesús no murió sólo por predicar el Reino, sino porque con sus acciones



en favor de los marginados, los pecadores, los pobres, los enfermos hizo presente la misericordia eficaz del Padre en favor de ellos y así trabajó porque el Reino llegara a los hombres; porque tomó partido por los pobres en nombre del Dios parcial en favor de la vida; porque consideró más valiosa la vida de los demás que la suya propia.

Como dice Rahner:

"La muerte de Jesús, 'soportada pasivamente', fue consecuencia de su lucha contra quienes tenían en aquella época el poder religioso y político. Jesús murió porque luchó; su muerte no debe ser contemplada al margen de su vida". (Dimensiones del martirio, Diakonía 27, p. 189).

Esta manera de entender el martirio de Jesús está en consonancia con lo que revela la carta a los Hebreos, cuando habla del que "soportó tanta oposición de parte de los pecadores" (12,3):

"Jesús, para consagrar al pueblo con su propia sangre, murió fuera del campamento" (13,12). "Por eso, como los suyos tienen todos la misma carne y sangre, también él asumió una como la de ellos, para con su muerte reducir a la impotencia al que tenía dominio sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a todos los que por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos" (Heb 2,14s).

## 2.2. El martirio del cristiano.

El comienzo mismo del núcleo de la predicación de Jesús según Mateo comienza con el desconcertante mensaje de Jesús: "Bienaventurados los pobres... perseguidos". Está suficientemente probado que no presenta el evangelio ocho tipos diferentes de cristianos, sino uno solo: los pobres-perseguidos de la comunidad. Ellos son el verdadero Israel, destinatarios de la promesa. La persecución y la pobreza no son características accidentales de la comunidad cristiana, sino que son elemento fundamental de la identidad del segui-

dor de Jesús. En ellas se da testimonio del Padre en quien se cree y del que se ha fiado uno, del Reino que se espera, de los hermanos a quienes se ama y con quienes se compromete uno.

A sus enviados, Jesús les advirtió: "Miren que yo los mando como ovejas entre lobos; por tanto, sean astutos como serpientes e ingenuos como palomas. Pero tengan cuidado con la gente, porque los llevarán a los tribunales, los azotarán en las sinagogas y los conducirán ante gobernadores y reyes por mi causa; así darán testimonio ante ellos y ante los paganos..." (Mt 10,16-18).

No supone Jesús una espera pasivamente resignada de la muerte, sino vivida en una difícil síntesis espiritual de astucia y transparencia, desde la que hay que saber distinguir cuándo es tiempo de huida y refugio, y cuándo es ya el último momento. "Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra" (Mt 10,23).

La inevitabilidad de la persecución radica en la identificación del seguidor con Jesús: "Un discípulo no es más que su amo. Ya le basta al discípulo ser como su maestro y al esclavo como su amo. Y si al cabeza de familia le han puesto de apodo Belcebú, ¡cuánto más a los de su casa!" (Mt 23,24s). No debe extrañar al seguidor de Jesús el ser malinterpretado, calumniado, tenido por enemigo del orden, incluso de Dios; eso es consecuencia normal de una ideología que se siente amenazada.

La tarea del mártir es dar testimonio; y para eso necesita vencer el miedo connatural a la calumnia y a la pérdida de la fama: "Así que no les tomen miedo, que nada quedará sin descubrirse, ni nada escondido quedará sin saberse; lo que les digo de noche, díganlo en pleno día, y lo que escuchan al oído, pregónenlo desde la azotea" (Mt 10,26s).

Aquí se nos habla de una vida martirial, testimonial, de la que la muerte es la culminación, y para la que se debe estar preparado, en base a una acrisolada confianza en el Padre: "Tampoco tengan miedo de los que matan el cuerpo, pero no pueden matar la vida... ¿No se venden un par de pajaritos por unos centavos? Y sin embargo, ni uno solo caerá al suelo si el Padre quiere, que lo disponga el Padre. Pues de ustedes, hasta los pelos de la cabeza están contados. Así que no tengan miedo, que ustedes valen más que todos los pajaritos juntos" (Mt 10,28-31).

En este sentido hemos de ampliar nuestra noción de martirio: no es sólo el momento de la muerte sino la vida toda la que es martirial, y en la que está en juego una dimensión martirial escatológica: "Por todo aquel que se pronuncie por mí ante los hombres, yo me pronunciaré también yo ante mi Padre del cielo" (Mt 10,32) cuya contrapartida es una vida antitestimonial, de negación del Hijo; esa negación puede ser de palabra o puede ser de prácticas contrarias a Jesús, lo cual puede coexistir con una confesión teóricamente ortodoxa; a éstos advierte Jesús: "pero al que me niegue ante los hombres, lo negaré yo a mi vez ante mi Padre del cielo" (Mt 10,33).

Entendemos ordinariamente al mártir como aquél que sufre una muerte violenta, de forma libre y resignada por la fe o la moral cristianas. Pero en distintos momentos se ha privilegiado algún aspecto de la fe o de la moral sobre otros. Se ha considerado mártir a María Goretti, asesinada por no ceder a quien la solicitaba sexualmente. ¿No es también mártir la religiosa o la catequista violada, aunque no haya sido asesinada? Ha habido mártires por defender el sacramento de la Eucaristía, el cuerpo sacramental de Cristo. ¿Por qué no se ha de considerar mártires a quienes hoy mueren por algo tan fundamental para la fe y la moral cristiana, para el Reino, como la justicia, el derecho de

los pobres a la vida -pobres que son el cuerpo de Cristo en la tierra-, con cuya suerte (hambre, sed, desnudez, prisión, enfermedad) él se identifica ahora y en el Juicio final? En esa lucha se da lo esencial del martirio: ser entregado a la muerte por ser testigo de la forma de vida del Reino. Quienes llegan a ese extremo dan testimonio de que Dios y su Reino son mayores que el amor a su propia vida, que el amor a los pobres es mayor que el que tienen por su propia vida.

La culminación del martirio no llega de repente, ni llega a cualquiera. Llega hoy a quienes, como Jesús, están situados al lado del pueblo. Como decía Mons. Romero, a menos de dos meses de su muerte:

"La verdadera persecución se ha dirigido al pueblo pobre, que es hoy el Cuerpo de Cristo en la historia. Ellos son el pueblo crucificado como Jesús, el pueblo perseguido como el siervo de Yahvé. Ellos son los que completan en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo. Y por esa razón, cuando la Iglesia se ha organizado y unificado recogiendo las esperanzas y las angustias de los pobres, ha corrido la misma suerte de Jesús y de los pobres" (Disc. Lovaina, 2 feb 1980).

Y comentaba Ellacuría dos años después:

"No todas las Iglesias latinoamericanas están en condiciones de interpelar a nadie. Muchas de ellas deben ser interpeladas porque dejan mucho que desear... Si no hay persecución -de la índole que sea y por causa del reino y de la justicia, no por otras causas- es que no hay verdadera Iglesia, Iglesia santa... Les desafío a que lean los cuatro o cinco libros de Mons. Romero, sus cartas pastorales, y me digan qué hay en ellas que no sea auténtica y puramente cristiana. Y, sin embargo, fue asesinado: afortunadamente en el altar, para significar lo que él era y por qué se le perseguía. A estos algunos contestan inmediatamente que se le perseguía porque se metía en política. Yo digo que no necesitamos meternos en política, que estamos dentro de ella. Lo más que cabría preguntarse es cómo salirse de ella. Y ¿cómo va uno a salirse de la opción preferencial por los pobres, cómo del compromiso con esa

gente, cómo de la muerte de 30,000 personas asesinadas en dos años, cómo de la miseria, el hambre, la violencia?".

EL mismo Ellacuría, unos meses antes de ser asesinado, definía proféticamente al hombre nuevo que debe ser el cristiano mártir:

"De ahí que este hombre nuevo se defina en parte por la protesta activa y la lucha permanente, las cuales buscan superar la injusticia estructural dominante, considerada como un mal y como un pecado, pues mantienen a la mayor parte de la población en condiciones de vida inhumana. Lo negativo es esta situación, que en su negatividad lanza como un resorte a salir de ella; pero lo positivo es la dinámica de superación, en la cual allenta el Espíritu de múltiples formas, siendo la suprema de todas la disponibilidad de dar la vida por los demás, sea en la entrega cotidiana incansable o en el sacrificio hasta la muerte, padecida violentamente" (Utopía y profetismo desde América Latina, p.166s).

Cuando la Iglesia, fiel al Reino y a Jesús, el primer testigo de la fe, con su anuncio a los pobres y su denuncia contra la injusticia estructural y la violencia institucionalizada, cuando desenmascarando y deslegitimando los principios económicos, sociales y políticos vigentes mundo, llega a ser una amenaza a los intereses de los poderosos, entonces está a punto de martirio. No cualquier cristiano ni cualquier Iglesia sufren el martirio; sólo si ponen en peligro los privilegios de los que dominan, por situarse del lado de los pobres. Morir por la fe no equivale a morir por una afirmación dogmática, sino por sus consecuencias; por no poder ser ni vivir de otra manera más que creyendo en el Padre, esperando su Reino, amando a los pobres.

### 3.- Algunos retos a la vida cristiana:

Si hemos de vivir frente a la probabilidad del conflicto y de la persecución, lo hemos de hacer *con espíritu*. No cualquier conflicto o persecución, no cualquier cruz es la de Jesús.

No cualquier actitud ante ella es la de Jesús. Lo es sólo la que viene en la fidelidad al Reino, la que es *por causa de Jesús y del evangelio*, por la causa de la justicia en las relaciones interhumanas y con Dios. "*Todos los odiarán a ustedes por causa mía; pero quien resista hasta el final se salvará*" (Mt 10,22).

El Espíritu de Jesús nos lleva a vivir con la libertad del profeta, a pesar del temor y la debilidad humanas. Morir no es algo que se improvisa; se aprende. Sólo ese difícil aprendizaje nos llevará al atrevimiento profético, a la fortaleza, consistencia y resistencia necesarias para la misión.

Pero esto no debe generar una actitud *martirista*, que anhele o se exponga temerariamente a la muerte. Como Jesús, hay que aprender a escapar, mientras no llega la hora. Es lo que Jesús dijo en aquella imagen tan adecuada: "*Sean sencillos como la paloma y astutos como la serpiente*" (Mt 10,16).

La clave del espíritu con que hay que enfrentar la persecución y el martirio nos la da la carta a los Hebreos: "*Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús; el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la ignominia, y está sentado a la derecha de Dios. Mediten, pues, en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores, y no se cansen ni pierdan el ánimo. Aún no han resistido hasta la sangre en su lucha con el pecado*" (12, 1-3).

Todo esto nos ha de llevar a replantear una nueva teología de la cruz y la Pasión. ☩

---

## HOMENAJE DE RADIO VENCEREMOS

---

Rendimos homenaje hoy a Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Amando López, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y a las dos mujeres salvadoreñas que con ellos murieron. Les rendimos homenaje en este día, hoy que entran en la historia, en la eternidad, en el corazón de la patria.

Recordando esa madrugada negra, esa cacería de hombres pensantes que querían la paz en nuestro país, se nos venía a la mente esta reflexión. Aquí en Morazán, para hacer las sopas guerrilleras, cuando queremos variar un poco el menú, las muchachas de las cocinas, los compañeros guerrilleros, salen a buscar el izote, el cogollo del izote, para cortarlo y echarlo a la sopa. Y siempre el izote, cuando se corta, tiene un grande, un increíble sentido de sobrevivencia. Se reproduce inmediatamente. Uno regresa al mes y ve otra vez el izote retoñando de nuevo. Así el machete lo corte de raíz, el izote siempre vuelve a nacer. Siempre tiene esa insistencia de reflorar, de seguir viviendo. Siempre vuelve a vivir y a renacer.

Se nos ocurre que Ignacio Ellacuría es como esos izotes. Se nos ocurre que Martín Baró, Segundo Montes, Amando, Juan Ramón, Joaquín López son como la flor de izote, tercetos para morir, tercetos para dejar de existir, tercetos en su intento de seguir viviendo.

¿Y por qué lo decimos? Porque hay algo que Cristiani no pensó, que los asesinos no pensaron: que todos ellos fueron maestros. Que fueron maestros de juventud, que en ellos se multiplicó el saber, que ellos multiplicaron su saber en los miles y miles de jóvenes que estudiaron con ellos,

que fueron formados intelectualmente por ellos. Que ellos multiplicaron esos valores morales del cristianismo que son tan compatibles con los principios de los revolucionarios. Los valores morales que estos sacerdotes transmitieron son hoy millares de semillas.


Ignacio Ellacuría es como el izote. Traten de cortar el izote y siempre, tercamente, florece. Ignacio Ellacuría es un izote que se clavó en el corazón de la patria y allí se nutrió. Desde allí, Ignacio Ellacuría lanzó su pensamiento claro, profundizó las raíces de su amor por El Salvador. Ignacio Ellacuría sabía que estaba condenado a muerte. Porque Roberto D'Aubuisson, porque el Coronel Helena Fuentes, el Coronel Montano, el Coronel Zepeda, porque Valdivieso, presidente de la Asamblea Legislativa, muchas veces, públicamente, lo acusaron de que era el cerebro de la revolución. Y nunca su mezquina mentalidad, su mezquino esquema de pensamiento llegó a comprender lo que estaba detrás de Ignacio Ellacuría, de Segundo Montes, de Ignacio Martín Baró y los demás hermanos jesuitas asesinados. No, ellos no eran el cerebro de la subversión. Ellos eran parte de la conciencia nacional, de esa conciencia crítica, de esa conciencia científica, que buscó las raíces del conflicto, que investigó nuestra historia, buscando, tratando de encontrar los caminos para la paz y la reconciliación nacional.

Nadie fue más alejado de la guerra que Ignacio Ellacuría, nadie fue más alejado del odio que Ignacio Ellacuría que, como dicen inclusive periódicos internacionales, se había convertido en una de las personalidades de la vida nacional, que podía ser clave para una solución política del conflicto porque sabía conversar y sabía intercambiar ideas. Ellacuría conversaba con todos los sectores de la nación. Hacía intercambio de ideas con el FMLN, intercambiaba ideas con el propio Cristiani, inter-

cambiaba ideas con todos los partidos de oposición, con la UNTS, con los trabajadores, con los sectores diplomáticos. Nadie más alejado del odio que Ignacio Ellacuría. Por eso ha sorprendido al mundo entero la irracionalidad, la bestialidad de este crimen. No hay palabras para calificar esta decisión política tomada por este poder, ya que está derrumbándose.

Sabemos que nuestro pueblo tomará en sus manos esa flor de izote, símbolo nacional de El Salvador. Sabemos que el pueblo salvadoreño levantará en su puño esa flor de izote, como símbolo de esa terca voluntad de paz que corrió por las venas de Ignacio Ellacuría, de Martín Baró, de Segundo Montes, de Juan Ramón Moreno Pardo, de Amando López Quintana, de Joaquín López. La sangre derramada por los hermanos jesuitas será esa flor de izote, perenne e inmortal.

Y sabemos que el día de esta victoria que se nos acerca vertiginosamente por los cuatro costados de la patria, vendrá a las plazas, un pueblo que irá levantando en sus manos esa flor de izote que es Ignacio Ellacuría, que, son los 70 mil muertos salvadoreños. Nuestro pueblo vendrá a las plazas de la patria, tumultuoso, como un río salvadoreñamente en invierno, para rendir homenaje a estos hermanos caídos por la paz, un homenaje a Ignacio Ellacuría, mártir de la paz, un homenaje a estos hermanos que nacieron en España pero que fueron más salvadoreños que sus asesinos, criminales de mente desnacionalizada.

Ese día de la victoria, ahí estarán las madres de los caídos, los hermanos y los hijos de los caídos. Son 70 mil los mártires de esta lucha. Somos millones los salvadoreños tocados por la barbarie, los que hemos perdido a un hermano, los que hemos perdido a un amigo. Los que hemos perdido a un Romero. Avancemos en nombre de ellos a construir la paz. 



# COLABORACIONES

## DECADA DE LOS 90: UNA ESPERANZA PARA EL TERCER MUNDO

Pablo Richard

Dedico esta reflexión teológica a nuestros 6 hermanos jesuitas asesinados en El Salvador: primer atentado consciente y planificado contra un equipo de Teólogos de la Liberación.

El mundo cambió bruscamente en estos últimos meses de 1989. Los sucesos en los países socialistas de Europa del Este, el proceso de la Perestroika en la URSS, la guerra en El Salvador (con la trágica agresión al pueblo y la masacre de los seis sacerdotes jesuitas), el fin de la dictadura de Pinochet en Chile, el avance popular de Lula en Brasil y finalmente la agresión prepotente del poder imperialista contra la nación de Panamá. Podríamos agregar otros hechos importantes acaecidos en Haití, Colombia, Sudáfrica, Medio Oriente, Tailandia, Filipinas, etc. *En pocos meses el mundo cambió, tenemos otro mundo. Pero, ¿realmente ha cambiado la situación de vida y muerte de las masas pobres y oprimidas del Tercer Mundo? Cayó el muro de Berlín y el mundo rico se estremeció de alegría. En realidad la caída del muro fue algo muy positivo, pero nos damos cuenta que se está construyendo otro gigantesco muro en el Tercer Mundo para ocultar la realidad de las mayorías pobres. Se está construyendo un muro entre los ricos y los pobres, para que la pobreza no moleste a los*

poderosos y los pobres estén obligados a morir en el silencio de la historia. Se está construyendo un *muro de silencio* para que el mundo rico se olvide del Tercer Mundo. Se está construyendo un *muro de desinformación* o malinformación para pervertir a gusto la realidad del Tercer Mundo.

*El Salvador:* el primero de noviembre el Ejército asesinó salvajemente a once de los líderes más importantes del movimiento popular. El 16 de noviembre el mismo ejército asesinó a *seis sacerdotes jesuitas* y dos humildes mujeres que servían en su casa. Mucha gente, horrorizada, condenó estos crímenes, pero muy pocas personas han reflexionado sobre el significado de estas muertes. Muchos incluso, condenaron el crimen, pero simultáneamente daban su apoyo político al Presidente de El Salvador. Los seis sacerdotes formaban un *equipo* que reflexionaba, enseñaba, escribía al interior del proceso de liberación del pueblo salvadoreño. Eran amigos, rezaban juntos, pensaban juntos el futuro del pueblo, creaban estrategias pastorales y políticas de liberación del pueblo salvadoreño. Eran amigos, rezaban juntos, pensaban juntos el futuro del pueblo, creaban estrategias pastorales y políticas de liberación. En sentido estricto de la palabra era un equipo que practicaba día a día la *Teología de la Liberación*. La muerte de los jesuitas fue un acto terrorista contra la Teología de la Liberación. Los mataron precisamente porque hacían teología liberadora en un proceso concreto de liberación popular. Testigos nos dicen que después de asesinar a estos sacerdotes, les sacaron el cerebro, los

decerebraron para estar bien seguros que la inteligencia estaba realmente muerta. En ese equipo se había acumulado demasiada cantidad e inteligencia, lo que era ya insportable para los poderosos. Con la muerte de los jesuitas y de la Teología de la Liberación se busca quitar a los pobres su voz, su esperanza, su conciencia, su fe, su fuerza espiritual.

El proceso más importante en la última década en Centro América, y posiblemente en todo el Tercer Mundo, es la fuerza e importancia que adquieren *los movimientos sociales populares*: movimientos de solidaridad, movimientos por los Derechos Humanos, movimientos por una salud alternativa, movimientos ecológicos, movimientos de liberación de la mujer, movimientos indígenas y afroamericanos, movimientos culturales y artísticos, movimientos de alfabetización, movimientos por una educación y comunicación popular alternativa, movimientos cristianos de base, movimientos sindicales, movimientos cooperativos por una producción y comercialización alternativas, etc... etc... Es todo el *pueblo* que se pone en movimiento por la vida, la salud, la cultura, la dignidad, la libertad. Estos movimientos sociales populares no buscan directamente tomar el poder político, pero sí buscan transformar radicalmente la sociedad civil. Se busca crear un nuevo *consenso social popular*, que integre todos los sentidos de la vida; el sentido económico, social, político, cultural, ético y espiritual. Los movimientos sociales crean una *nueva identidad popular*, donde se identifican todas las identidades sociales; identidad campesina, obrera, indígena, afroamericana,

identidad de la mujer, identidad nacional, identidad cultural y religiosa. El pueblo se está poniendo en movimiento y se está identificando a sí mismo como *sujeto* de su propia historia. Estos movimientos sociales populares configuran en muchos países una *mayoría popular* significativa y poderosa, que cuestiona radicalmente el sistema dominante y busca reconstruir un nuevo poder y una nueva sociedad desde la identidad y fuerza del mismo pueblo. El pueblo toma el poder primero en la sociedad civil, creando un consenso popular alternativo al sistema de dominación; desde ahí se discute y se construye eficazmente el tipo de poder político necesario para la transformación global de la sociedad. En estos movimientos sociales populares está la mayor fuerza y riqueza del Tercer Mundo.

Al interior de los movimientos sociales populares han nacido las *Comunidades Eclesiales de Base* (CEB's), que en América Latina siguen siendo uno de los fenómenos más importantes, tanto en lo social como en lo teológico. Las CEB's representan la posibilidad que tienen las mayorías pobres de participar creativamente, con conciencia y cultura propia, en la Iglesia. Las CEB's también representan la posibilidad para la Iglesia de hacerse presente, con identidad y fuerza propia, en medio de los movimientos sociales populares. Por las CEB's el pueblo pobre y oprimido participa creativamente en la Iglesia y por las CEB's también la Iglesia participa evangelizadamente en los movimientos sociales populares. Las CEB's crean al interior del movimiento popular una fuerza ética, espiritual y trascendente, que dinamiza la marcha del pueblo y con la cual el pueblo se siente identificado. Tanto

los movimientos sociales populares como las Comunidades Eclesiales de Base en su seno, nos dan una clave histórica para entender el Tercer Mundo y su futuro posible de liberación y vida. Es aquí donde está nuestra fuerza como Tercer Mundo. El Tercer Mundo es pobre en dinero, tecnología y armas, pero su riqueza está en el pueblo, sobretodo cuando este pueblo rescata su humanidad y su identidad cultural y religiosa a través de los movimientos sociales.



La *Doctrina de Seguridad Nacional* y todos los programas contrainsurgentes buscan hoy día fundamentalmente destruir los movimientos sociales populares, y en su interior a las CEB's. Los movimientos políticos, político-militares y los grupos guerrilleros, que buscan la toma del poder político son peligrosos para el sistema, pero en la medida que se aíslan del movimiento popular, pueden ser destruidos. Estos *movimientos políticos* son poderosos y significativos únicamente cuando nacen y crecen al interior de los *movimientos sociales populares* y son capaces de representar o identificar dicho movimiento popular, sin separarse jamás de él. Los movimientos sociales populares son la base y la fuerza de los movimientos políticos de liberación. Hoy día la represión y la guerra se dirige fundamentalmente contra los movimientos sociales populares, contra los movimientos sociales alternativos, contra los movimientos de base. El sistema no puede tan fácilmente aislar y destruir estos movimientos, sobretodo cuando son masivos y sig-

nificativos y cuando además tienen una adecuada expresión política. La inserción de los grupos *políticos* populares en los movimientos *sociales* populares, ha permitido a los grupos políticos encontrar una base social amplia y al pueblo pobre y oprimido aumentar en forma cuantitativa y cualitativa su fuerza. Se superan así los elitismos o vanguardismos estériles y destructivos y descubrimos la fuerza política, cultural y espiritual del pueblo en movimiento o movimiento popular. Esta ha sido la gran enseñanza política de la década de los 80 y lo que nos permite enfrentar con fuerza y optimismo la nueva década que comienza.

El sistema no puede tolerar que los cristianos hagan activa y consciente su *fe cristiana* al interior de los movimientos populares o que *la Iglesia* se reconstruya como Iglesia en el seno de estos movimientos sociales. Las CEB's y el modelo de Iglesia llamado Iglesia de los Pobres, que nace de las CEB's, es el espacio donde se descubre y se hace manifiesta la presencia y revelación privilegiada de Dios en el mundo de los pobres y en los movimientos populares. La *Teología de la Liberación* reflexiona en forma crítica y sistemática sobre esta presencia y revelación de Dios entre los pobres y oprimidos. Por esto mismo se desencadena una represión implacable contra las CEB's, contra la Iglesia de los Pobres, contra la Teología de la Liberación. Por eso en El Salvador se asesina primero a los dirigentes populares y luego a los seis jesuitas que hacían Teología de la Liberación al interior del movimiento popular. La Teología de la Liberación es la que mejor expresa y potencia la fuerza espiritual y religiosa del pueblo latino-americano, es la teología que está creando una visión espiri-

tual a partir de la realidad política y cultural del Tercer Mundo, es la teología que nos está permitiendo pensar el Cristianismo desde el reverso de la historia y contra la cristiandad neocolonial occidental. El aporte de la Teología de la Liberación, con todo su pluralismo cultural y ecuménico, a la liberación integral del Tercer Mundo, es otra de las grandes lecciones de esta década de los 80 y contra la cual ya reaccionan los poderes políticos y militares del mundo rico

la dimensión espiritual liberadora que se hace significativa en su seno. Son los militares salvadoreños los que impunemente asesinan a los seis jesuitas, pero ¿no son igualmente responsables todos aquellos que condenan la Teología de la Liberación y la satanizan calificándola de "marxista" y "comunista"? Es increíble como ciertos sectores jerárquicos de la Iglesia Católica han interiorizado en su conciencia el autoritarismo militar y la Doctrina de la Seguridad Nacio-

nen a la Verdad no tienen ningún derecho. No hay democracia para los "enemigos de la democracia". No hay Derecho Canónico, para los "enemigos del Derecho Canónico". La obediencia se exige, porque se tiene poder. Si el autoritarismo militar es terrible, este *autoritarismo eclesiástico* que hoy se impone en la Iglesia Católica restauradora es mucho peor. También es insoportable el autoritarismo ideológico de los fundamentalistas. El movimiento restaurador



(véase la Declaración de Santa Fe I y II).

Es muy preocupante en este contexto el *movimiento de restauración neo-conservadora* al interior de la Iglesia jerárquica católica y los *movimientos religiosos fundamentalistas* de origen protestante. Estos movimientos (restauración católica y fundamentalismo protestante) responden a la misma lógica represiva del sistema dominante contra los movimientos sociales populares, especialmente contra

nal. Así como los militares identifican la Nación con el Estado, estos obispos identifican el Pueblo de Dios con la Jerarquía; si para los militares no puede existir una oposición política, pues todos los opositores son enemigos, así también para muchos obispos todos los disidentes son herejes y enemigos de la Iglesia. Tanto para los militares como para ciertos obispos restauradores, no existen Derechos Humanos para aquellos que hacen una crítica a la Institución. La Institución es la Verdad y los que se opo-

neo-conservador identifica peligrosamente a la Iglesia con las corrientes autoritarias y dogmáticas de los centros de poder. La restauración católica y el fundamentalismo protestante están transformando las iglesias cristianas en iglesias del Poder, se están transformando otra vez en una gran Cristiandad Occidental Neocolonial, cuyo centro es Europa y cuya ausencia, olvido o desprecio, es la Iglesia que nace de la riqueza cultural y espiritual del Tercer Mundo. Como decía un teólogo: "La Iglesia ya

n ningún  
a para los  
". No hay  
"enemi-  
La obe-  
tiene po-  
tar es te-  
esiástico  
sía Cató-  
no peor.  
autorita-  
amenta-  
aurador



beligro-  
rientes  
os cen-  
n cató-  
testan-  
iglesias  
der, se  
en una  
l Neo-  
pá-y cu-  
o, es la  
a cultu-  
Mundo.  
lesia ya

no puede transformar el mundo, porque el mundo ya ha transformado a la Iglesia". En la década de los 90 tendremos que organizar una misión evangelizadora desde el Tercer Mundo hacia el mundo rico, perdido en el consumismo, el materialismo, las drogas y la idolatría.

Europa cambió en noviembre de 1989, pero algunos cambios que son quizás positivos para Europa, para las mayorías pobres del Tercer Mundo podrían significar un reforzamiento de los mecanismos de dominación. Cae el muro de Berlín, pero casi simultáneamente se bombardea a la población civil en El Salvador y se asesina a un equipo de seis sacerdotes jesuitas. Más aún: se busca utilizar los cambios en el mundo rico del norte, para deslegitimar las luchas populares en los pueblos del Tercer Mundo. Ciertamente hay un proceso de liberación positivo en las estructuras e ideologías rígidas de las sociedades socialistas de la Europa oriental, pero de ahí no se sigue la deslegitimación de los movimientos populares en el Tercer Mundo. Muchos proclaman triunfalísticamente la muerte del "comunismo", ocultando la fuerza de liberación que ha brotado de la raíz de los movimientos populares socialistas, y sobretodo se oculta la fuerza de los movimientos sociales populares del Tercer Mundo. En la medida que desaparece la contradicción ESTE-OESTE, crece la contradicción NORTE-SUR, entre los centros de poder ubicados en los países industrializados y las mayorías pobres del Tercer Mundo. La contradicción NORTE-SUR será la contradicción de la década de los 90.

En esta década de los 90 tendremos más que nunca que ser fieles a la defensa de la vida de los más pobres y oprimidos. Muy pronto el 80% de la humanidad vivirá en el Tercer Mundo y aquí la vida está seriamente amenazada. Defender la vida de los pobres del Tercer Mundo es el impe-

rativo de la humanidad, pero sobretodo el imperativo de la Iglesia del Tercer Mundo, y en forma muy especial de la Teología de la Liberación. Los bombardeos de las poblaciones pobres en El Salvador y el asesinato de los seis jesuitas es un hecho que podría extenderse muy rápidamente a todo el Tercer Mundo. Los poderosos están dispuestos a bombardear, si es necesario, a todos los pueblos pobres de la tierra y a asesinar a todos los pensadores y teólogos de la liberación. Si en el Tercer Mundo siguen fortaleciéndose los movimientos sociales populares, y las Comunidades Eclesiales de Base en su seno, entonces los poderosos tratarán de matarlos a todos. Ya se está matando a los pueblos del Tercer Mundo con el cobro inhumano de la deuda externa, con el militarismo, con el consumismo, con la producción obligada de drogas, con la barbarie cultural impuesta, con las sectas religiosas, etc... Pero si es necesario, podrían pasar a las bombas, al terrorismo y a las masacres; los poderosos no dudarán en hacerlo (como ya lo están haciendo en El Salvador, Guatemala, Panamá, Colombia, etc...). También la campaña contra la Teología de la Liberación y las CEB's, realizada por el movimiento de restauración neoconservador en la Iglesia católica, busca destruir el sujeto popular en la Iglesia y se hace cómplice de la misma lógica de muerte contra los pobres del Tercer Mundo. La década de los 90 será así la década de la defensa de la vida de las mayorías pobres del Tercer Mundo, tanto en la sociedad como en el seno de la Iglesia, con armas políticas y culturales, como con armas espirituales y teológicas.

El avance de las fuerzas populares en *Brasil*, también es un hecho que está cambiando el mundo. Quizás sea un hecho más significativo que los sucesos en los países de Europa del Este. El avance de las fuerzas populares en *Brasil* es un triunfo del pueblo como

sujeto de su propia historia. Es el triunfo de los movimientos sociales, el triunfo de los movimientos sindicales, de los movimientos campesinos indígenas, de los movimientos de mujeres y jóvenes, de los movimientos por una cultura y salud alternativa. Es el triunfo también, porque no lo olvidemos, de las Comunidades Eclesiales de Base y de la Teología de la Liberación, en cuanto éstas animan la marcha del pueblo hacia su liberación integral y total.

En todo este contexto debemos seguir siendo fieles a la defensa de la vida amenazada de los pobres; debemos seguir siendo fieles a la presencia y revelación de Dios entre los pobres del Tercer Mundo; debemos seguir siendo fieles y perseverantes a la Teología de la Liberación y a las Comunidades Eclesiales de Base. Mientras el pueblo lucha por la vida y la justicia, y mientras mantengamos nuestra fe y esperanza en el Dios de la vida, seguiremos haciendo Teología de la Liberación, le guste o no a los poderosos y a la restauración católica. El mundo ciertamente ha cambiado en los últimos meses, pero estos cambios no deben ocultar la realidad del Tercer Mundo. Cambian las estructuras de poder, tanto políticas como religiosas, pero para nosotros lo más importante es que el pueblo empieza a moverse. Las mayorías pobres del Tercer Mundo empiezan a despertar, empiezan a tener conciencia propia y a desarrollar una cultura y religión de liberación; crecen los movimientos populares sociales, hay una toma del poder desde la base. La sangre de los seis jesuitas mártires de El Salvador, y todas las sangres anónimas del pueblo, se transformarán en Resurrección, Reino de Dios, en Tierra y Ciudad nuevos, en Ciudad Nueva, en Herederos y Mujeres nuevos aquí y ahora en el Tercer Mundo.

# DOCUMENTOS

## PRIMER ENCUENTRO NACIONAL CEM-CIRM (6 - 9 noviembre 1989)

(Los días 6 a 9 de noviembre del año pasado tuvo lugar un primer Encuentro Nacional entre la Conferencia Episcopal y la Conferencia de Superiores mayores de religiosos de México. Publicamos dos documentos en el que ambas Conferencias expresan sus deseos hacia el futuro. Y publicamos también un análisis del P. Camilo Maccise en torno a ambos documentos).

### ASPIRACIONES DE LOS OBISPOS MANIFESTADAS EN EL ENCUENTRO CEM-CIRM

1. Reconocemos y apreciamos el carisma religioso como un don del Espíritu Santo a su Iglesia.

2. Pedimos que los Religiosos reconozcan efectiva y afectivamente al Obispo como un verdadero y auténtico Pastor de la Iglesia particular: maestro de la fe, sacerdote del culto, y ministro de gobierno.

3. Deseamos y procuraremos un diálogo más frecuente y efectivo:

- a) A nivel de trabajo pastoral
- b) A nivel de relaciones interpersonales:
  - Entre Obispos y Superiores Mayores.
  - Entre Religiosos y Clero Diocesano.
  - Entre Clero Diocesano y Religiosas.

4. Pedimos y propiciaremos una mayor inserción de los Religiosos (as) en la vida pastoral diocesana:

- a) en las estructuras pastorales: curia, decanatos, consejo de pastoral, consejo presbiteral, etc.
- b) en las áreas más necesitadas del Pueblo de Dios, según su propio carisma.

5. Pedimos que entre los seminarios diocesanos y los centros de formación de Religiosos y Religiosas por los conductos convenientes, se establezca un mayor intercambio y conocimiento mutuo de los planes de estudio, del personal docente y recursos pedagógicos, para

lograr una formación más homogénea y sólida de acuerdo al Magisterio de la Iglesia.

6. Nos proponemos un trabajo en común en sectores convergentes de la pastoral como son: la pastoral juvenil, vocacional y educativa.

7. Igualmente reconocemos y apreciamos el valor que tiene la vida contemplativa en nuestras Iglesias particulares, asegurándole nuestro apoyo y promoviendo su crecimiento, pues reconocemos la importancia de su oración y testimonio, para el sostenimiento de la vida espiritual y pastoral de la diócesis.

8. Estamos dispuestos a establecer relaciones más cordiales y humanas con Religiosos y Religiosas y brindarles nuestro apoyo espiritual y económico según el trabajo que realicen en la diócesis; por tanto, esperamos que las relaciones Obispos-Religiosos se incrementen y consoliden donde son positivas, se disciernen donde son conflictivas, se restablezcan donde se han roto y se inicien donde no existen.

9. Conforme al Evangelio y a las disposiciones generales de la Iglesia, recomendamos a los Institutos Religiosos, cuyo ministerio genera bienes económicos, que los compartan con los necesitados de la Iglesia particular o allí donde son más patentes las necesidades, tomando en cuenta el parecer del Obispo (cfr. CIC c. 640).

10. Pedimos que se realicen cursos de formación permanente para sacerdotes diocesanos y religiosos, y para religiosas, con la aprobación del Obispo, de modo que se logre una integración doctrinal que favorezca la pastoral de conjunto en la diócesis.

11. Para el florecimiento de la vida consagrada en la Iglesia particular se debe tener muy en cuenta la función del Vicario de Vida Consagrada. A él toca de modo especial promover la renovación e inserción de los Religiosos en la diócesis, la relación de las Comunidades entre sí y la de éstas con el Obispo y su presbiterio, especialmente con los Párrocos.

12. Pedimos insistentemente a los Superiores Mayores que antes de hacer el cambio de personal en sus Comunidades Locales, tomen en cuenta al Obispo Diocesano para proveer así al bien de la Iglesia particular y de su propio Instituto.

### ASPIRACIONES DE LOS RELIGIOSOS MANIFESTADAS EN EL ENCUENTRO CEM-CIRM

1. Aspiramos a que el amor al Señor, a su Iglesia y a nuestro pueblo, sea el punto de referencia de nuestro discernimiento en vistas a la Nueva Evangelización.

2. A que todos vivamos como Iglesia de suerte que el testimonio de Obispos y Religiosos en

la unidad del amor y en la aceptación madura y gozosa de la diversidad sea un medio eficaz de esa Evangelización Nueva que todos buscamos.

3. A que el estudio y la captación de la realidad mexicana, vista desde el Proyecto de Dios, sea una preocupación constante que oriente cualquier plan, evaluación y decisión que asuma en la Diócesis.

4. A que juntos, Obispos y Religiosos (as), asumamos con renovado entusiasmo la opción preferencial por los pobres con un corazón y estilo de vida pobres.

5. A que el carisma jerárquico y las energías derivadas del Carisma Fundacional sean dos fuerzas que se sumen en esta Evangelización Nueva, y que para ello, Obispos y Superiores (as) Mayores, profundicemos en el contenido del carisma y en el sentido evangélico de la Autoridad.

6. A que desde nuestra fe, en Jesucristo y nuestro amor al Pueblo de Dios y a nuestra Patria, establezcamos un diálogo fraterno y adulto en donde nuestras coincidencias y diferencias sean primeramente conocidas y comprendidas y luego discernidas en corresponsable búsqueda de la Voluntad de Dios.

7. A que desde los Programas de Estudio en los Seminarios y Centros de Formación de Religiosos, se promueva el conocimiento de la Teología de la Vida religiosa, de la Iglesia Particular y de la Misionología.

8. A que juntos, Obispo y Religiosos(as) asumamos con renovado entusiasmo la opción preferencial por los jóvenes, con un corazón joven y haciendo énfasis particular en la pastoral de la familia y de las vocaciones.

9. A acrecentar nuestra inserción en la Iglesia Particular y a participar activa y responsablemente desde el Carisma propio, junto con los Obispos, los Sacerdotes y los Laicos en la elaboración y ejecución de los Planes Diocesanos en una perspectiva de Pastoral Orgánica.

10. A que la Pastoral Educativa que realizan los (as) Religiosos (as) en la Escuela y a que la Pastoral de la Salud que desarrollan en hospitales, orfanatos y Asilos de Ancianos, sean valoradas dentro de un Plan de Pastoral orgánico.

11. A que se reconozca a la mujer y en particular a la Religiosa, como miembro importante y activo del pueblo de Dios, valorando la contribución creativa que pueda dar desde su ser femenino y como mujer consagrada. (Puebla 848).

12. A que nuestros Pastores se interesen aún más en promover la Pastoral Vocacional de

todas la  
lidad de

13. A q  
de la Re  
una vid

14. A q  
impulsa  
giosos  
evalua  
das en

PRIMI  
NACI  
BALA

En su r  
cumplie  
nes del  
cesita s  
los mien  
acción d  
continua

En esta l  
pre pres  
diversida  
para com  
son neces  
mados a  
mutua ay  
que no  
mismo Sa  
el mismo  
Espíritu  
según qu

El Puebl  
vive, com  
problema  
este mom  
ta los des  
este cont  
periores  
decidiero  
encuentro  
imiento d  
de la CEM  
1989). Est  
historia e  
y superior  
dad, libert  
aspiracion  
tural y ecl  
de promov  
estima, res  
legítimas  
idad sien  
dos los qu  
tanto los P

Una síntes  
gió en for  
Obispos  
CEM-CIR  
aparece, er  
tuación act  
giosos en M  
líneas ope  
integración  
rárquico y  
religiosa fre  
gelización.

todas las Congregaciones y en impulsar la calidad de sus Programas Formativos.

13. A que se retribuya con justicia el trabajo de la Religiosa, de tal manera que pueda llevar una vida digna en sus necesidades básicas.

14. A que la Comisión CEM-CIRM continúe impulsando el diálogo entre Obispos y Religiosos y a que busque los mecanismos para evaluar periódicamente las aspiraciones surgidas en este Encuentro.

## PRIMER ENCUENTRO NACIONAL CEM-CIRM. BALANCE Y PROYECCION

Camilo Maccise

En su realidad humano-divina la Iglesia va cumpliendo su misión «entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios<sup>1</sup>». Necesita siempre reformarse «en la cabeza y en los miembros<sup>2</sup>». Experimenta la presencia y la acción del Espíritu que la acompaña y la llama continuamente a la conversión.

En esta Iglesia, Cuerpo de Cristo, están siempre presentes las tensiones que produce la diversidad de carismas que el Señor otorga para común utilidad (1 Cor 12,7). Todos ellos son necesarios y complementarios. Están llamados a construir la unidad a través de la mutua ayuda y complementación. Una unidad que no es uniformidad sino que surge del mismo Señor, la misma fe, el mismo bautismo, el mismo Dios (Ef 4,4-6), el único e idéntico Espíritu que distribuye sus dones a cada uno según quiere (1 Cor 12,11).

El Pueblo de Dios que peregrina en México vive, como porción de la Iglesia universal, los problemas que la afectan en todo el mundo en este momento de su historia en los que enfrenta los desafíos de la nueva evangelización. En este contexto histórico-eclesial, obispos y superiores mayores de los Institutos religiosos decidieron, con espíritu evangélico, tener un encuentro de acercamiento, diálogo y discernimiento durante la XLV Asamblea General de la CEM (Durango, 5-10 de noviembre de 1989). Este evento «único en cinco siglos de historia en México» hizo posible que obispos y superiores mayores expresaran con sinceridad, libertad y confianza sus preocupaciones y aspiraciones en nuestra coyuntura socio-cultural y eclesial. Esto se hizo con la intención de promover en la Iglesia de México «la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los Pastores como los demás fieles<sup>3</sup>».

Una síntesis final, hecha por separado, recogió en forma clara las **Aspiraciones de los Obispos manifestadas en el Encuentro CEM-CIRM** y las de los **Religiosos**. En ellas aparece, entre líneas, un diagnóstico de la situación actual de las relaciones obispos-religiosos en México. También se señalan algunas líneas operativas que pueden ayudar a una integración cada vez mayor del ministerio jerárquico y del servicio del carisma de la vida religiosa frente a los desafíos de la nueva evangelización.

Nuestro trabajo pretende ser un **análisis de las Aspiraciones** expresadas por los obispos y por los religiosos al final del encuentro. Lo dividimos, por tanto, en **dos partes**. En la primera nos centraremos en el punto de vista episcopal; en la segunda, en el de los superiores mayores.

## ASPIRACIONES DE LOS OBISPOS

Los obispos de México resumen en doce puntos sus principales aspiraciones en el campo de las relaciones con los religiosos. Lo hacen, como es normal, desde la perspectiva de su función dentro de la Iglesia. En ella son fundamentales los ministerios de enseñar, santificar y regir el Pueblo de Dios<sup>4</sup>.

Un análisis de las **aspiraciones de los obispos** nos permite conocer sus **preocupaciones centrales**. Detrás de ellas están experiencias concretas y la inquietud por la disciplina, la recta doctrina y la cohesión eclesial. Por otro lado, esas **aspiraciones** señalan opciones y líneas de acción para superar las fallas y mejorar los logros y avances propiciados por el Vaticano II, Medellín y Puebla.

### Preocupaciones centrales en las aspiraciones de los obispos

Un examen de las aspiraciones -aun sin hacer una lectura estructuralista de las mismas en el sentido técnico de la palabra-, descubre que los obispos están especialmente preocupados por:

#### 1. un reconocimiento práctico de su ministerio magisterial y directivo como Pastores:

- Los religiosos reconozcan efectivamente al obispo como verdadero y auténtico Pastor de la Iglesia particular: maestro de la fe, sacerdote del culto y ministro de gobierno (n. 2).
- Tener en cuenta la función del Vicario de Vida Consagrada en la diócesis (n. 11).
- Tener en cuenta al obispo antes de hacer cambios de pastoral en comunidades religiosas (n. 12).
- Tomar en cuenta el parecer del obispo al compartir bienes materiales (n. 9).
- Los recursos de formación permanente para sacerdotes diocesanos y religiosos, y para religiosas deben contar con la aprobación del obispo (n. 10).

#### 2. La recta doctrina y la homogeneidad formativa:

- Mayor intercambio y conocimiento de planes de estudio, personal docente y recursos pedagógicos de Seminarios diocesanos y Centros de Formación de religiosos y religiosas para «lograr una formación más homogénea y sólida de acuerdo al Magisterio de la Iglesia» (n. 5).
- Realizar cursos de formación permanente para sacerdotes diocesanos y religiosos y religiosas «de modo que se logre una integración doctrinal» (n. 10).

#### 3. Mejorar en el plano de las relaciones pastorales con los religiosos/as

- Se desea y se procurará un diálogo más frecuente y efectivo con los religiosos a nivel de trabajo pastoral (n. 3).
- Propuesta de un trabajo en común con los religiosos en sectores convergentes de la pastoral juvenil, vocacional, educativa... (n. 6).
- La integración doctrinal para favorecer la pastoral de conjunto en la diócesis (n. 10).
- Tener en cuenta al obispo para cambios de personal de las comunidades religiosas (n. 12).
- Reconocimiento del carisma de la vida religiosa en la Iglesia (n. 1).
- Reconocimiento del servicio pastoral de la oración y el testimonio de las comunidades de vida contemplativa (n. 7).
- Apoyo espiritual y económico a religiosos y religiosas que trabajen en la pastoral de la diócesis (n. 8).
- Se pide y se favorecerá una mayor inserción de los religiosos/as en la vida pastoral diocesana: en estructuras pastorales y en las áreas más necesitadas respetando el carisma (n. 4).

#### 4. Mejorar en el plano de las relaciones personales con los religiosos/as

- Reconocimiento y aprecio del carisma de la VR como don del Espíritu a la Iglesia (n. 1).
- Deseo y compromiso con un diálogo más frecuente y efectivo a nivel de relaciones interpersonales (n. 3).
- Petición de ser reconocidos **afectivamente** y efectivamente como Pastores de la Iglesia particular (n. 2).
- Aprecio y reconocimiento del valor de la vida contemplativa (n. 7).
- Esperanza de que las relaciones obispos religiosos, según los casos, se incrementen y consoliden; se disciernen (si hay conflictos); se restablezcan o se inicien (n. 8).
- El Vicario de Vida Consagrada debe favorecer los diversos niveles de relaciones interpersonales (n. 11).
- Disposición para establecer relaciones más cordiales y humanas con religiosos y religiosas y para brindarles apoyo espiritual y económico según el trabajo que realicen en la diócesis (n. 8).

### Principales líneas de acción en las aspiraciones de los obispos

Las conclusiones operativas que manifiestan las aspiraciones de los obispos son las siguientes:

**Diálogo más frecuente y efectivo** (nn. 3,8,11,12).

**Mayor inserción de los religiosos/as en la vida pastoral diocesana:** estructuras pastorales, áreas más necesitadas, sectores convergentes de la pastoral, según su propio carisma (nn. 3,4,6,7).

Formación inicial y permanente homogénea y sólida, de acuerdo al Magisterio de la Iglesia, para sacerdotes diocesanos y para religiosos/as que permita lograr una integración doctrinal y pastoral (nn. 5,10).

## ASPIRACIONES DE LOS RELIGIOSOS

Los superiores mayores, por su parte, expresaron sus principales aspiraciones en el campo de las relaciones con los obispos en una síntesis de catorce puntos. Su perspectiva es la de quienes han recibido un carisma que, «aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible a su vida y santidad». Este carisma lleva a acentuar la dimensión profética de la vida cristiana y a vivir en forma más cercana y solidaria «los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres... sobre todo de los pobres».

Al igual que en el caso de los obispos, un análisis de las aspiraciones de los religiosos descubre sus preocupaciones centrales. Ellos también proponen algunas líneas de acción para mejorar y profundizar las relaciones con los obispos.

### Preocupaciones centrales en las aspiraciones de los religiosos

Una lectura atenta de las aspiraciones manifestadas por los religiosos/as en el Encuentro CEM-CIRM de Durango, los presenta especialmente preocupados por:

#### 1. Tener como punto de partida del trabajo evangelizador y de las mutuas relaciones la realidad vista desde la fe:

- Que el estudio y la captación de la realidad mexicana, vista desde el Proyecto de Dios, sea una preocupación constante que oriente cualquier plan, evaluación y decisión que se asuma en la diócesis (n. 3).
- Que desde la fe en Jesucristo y nuestro amor al Pueblo de Dios y a nuestra patria se establezcan el diálogo y el discernimiento de la voluntad de Dios entre obispos y religiosos (n. 6).

#### 2. El reconocimiento y la valoración del carisma de la V.R. y de sus actividades pastorales, en especial de la V.R. femenina:

- Aceptación madura y gozosa de la diversidad de carismas episcopal y de V.R. (n. 2).
- Que el carisma jerárquico y el carisma fundacional de los Institutos religiosos se pongan al servicio de la nueva evangelización (n. 5).
- Que se promueva el conocimiento de la Teología de la V.R. desde los programas de estudio en los Seminarios y en los Centros de Formación de religiosos (n. 7).
- Que la pastoral educativa en la Escuela y la de la Salud en Hospitales, Orfanatos y Asilos de ancianos que realizan religiosos/as sean valoradas dentro de un plan de pastoral orgánica (n. 10).
- Que se reconozca a la mujer y, en particular, a la religiosa, como miembro importante y activo del Pueblo de Dios, valorando su

contribución creativa desde su ser femenino y como mujer consagrada (n. 11).

- Que se retribuya con justicia el trabajo de la religiosa (n. 13).

#### 3. Un nuevo estilo de relaciones obispos-religiosos:

- Que todos vivamos como Iglesia de suerte que el testimonio de obispos y religiosos en la unidad del amor y en la aceptación madura y gozosa de la diversidad sea un medio eficaz de la evangelización nueva que todos buscamos (n. 2).
- Que el carisma jerárquico y las energías derivadas del carisma fundacional sean dos fuerzas para la nueva evangelización y que para ello obispos y religiosos/as profundicemos en el contenido del carisma y en el sentido evangélico de la autoridad (n. 5).
- Que desde nuestra fe en Jesucristo y nuestro amor al Pueblo de Dios y nuestra Patria, establezcamos un diálogo fraterno y adulto en donde nuestras coincidencias y diferencias sean primeramente conocidas y comprendidas, y luego discernidas en responsable búsqueda de la voluntad de Dios (n. 6).
- Participar activamente como religiosos desde el carisma propio en la elaboración y ejecución de los planes diocesanos en una perspectiva de pastoral orgánica (n. 9).
- Que se retribuya con justicia el trabajo de la religiosa de tal manera que pueda llevar una vida digna en sus necesidades básicas (n. 13).
- Que la Comisión CEM-CIRM continúe impulsando el diálogo obispos-religiosos y busque mecanismos de evaluación periódica (n. 14).

#### 4. Algunas prioridades en el trabajo evangelizador:

- Asumir con renovado entusiasmo la opción preferencial por los pobres con un corazón y un estilo de vida pobres (n. 4).
- Asumir con renovado entusiasmo la opción preferencial por los jóvenes, con un corazón joven y haciendo énfasis particular en la pastoral de la familia y de las vocaciones (n. 8).
- Participar activa y responsablemente desde el carisma propio en el trabajo evangelizador de la Iglesia particular (n. 9).
- Partir en la evangelización de la captación y el estudio de la realidad mexicana vista desde el Proyecto de Dios (n. 3).
- Ofrecer con los obispos el testimonio evangelizador de la unidad en el amor y en la aceptación madura y gozosa de la diversidad (n. 2).
- Comprometerse con las exigencias de la nueva evangelización desde el amor al Señor, a la Iglesia y a nuestro pueblo (n. 1).
- Tomar en cuenta, desde la formación, el estudio de la teología de la V.R., de la Iglesia Particular y de la Misionología (n. 7).

## B. Principales líneas de acción en las aspiraciones de los religiosos

Del mismo modo que los obispos en sus aspiraciones, los religiosos presentan algunas líneas de acción para ir haciendo realidad los deseos que afloraron en el Encuentro CEM-CIRM. Son las siguientes:

1. Diálogo fraterno y adulto para vivir una unidad en la diversidad (nn. 6,14).

2. Mayor inserción de los religiosos/as en la Iglesia Particular para participar desde el propio carisma, junto con los obispos, sacerdotes y laicos en la elaboración y ejecución de los Planes Diocesanos en una perspectiva de Pastoral Orgánica (n. 9).

3. El estudio y la captación de la realidad mexicana vista desde la fe como punto de partida de la nueva evangelización (n. 3).

4. Asumir con renovado entusiasmo la opción preferencial por los pobres con un corazón y estilo de vida pobres, y la opción por los jóvenes (nn. 4,8).

5. Una formación teológica y pastoral actualizadas para todos (nn. 7,12).

## CONCLUSION

El balance del Primer Encuentro CEM-CIRM ha significado, así lo creemos, un primer paso en un camino de Iglesia que el Espíritu nos está pidiendo recorrer frente a los desafíos de la nueva evangelización. Ha sido una toma de conciencia dialogada de lo positivo y de lo negativo en las relaciones obispos-religiosos. Continuar ese diálogo y evaluarlo periódicamente es la clave para seguir avanzando en «la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo las legítimas diversidades».

Que el Señor que comenzó en nosotros la obra buena la lleve a cabo hasta el día de Cristo Jesús (Flp 1,6) de suerte que «el testimonio de obispos y religiosos en la unidad del amor y en la aceptación madura de la diversidad sea un medio eficaz de esa Evangelización Nueva que todos buscamos».

## NOTAS

1. LG, 8.
2. Expresión repetida desde la Edad Media. En eso insistieron los Concilios, como el de Constanza (1417).
3. Revista DIC XVII, núm. 47 (23 noviembre de 1989) Nota de la Redacción, p. 879.
4. GS, 92.
5. Cf. LG, 24-27.
6. Ib. 44.
7. GS, 1.
8. Ib. 92.
9. Aspiraciones de los religiosos manifestadas en el Encuentro CEM-CIRM, n. 2. ☐

Juan A. Iglesia a dades de nes Sígue

En este li de las def carqué es hace ver c dando en una gran c definición cionadas i las circuns

De la misn los títulos aplicó el m dad de Cri pulos), así eclesiológi mo se com

Estrada ne estudiar de rico-dogma bilidades d reflexión si tico el inter de los títu teológicas c mos años a

En el estud cuatro tem cuales. Est mente lo m Iglesia. El t Ministerio « intenta reco del camino s a la hora de dera que es cial para la n

En toda reB tenga fiel a hay que tene misterio de l rrolla los títu primero de l se titula «El mer capítulo está bajo el Dicho lo ante éstos son los ción Lumen dos por la ecl fiel a la eclesi

En «Del Mis Dios», Estrac que la eclesio eclesiología d puede hablar aterrizan en la pero tampoco sin encuadrar que le da su s raíces. Estos p

# LIBROS

Juan Antonio Estrada, *Del Misterio de la Iglesia al Pueblo de Dios. Sobre las ambigüedades de una eclesiología misteriosa*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1988, 255 pp.

En este libro el autor se plantea el problema de las definiciones eclesiológicas para clarificar qué es la Iglesia. Desde la introducción nos hace ver que la identidad de la Iglesia se va dando en la historia y que ésta, se refleja en una gran cantidad de títulos, imágenes y auto-definiciones eclesiológicas que están condicionadas inevitablemente por el momento y las circunstancias históricas.

De la misma forma que la cristología estudia los títulos cristológicos, sean o no los que se aplicó el mismo Jesús, para analizar la identidad de Cristo (para él mismo y para sus discípulos), así también el estudio de los títulos eclesiológicos es fundamental para captar cómo se comprende a sí misma la Iglesia.

Estrada nos dice que estos títulos se pueden estudiar desde una perspectiva bíblica, histórico-dogmática y sistemática. De las tres posibilidades de estudio, el autor opta por una reflexión sistemática. En este estudio sistemático él intenta clarificar el contenido teológico de los títulos atendiendo a las orientaciones teológicas que se han desarrollado en los últimos años a partir del Concilio Vaticano II.

En el estudio realizado en este libro se tocan cuatro temas fundamentales, a partir de los cuales, Estrada quiere clarificar suficientemente lo más esencial de la definición de la Iglesia. El título que ha dado a esta obra, «Del Misterio de la Iglesia al Pueblo de Dios», intenta recoger las implicaciones esenciales del camino seguido en el Concilio Vaticano II a la hora de definir a la Iglesia, ya que considera que ese «camino» es constitutivo y esencial para la reflexión eclesiológica actual.

En toda reflexión sobre la Iglesia que se mantenga fiel al espíritu del Concilio Vaticano II, hay que tener en cuenta que éste, parte del misterio de la Iglesia y, a partir de ahí, desarrolla los títulos eclesiológicos. Así, el capítulo primero de la Constitución *Lumen Gentium* se titula «El misterio de la Iglesia»; este primer capítulo se completa con el segundo que está bajo el título de «El pueblo de Dios». Dicho lo anterior, para Estrada está claro que éstos son los ejes privilegiados de la constitución *Lumen Gentium* que deben ser respetados por la eclesiología cuando ésta quiere ser fiel a la eclesiología del Vaticano II.

En «Del Misterio de la Iglesia al Pueblo de Dios», Estrada quiere dejar bien establecido que la eclesiología misteriosa se engloba en la eclesiología del pueblo de Dios. Para él, no se puede hablar de la eclesiología misteriosa sin aterrizar en la eclesiología del Pueblo de Dios; pero tampoco se puede desarrollar la segunda sin encuadrarla en la eclesiología misteriosa que le da su significado y en la que tiene sus raíces. Estos presupuestos le llevan a denun-

ciar con valentía las unilateralidades que se han dado sobre la reflexión eclesiológica después del Concilio. La primera visión unilateral ha llevado a una teología del Pueblo de Dios de índole esencialmente sociológica, donde se ha olvidado la complejidad y la pluridimensionalidad del misterio de dicho pueblo. La segunda visión unilateral -de cuño reciente- tiende a hablar del misterio de la Iglesia de forma abstracta y aislacionista; dicho en otras palabras, no desarrolla la perspectiva del pueblo de Dios. Por lo tanto, una eclesiología centrada en el capítulo primero de la *Lumen Gentium* que no se complementa con la teología del capítulo segundo, no puede pretender ser fiel a la eclesiología del Vaticano II. Una eclesiología que se quede a nivel del capítulo primero de la constitución conciliar sobre la Iglesia conduce fácilmente a una teología espiritualista, intimista y propensa al individualismo.

Desde la perspectiva eclesiológica del Vaticano II, tampoco es admisible la pretensión de hablar de la Iglesia-misterio, como si éste fuera un título más que se puede poner en la línea de los otros. En realidad, nos dice Estrada, el misterio de la Iglesia nos habla de la riqueza y pluridimensionalidad de la realidad eclesial y, en este sentido, es mucho más que un título. La Iglesia-misterio, nos indica, a priori, cuál es el enfoque desde el que hay que canalizar toda la reflexión eclesiológica.

En toda reflexión sobre la Iglesia hay que mantener la síntesis conciliar, y la tensión que le es inherente y asimilable con todas sus implicaciones intra y extraeclesiales lo que significa para la eclesiología partir del misterio eclesial y privilegiar el título de pueblo de Dios. Esto es lo que ha hecho el Vaticano II y en esta órbita se mueve la reflexión de Estrada en este interesante libro.

El capítulo primero está dedicado a exponer «El misterio de la Iglesia». En este capítulo intenta clarificar Estrada qué es lo que entendemos por misterio de la Iglesia, qué significado tiene en la tradición de la Iglesia antigua y cuáles son las razones que han llevado a su desarrollo en el Vaticano II. Intenta mostrar cómo la terminología de «misterio» aplicada a la Iglesia es ambigua y cómo tiene que ser desarrollada a partir de unas categorías adecuadas que tengan en cuenta la relación entre lo natural y lo sobrenatural, lo sagrado y lo profano, lo humano y lo divino sin caer en dualismos y contraposiciones excluyentes. En este capítulo, Estrada no se cansa de denunciar que «hoy existe de nuevo el peligro de una vuelta a lo sagrado y a lo misterioso». Esta vuelta a lo sagrado y a lo misterioso lleva consigo la revitalización de los viejos proyectos de régimen de cristiandad y de Iglesias aisladas, que tienden al ghetto social. Detrás de la teología del misterio -nos dice Estrada- se esconden a veces claros proyectos restauracionistas que intentan revitalizar posturas teológicas que parecían desfasadas y concepciones eclesiológicas muy difundidas en el tiempo ante-

rior al Vaticano II, que hoy se presentan con nuevos adornos y ornamentaciones modernas. Por eso -nos dice Estrada- es muy importante reflexionar sobre el misterio de la Iglesia a la luz de la tradición y de la historia, y clarificar la pluridimensionalidad y complejidad eclesial. Eclesiológicamente sería suicida ignorar este tema -sobre todo entre nosotros- tanto por su importancia teológica como por la posibilidad de manipulaciones a la que se presta en virtud de la ambigüedad del concepto mismo de misterio. Incluso, reconoce el autor, los grupos más abiertos y comprometidos de la teología posconciliar tendrían que desarrollar la eclesiología de misterio en lugar de abandonarla y dejarla en manos de los más integristas y conservadores.

Además de lo ya dicho, en este capítulo primero Estrada intenta clarificar brevemente el desarrollo histórico y teológico del tema en la historia para, desde ahí, impugnar tanto el «naturalismo o sociologismo eclesiológico» como las tendencias docetas y supranaturalistas que tan frecuentes son hoy en algunas teologías y grupos eclesiales. Esta problemática eclesiológica, que abarca la realidad humana y divina de la Iglesia, intenta concretarla Estrada abordando un problema importante de la reflexión teológica: el del pecado en y de la Iglesia. El tema de la Iglesia pecadora tiene sus raíces en la tradición más antigua, y su omisión o desarrollo tiene abundantes implicaciones eclesiológicas que hay que esclarecer. En realidad el tema aquí reflexionado tiene abundantes consecuencias pastorales, e incluso de teología moral, que ayudan a encuadrar el concepto mismo del pecado más allá de una visión consista y puntual.

Estrada deja bien establecido en la Introducción que este capítulo primero es determinante en el desarrollo de los subsiguientes. La reflexión sobre el misterio de la Iglesia plantea eclesiológicamente el tema central de lo humano y de lo divino, de la relación entre el hombre y Dios en el plan salvífico y de la función de la gracia en relación con la naturaleza.

En los restantes capítulos Estrada se centra en algunos de los títulos eclesiológicos que están recogidos en el Concilio Vaticano II y a los que tanto éste como la teología actual concede importancia: la Iglesia como sacramento de salvación (capítulo 2), como cuerpo de Cristo (capítulo 3) y como pueblo de Dios (capítulo 4).

El título de «sacramento de salvación» aplicado a la Iglesia es una innovación del Vaticano II. Para Estrada este título plantea problemas tanto teológicos como pastorales, ya que está en estrecha relación con la teología de los sacramentos con los que tiene una gran interacción. Conocedor de la problemática subyacente al título «sacramento de salvación», Estrada intenta sacar algunas implicaciones, tanto teológico-dogmáticas como pastorales, para desarrollar la misión de la Iglesia y sus

estructuras sacramentales y esbozar una teología de la Iglesia como comunidad sacramental y participativa. La reflexión aquí desarrollada, lleva al autor a abordar algunos problemas particulares de los sacramentos que afectan a la eclesiología, como el del consumismo sacramental y el de la eficacia de los sacramentos, que son relacionales: don de Dios y respuesta del hombre y de la misma Iglesia. En este capítulo segundo eclesiología, teología sacramental, teología pastoral y espiritualidad convergen en una reflexión teológica a través de la cual, el autor intenta proponer algunas líneas de acción y algunos criterios de discernimiento.

Esta teología de la Iglesia como sacramento encuentra su complemento y su mayor concreción al analizar el título de la Iglesia como «Cuerpo de Cristo» en el capítulo 3. Este título tiene un gran arraigo en la tradición bíblica y dogmática. Además, ésta ha sido la definición eclesial en la que se ha concentrado la renovación eclesiológica anterior al Vaticano II. La gran incidencia de la eclesiología del «Cuerpo de Cristo» está en la estrecha correlación que establece entre la cristología y la pneumatología como el punto de partida para enfocar a la Iglesia. Esto lleva a un redescubrimiento, nos dice Estrada, del elemento profético y carismático de toda la Iglesia junto al elemento apostólico-ministerial tan desarrollado por la teología católica, y a una aproximación al misterio de la Iglesia desde la idea de comunidad más bien que desde el concepto de institución.

En este capítulo, uno de los aportes más ricos a la eclesiología postconciliar lo da Estrada cuando dice: «La eclesiología del cuerpo de Cristo permite establecer una correlación entre la jesulogía y la comunidad eclesial a través de la pneumatología y de la cristología». Aquí el autor resalta la importancia de la teología del seguimiento de Cristo. Esta teología del seguimiento de Cristo opera aquí como teología de los carismas que posibilitan una cristologización de la comunidad y una toma de conciencia de la presencia de Cristo resucitado en medio de su comunidad. Desde esta

reflexión centrada en el seguimiento de Cristo, Estrada nos hace ver la continuidad entre Jesús-Cristo resucitado-comunidad de discípulos, superando así la tendencia a una identificación o a un continuismo que ve en la Iglesia una prolongación del mismo Cristo o una concepción de la autoridad que establece una identificación sin más entre Cristo y la jerarquía al margen de la pneumatología y de la comunidad eclesial. Es un hecho -no sólo afirmado por Estrada, sino por muchos otros-, que la teología católica del segundo milenio, muy especialmente desde la contrarreforma, ha tendido a desarrollar la cristología en forma jurídica e institucional (la autoridad como vicaria o representante de Cristo), con la que fácilmente se aislaba a ésta de su contexto eclesial y comunitario. Además el cristonismo no sólo ha llevado a una subordinación de la pneumatología, sino incluso a su desplazamiento en favor de la misma autoridad jerárquica en cuanto garante de la unidad eclesial y continuidad entre Cristo y la Iglesia.

El redescubrimiento de la teología del primer milenio, muy especialmente de la Iglesia antigua, permite superar esta visión estrecha del «Cuerpo de Cristo», que fácilmente desemboca en una eclesiología societaria y jerarquizante, para enlazar con el Espíritu como el garante y legitimador de esta visión de la Iglesia. Este capítulo me ha parecido de una riqueza notable. Su lectura puede enriquecer la reflexión eclesiológica que se hace desde América Latina.

Por último, en capítulo 4, Estrada aborda la definición de la Iglesia como «Pueblo de Dios», que es la que ocupa el puesto de honor entre las definiciones conciliares y la que ha tenido una mayor repercusión en el postconcilio. Es una definición, nos dice Estrada, en la que el Concilio Vaticano II, de forma consciente y premeditada, hace una opción eclesiológica que marca a toda la eclesiología de la constitución *Lumen Gentium*. El concepto tiene una amplia base vetero y neotestamentaria, ya que con distintas metáforas, imágenes, alusiones directas e indirectas, establece la continuidad entre el viejo y el nuevo Israel.

subrayando así la continuidad histórico-salvífica y la alianza entre Dios y los hombres, estableciendo al mismo tiempo los contrastes, aporías y discontinuidades que marcan la relación entre la Iglesia e Israel, debidos a la irrupción de Cristo en esa historia de la salvación.

Desde la práctica histórica de Jesús se establece al pueblo de Dios como una comunidad fraterna en la que la igualdad y la dignidad común son el punto de partida anterior a toda diferenciación carismática o ministerial.

Es el Espíritu de Jesús-Cristo el que constituye a la comunidad de discípulos como un pueblo, es el que los va inspirando y dando una identidad respecto de Israel, es el que guía sus opciones en favor de los gentiles, de los pobres y de los pecadores.

En la literatura neotestamentaria podemos constatar cómo la Iglesia llegó a distinguirse de Israel. Esa distinción es tanto un don como un imperativo y una exigencia constante para la Iglesia. Asimismo, de la eclesiología del pueblo de Dios surge una auténtica eclesiología universal que sabe integrar y asumir los particularismos y colectividades en una comunión universal, sin negarlas ni imponer un particularismo determinado como rasgo uniformante que se impone a toda la Iglesia universal. De ahí que la unidad desde la pluralidad se convierta en la gran tarea eclesiológica de una teología que quiera ser respetuosa con el principio de la inculturación y con el universalismo salvífico y religioso de la Iglesia, que quiere superar los particularismos nacionalistas del viejo Israel.

Este recorrido por las páginas del libro aquí reseñado, quiere ser una invitación a su lectura. Pienso que libros como éste, no sólo enriquecen a quien los lee, sino también pueden alimentar una discusión seria en torno a la problemática actual de la Iglesia.

(Gonzalo Balderas Vega). +



Ignacio Martín Baró con su madre y su padre.

Orico-salví-  
hombres,  
contrastes,  
rcan la re-  
bidos a la  
de la salva-

se estable-  
comunidad  
a dignidad  
rior a toda  
erial.

e constitu-  
no un pue-  
dando una  
ue guía sus  
los pobres

podemos  
istinguirse  
don como  
stante para  
ología del  
eclesiolo-  
asumir los  
una comu-  
nponer un  
rasgo uni-  
glesia uni-  
la plurali-  
lesiológica  
etuosa con  
n el univer-  
glesia, que  
nacionalis-

libro aquí  
su lectu-  
sólo enri-  
én pueden  
torno a la



# CON DIOS Y CON LOS POBRES

Estos cinco artículos —publicados a lo largo de 12 años— constituyen una buena invitación al cristianismo liberador. Invitación a entrar, a perseverar y a crecer en una fe que, por ser cristiana, es y ha de ser liberadora. La puerta de entrada y el camino permanente hacia una fe verdadera y liberadora está configurada —hoy como en los tiempos de Jesús— por los clamores, las esperanzas y las luchas de los pobres.

La perseverancia y el crecimiento en la opción cristiana por los pobres tienen que ver con otros elementos, aquí apenas mencionados. Entre ellos quisiera citar ahora dos: 1) La creatividad y el realismo crítico en los análisis de la realidad y los proyectos sociales; pues la transformación social y política desde y con los pobres, es una tarea compleja que requiere tanto de una pasión firme y terca, como de los mejores y más flexibles esfuerzos críticos y constructivos. 2) El trabajo perseverante e ilusionado por la transformación eclesial, desde la alegría y la fragilidad de las comunidades eclesiales entre los pobres, flor sin defensa.

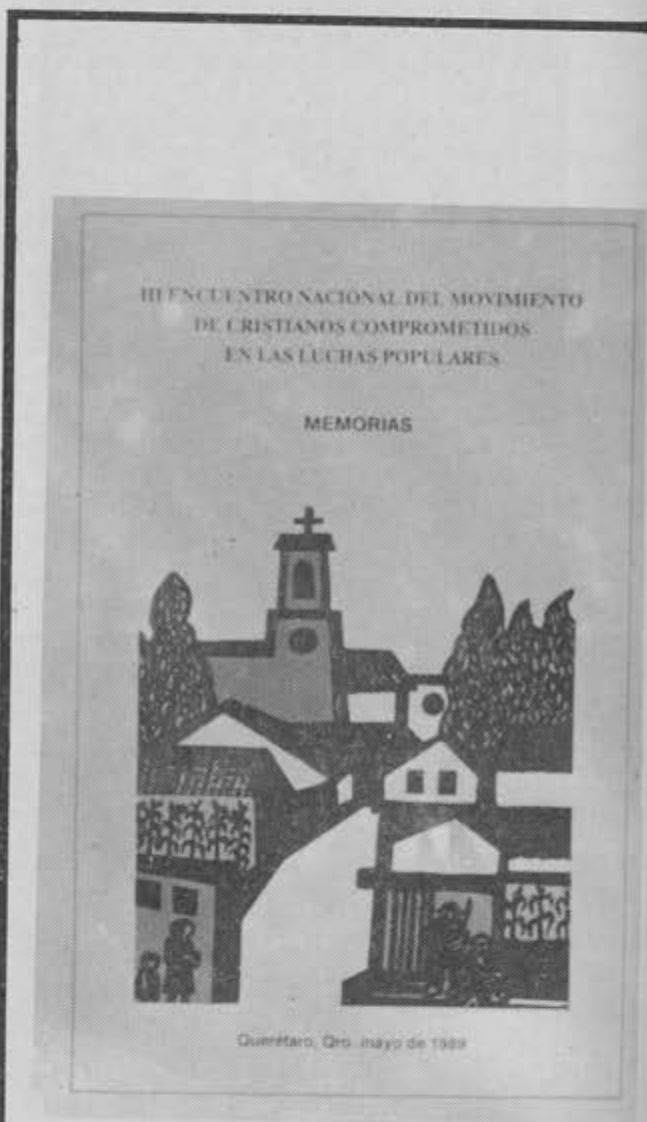
Estas y otras tareas, arduas y hermosas, sólo se vuelven Buena Noticia por las que vale la pena dejarlo todo y jugárselo todo, si se viven.

**NOVEDAD  
EN VENTA**

**NOVEDAD  
EN VENTA**

El primer evangelio fue escrito para una comunidad perseguida, amenazada también por las tendencias judaizantes que querían centrarla en el pasado, y por movimientos espiritualizantes que vaciaban de contenido humano la persona del Señor resucitado. Marcos hace una corrección fundamental: lo que define al cristiano no es *qué dice* de Jesús, o *cómo lo confiesa*, sino *si lo sigue, prosiguiendo su causa*. Al mismo tiempo ayuda a comprender que *no cualquier cruz es la cruz de Jesús*; sólo la que es consecuencia del compromiso con el Reino del Padre.

El anterior libro del autor, *Jesús, hombre en conflicto*, (CRT 1986), nació en la confluencia del trabajo con las comunidades de base y el estudio sistemático de autores europeos y latinoamericanos, con la intención de determinar las claves de lectura que ayudaran a encontrar el hilo conductor del primer relato evangélico. Pero el ser redactado como libro de estudio slo hacía poco accesible al pueblo-pueblo, del que había nacido y para el que era. Con el actual libro el CRT busca cumplir con el compromiso de poner en manos del pueblo lo que es suyo, el Evangelio.



**EN VENTA**